

C-2388

N-C 2380

JULIAN SAN VALERO APARISI
PERSPECTIVA ACTUAL
DE LA
HISTORIA PRIMITIVA DE ESPAÑA

Vol. XXX

EXCELENTÍSIMO Y MAGNÍFICO SEÑOR RECTOR,
EXCELENTÍSIMAS E ILUSTRÍSIMAS AUTORIDADES,
COLEGAS DE CLAUSTRO UNIVERSITARIO,
ALUMNOS DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA,
SEÑORAS Y SEÑORES:

Por la vivacidad del recuerdo, más que por la realidad de los años transcurridos, estoy muy cerca todavía del tiempo en que, como estudiante, en este mismo Paraninfo, esperaba el inicio de un nuevo curso. Este año me corresponde, por turno reglamentario, pronunciar el discurso de apertura, y serían inoportunas mis protestas de humildad, ya que escalafón y no méritos me han elevado hasta aquí.

Sin embargo, el honor es tanto y tan inmensa la emoción que siento, que si la alquimia de mi corazón pudiera transformar en dignos valores el caudal de mis palabras, quisiera ofrendarlas, acrecidas por la gratitud, a esta Universidad de mi tierra a la que debo lo mejor de mi formación, en cuyas cátedras de Derecho y de Filosofía y Letras venero todavía a maestros de mis cursos y de la que tengo aún, en el aire de mi añoranza, la palabra de otros maestros que ya no están entre nosotros y la voz de los amigos que son y de los amigos que fueron.

Sintiendo así nuestra Universidad, el balance anual protocolario no puede hacerse en frío, sino con pena auténtica para las pérdidas y el más puro gozo en las ganancias. Esperamos que en lo material se pueda, en años venideros, cantar los frutos de la recién constituida Junta de Obras de la Universidad; pero en el espíritu, que para nosotros representan las personas, permítaseme señalar el logro de una promoción de Licenciados, personalizados aquí por sus premios, y que si han sabido ser universitarios nunca olvidarán la Universidad ni dejarán de vivir sus problemas y la ganancia de otra promoción de estudiantes que deben comenzar hoy con el ánimo de superar a los anteriores en su personal esfuerzo por una Universidad mejor. Creo expresar el sentir de la Universidad con los mejores votos por el futuro de todos ellos; a los primeros, con la confianza en sus éxitos, que no suelen negarse a quienes frecuentaron estos claustros; a los que se incorporan ahora a nuestras aulas, con la ilusionada espera de su máximo afán de aprender.

En el personal docente, la Facultad de Filosofía y Letras ha perdido la colaboración, eficaz y entusiasta, de don Manuel C. Díaz y Díaz, Catedrático de Lengua y Literatura Latinas, por traslado, en virtud de concurso, a Salamanca, donde ocupará cátedra de Filología Latina. Este verano ha

llegado a la edad de jubilación reglamentaria el catedrático de Biología don Francisco Beltrán Bigorra. La pérdida de su colaboración oficial no privará, seguramente, a la Universidad, de su personal y directa docencia, de cuya raigambre dio fe el homenaje de que fue objeto el Profesor Beltrán Bigorra con motivo de su última—entusiasta todavía—lección magistral.

Han venido a sumarse al profesorado, en la Facultad de Medicina, don Benjamín Narbona Arnau, Profesor Adjunto de Patología y Clínica Quirúrgica, en virtud de concurso-oposición, y en la de Derecho, don Antonio Ferrer Sama, Catedrático de Derecho Penal, en virtud de reingreso, y don Juan García González, Catedrático de Historia del Derecho Español, en virtud de oposición. La Facultad de Filosofía y Letras merece este año especial mención, ya que añejos deseos y esfuerzos han culminado en la concesión por la Superioridad de una nueva sección, la de Filosofía—aunque no es precisamente de las solicitadas—, que viene a permitir a los alumnos una nueva orientación, además de la tradicional de Historia. En esta sección de Historia ha de registrarse la incorporación a nuestro claustro de don Antonio López Gómez, Catedrático de Geografía, por concurso de traslado, y de don Miguel Tarradell Mateu, Catedrático de Arqueología, Epigrafía y Numismática, en virtud de oposición. La nueva sección de Filosofía ha permitido recibir a don Adolfo Muñoz Alonso, Catedrático de Cosmología, por traslado desde Murcia, y a don José Todolí Duque, Catedrático, por oposición, de Ética y Sociología.

Evito el elogio presente a mis nuevos compañeros de todas las Facultades, porque su pasado acredita sus merecimientos, y su futuro les hará acreedores, sin duda, a la gratitud de los estudiantes valencianos.

* * *

El tema de mi discurso quedó decidido en el momento mismo de mi designación. Este pasado curso ha sido el primero en que, oficialmente, los planes de estudio de la sección de Historia han incorporado las asignaturas de Prehistoria y de Etnología, y como titular de las mismas, y por mi dedicación investigadora, he querido traer a este Paraninfo una Perspectiva actual de la historia primitiva de España. No pretendo, como es natural, agotar el tema, ni cabe siquiera intentar una síntesis de los logros de la investigación. Trato únicamente de dar a conocer unas líneas generales de orientación que sirvan de balance a los no especialistas, de comprensión a los universitarios y de incitación a quienes cursan estudios históricos.

No es ocasión esta de hacer divulgación, o mejor dicho, proyección popular de los avances de la ciencia histórica sobre las edades primitivas—tarea

nobilísima, por cierto, a pesar de las opiniones de muchos pseudosabios—, pero cabe el esfuerzo de una visión panorámica de los milenios primeros de nuestra Historia, de los problemas planteados y de las tareas futuras, aprovechando la obra ingente de beneméritos investigadores.

Mi mejor recompensa sería, hoy, vuestra benevolente comprensión; mañana, la rectificación y mejora de mis ideas por obra de mis propios alumnos, que han comenzado ya a buscar a punta de pico y filo de pala, las raíces más viejas de nuestro pasado.

DE LA HISTORIA PRIMITIVA

In Anfang war die That!
(GOETHE, *Fausto*, 1.^a parte.)

La Historia comienza todavía para muchos cuando aparecen documentos escritos. Con éstos tenemos un recuerdo *humano* de los hechos ocurridos, pero la Historia no es mera transcripción de escritos, sino la interpretación de ellos, para dilucidar el contorno de los hechos históricos y aun su enlace con los que les antecedieron y los que ocurren después. Con los escritos, nuestros antepasados han transferido su personalidad a los hechos, porque toda historia se humaniza cuando se cuenta. Y de ahí la vitalidad de las fábulas o de Bambi.

Ahora bien, las palabras vuelan y los escritos permanecen, pero mienten en ocasiones. Y entonces comienza la labor del historiador, cuando su compleja formación técnica le permite estudiar, interpretar, definir y depurar las narraciones adquiridas por herencia de siglos.

Y ¿qué hacer cuando no tenemos documentos escritos? Pues hacer Historia, historia de los tiempos anteriores a los que convencionalmente se llama tiempos antiguos y que, convencionalmente también, pero con más sentido y razón, se pueden llamar tiempos primitivos. Historia primitiva será, pues, aquella parte de la Historia que estudia los hechos realizados por los pueblos en un estado inicial de desarrollo de su cultura. La fecha final de esta Historia no es ni muy vieja ni uniforme, ya que, mientras en el Próximo Oriente no aparecen escritos más que hace 5.000 años, en China no llegan a los 3.500, no sobrepasa Grecia los 2.700, Italia y España eran países ágrafos hace 2.500 años, Francia e Inglaterra no tienen documentos de más de 2.000 años y todavía hay muchos pueblos que no han comenzado la elaboración escrita de su historia. Y como la cuenta en años puede darnos una falsa visión de los fenómenos culturales, conviene pensar que nuestros abuelos nacieron hace un siglo, y, por tanto, hace quince o veinte generaciones América

era desconocida para los europeos, hace ochenta no había nacido Jesucristo y hace doscientas generaciones ningún pueblo había pasado de la Historia primitiva, que había comenzado veinte mil generaciones antes (1).

Hay todavía sectores de opinión intelectual que miran con olímpico desdén cuanto se refiere a los hechos del hombre en tiempos remotos, si no se pueden justificar con dos jeroglíficos, una lápida en latín o un tratado de paz en francés. Y, sin embargo, hay a veces más aire de vida en la narración de un período prehistórico que en una erudita composición histórica. Porque la verdad es que, cuando tenemos ante nosotros un auténtico libro de Historia, podemos observar que los hechos *documentados* por escrito son los menos y los de menor interés. La verdadera historia nos presenta la vida real a través de las construcciones, las pinturas y estatuas, joyas y vestidos, medios de locomoción y de trabajo, etcétera. Casi todo esto no se elabora con documentos escritos, sino con los propios objetos reales, trascendentes históricamente, aunque ignorásemos la vida y peripecias de los Fidiás, Cervantes o Fleming que los crearon. En estos casos la investigación de los documentos escritos nos ayudará a conocer y explicar la personalidad del autor, pero sin ellos seguiría existiendo la obra del poeta, arquitecto o artesano constructor de un carro chillón.

La Historia primitiva no tiene documentos escritos en que basarse, pero posee cuantos objetos reales—sin ficción posible—respetó el paso de los siglos. La valía de la construcción histórica depende tan sólo de la preparación y condiciones del historiador, exactamente igual que ocurre con las demás edades de la Historia. Quien siga actualmente la investigación prehistórica descubrirá bizantinismos en la apreciación cronológica de los períodos, pero en su contenido cultural hay menos discrepancias que en la apreciación de la Edad Media o la Revolución Francesa, aunque sobre éstas no se discuta la hora H y el día D del año o siglo en que acaecieron los hechos. El secreto de la vida no reside en el reloj, como parecen creer algunos historiadores.

Vamos a ver cómo se ha investigado la Historia primitiva de España y cuál es el futuro próximo de estos estudios.

(1) Si la vida del hombre sobre la tierra fuese de veinticuatro horas, la Historia tradicional ocuparía cincuenta y nueve segundos de Historia Antigua, diecisiete segundos la Edad Media y ocho segundos las Edades Moderna y Contemporánea. El total de la Historia de España no pasaría de cincuenta y cuatro segundos. La Historia Primitiva pretende abarcar la vida humana de las veintitrés horas y cincuenta y nueve minutos anteriores.

I

EL ESTUDIO DE LA HISTORIA PRIMITIVA

Fortuna de nuestra ciencia es su extrema juventud y su rápido desarrollo. El proceso resulta significativo porque casi en vida de investigadores ilustres cabe marcar las etapas de formación, comienzos y madurez de los estudios de nuestra historia primitiva, que ha mantenido ritmo igual o superior a las investigaciones de otros países. Es necesario, sin embargo, la realización del balance de lo hecho, para no quedar anticuados en un activismo irreflexivo, en un simple atesorar sin discernimiento como herederos de una rica tradición, en vez de tener una orientación científica firme.

Ha llegado el momento de realizar la investigación histórica de nuestro más remoto pasado, sin preocupaciones propagandísticas. Los prehistoriadores no deben necesitar ya la justificación de sus tareas en la espectacularidad o abundancia de sus hallazgos, sino en el método, seriedad científica y meticulosidad de sus investigaciones. Con ello nos referimos al problema económico que implican las excavaciones y a las colaboraciones científicas que necesitan, ya que si no pueden realizarse con todas las exigencias metodológicas, no deben emprenderse ni autorizarse. Por otra parte, el pragmatismo de nuestro carácter, favorecido por la viva intuición que disimula las faltas de preparación, debe superarse con la reflexión sobre los métodos usados o a emplear y la publicación de tales especulaciones, en vez de limitarse a ser —en los mejores casos— meros receptores de ensayos extranjeros, a veces no adaptables a las características de nuestros yacimientos.

1. LAS ETAPAS DEL PASADO

El estudio de la historia primitiva española puede sintetizarse en tres etapas en las que lo característico han sido los hombres, las obras y la

organización, respectivamente. Una narración pormenorizada de aquéllos y de los resultados obtenidos, aunque sin otro sistema que el orden cronológico o de materias, puede verse en las obras de síntesis de MENÉNDEZ Y PELAYO (*Heterodoxos españoles*, t. I, 1910), BALLESTEROS BERETTA (*Historia de España*, t. I, 2.^a ed., 1943), PERICOT (*Historia de España*, 1942), MENÉNDEZ PIDAL (*Historia de España*, vols. 1, 2 y 3 del t. I, 1947 a 1954).

Trataremos ahora de ver las líneas generales del desarrollo de nuestra ciencia.

A. Primera etapa

PERE BEUTER en su *Crónica General* escribe: “Agora, en el año del Señor de 1534, cerca de Fuentes, a media legua de Cariñena, en Aragón, donde está un monasterio de Cartuxos, se ha hallado en un campo lleno de montes de tierra, cavando por otra ocasión, que estava poco debaxo de tierra, gran multitud de huessos grandes y de armas hechas de pedernal á manera de hierros de saetas y de lanza y como cuchillos a manera de medias espadas y muchas calaveras, atravessadas de aquellas piedras como hierros de lanzas y saetas”. La escueta, pero correcta descripción de unas sepulturas, tal vez de la Edad del Bronce inicial, destaca en el cronista valenciano, por cuanto aún hasta el s. XIX ante hallazgos análogos se pensaba en *ludus naturae* por los más científicos, en *pedras de rayo* por los más fantásticos o en *amuletos druidas* por los románticos.

La cita de nombres durante el s. XIX sería interminable, y sólo como hitos en la pléyade de investigadores hay que señalar los de M. de Góngora, Casiano del Prado, Mac Pherson, Inchaurreandieta, y a fin del siglo los hermanos Siret.

De la densidad de hallazgos y publicaciones dan cumplida cuenta la obra de VILANOVA Y PIERA y RADA Y DELGADO (*Geología y Protohistoria Ibérica*, 1890) y Gabriel PUIG Y LARRAZ (*Ensayo bibliográfico de Antropología prehistórica ibérica*, 1897).

La difusión fuera de nuestras fronteras de los descubrimientos hechos, atrajo la atención de los sabios hacia nuestro país en los Congresos científicos (Oslo, Lisboa, etcétera), sobre todo por los esfuerzos de Vilanova y Piera, y a Emile CARTAILLAC en 1886 (*Les Ages préhistoriques de l'Espagne et de Portugal*) se debe el primer intento de síntesis publicado.

Culmina la obra de estos precursores en la obra premiada de los hermanos SIRET sobre *Les premières âges du metal dans le Sud-Est de l'Espagne* (Anvers, 1887), en los estudios de Hübner, Pierre Paris, Saavedra, Vives,

etcétera. Destaquemos la réplica de DECHELETTE a unos intentos de sistematización de SIRET, que con el título *Essai sur la chronologie préhistorique de la Péninsule Iberique*, publicó en la *Revue Archeologique*, en 1908-1909, muchas de cuyas ideas, no apreciadas entonces, prueban hoy la genial agudeza del gran prehistoriador francés.

Culmina esta etapa inicial la creación en 1911 de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, primer intento oficial de organización de las investigaciones, cuyo desarrollo y consecuencias llegan hasta 1936.

Fuera de este esquema quedan los estudios filológicos, de continuado cultivo en nuestro país desde el Renacimiento, combinado en ocasiones con la arqueología clásica romana, desde Ocampo a Flórez, desde Cornide y Cean Bermúdez a Costa, Alemany Bolufer y Blázquez, o las investigaciones numismáticas desde Zobel y Delgado.

Para señalar las características de esta etapa se debe, ante todo, destacar el mérito extraordinario de unos hombres que, con el mejor espíritu científico, con voluntad y vocación desmedidas, frente a la ignorancia, la incompreensión o las burlas, iniciaron los estudios de nuestra historia primitiva con éxitos pariguales a los más resonantes de Europa y algunos superiores, como el arte cuaternario, desde Altamira, el arqueolítico del Manzanares y Torralba o los hallazgos de la Cueva de los Murciélagos en Albuñol o de la Alcudia de Elche, etcétera.

El carácter de sus estudios, como en general ocurre en Europa, adolece, sin embargo, del carácter individual de sus esfuerzos. —la repercusión universitaria más notada la de Vilanova y Piera—, la orientación naturalística de sus investigaciones —geólogos o ingenieros, destacando entre “amateurs”—, las desviaciones románticas y fantásticas de muchos, el sentido coleccionista y anticuario de los más y la falta de atención a la estratigrafía, a la tipología, a los problemas de contacto cultural... Mas estas indicaciones no son crítica, sino reconocimiento objetivo de esta etapa primera.

B. Segunda etapa

Una Ley de 7 de julio de 1911 (2) estableció las reglas a que habían de someterse las excavaciones arqueológicas, artísticas y científicas y la conser-

(2) Las disposiciones vigentes hasta la reciente ordenación, pueden consultarse en el libro de Legislación vigente sobre el patrimonio arqueológico nacional y las excavaciones arqueológicas que recopilamos y comentamos y publicó la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas en Madrid, 1943.

vación de las ruinas y antigüedades, anunciando un Reglamento para su aplicación, que, efectivamente, fue promulgado el 5 de marzo de 1912, en el que se creaba la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, con el fin de dar cumplimiento a la Ley y Reglamento.

El Estado español emprendía así una benemérita labor de fomento y defensa del patrimonio histórico nacional, y durante cinco lustros, la Junta Superior (3) cuidó de cuanto concernía a las excavaciones arqueológicas y encauzó las actividades de numerosos aficionados, tratando en lo posible de reprimir el desordenado comercio de antigüedades y expolio de yacimientos. Procuraba dicha ordenación evitar toda tacha de afanes egoístas, y a tal fin el artículo 29 del Reglamento dispuso que “los individuos de la Junta Superior no podrán ser designados para los cargos de Delegados, encargados por el Estado, de la dirección o de la inspección de las excavaciones, ni tomar parte como Vocales en las Comisiones de aprecio o de premios”.

De los resultados de esta Junta Superior, mejor aún, de la actividad de los arqueólogos de campo en tales años—1912-1936—dan constancia las 136 Memorias publicadas y las muchas más frustradas por incumplimiento de los excavadores de la obligación de remitirlas al acabar sus trabajos. No todo debe cargarse, sin embargo, a la incuria o pereza, sino también a la pobreza de resultados en unos casos, falta de preparación publicista en otros y aun en muchos el grave inconveniente de exhumar tiestos o fragmentos metálicos, depositarlos en los museos y por falta de consignación no poder reconstruirlos, dibujarlos y prepararlos para su publicación. Nótese en dicha serie cómo las memorias y trabajos son principalmente en yacimientos “protohistóricos”, cuyos restos son construcciones, muros o restos enteros, mientras que sólo las memorias del ilustre Cabré destacan, por su personal esfuerzo reconstructor, o la memoria última por reproducir los calcos que sobre las pinturas de Ares del Maestre hizo Juan Porcar.

Pero los hallazgos de las excavaciones pasaron a los Museos, y aunque muchos de ellos no fueran científicamente publicados, han sido luego conocidos y divulgados.

Al lado de esta tarea de campo crece en esta segunda etapa la obra teórica en que, junto a los nombres de extranjeros, con el prestigio de su hispanismo, comienzan a brillar nombres españoles como el Conde de la Vega de

(3) Una Ley de 13 de mayo de 1933 le dio el nombre de Junta Superior del Tesoro Artístico, cuyo funcionamiento y atribuciones fijó el reglamento de 16 de abril de 1936.

Sella, Cabré, Hernández Pacheco, Gómez Moreno, Obermaier, Bosch Gimpera, Cerralbo, Alcalde del Río, etc., de algunos de los cuales, por su magisterio universitario, trascendería en sucesión su obra. Así en Madrid, a través de las cátedras de Gómez Moreno y Obermaier y de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas (1913) que publicó una valiosa serie de memorias; en Barcelona, bajo la dirección de Bosch Gimpera, que dio rango a notabilísimos investigadores catalanes, y con la creación del Servicio de Investigaciones Arqueológicas (1914), inició la publicación de estudios en el "Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans". Aparte de publicaciones en otras muchas provincias, deben, por su volumen, destacarse las recogidas en las "Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria de Madrid", y revista de la entidad análoga de Barcelona y en el "Archivo Español de Arte y Arqueología", de la Junta Superior de Ampliación de Estudios. En Valencia, los esporádicos esfuerzos de antiguas entidades cristalizaron, al fin, por obra de I. Ballester, en el Servicio de Investigaciones Prehistóricas, que pronto adquirió prestigio dentro y fuera de España, por sus excavaciones, museo y publicaciones.

El esfuerzo del Estado español y de los investigadores hasta 1936 fue enorme y benemérito; su repercusión científica y proyección popular grandes y su culminación teórica, puede concretarse en dos títulos de obras aún valiosas: H. OBERMAIER, *El hombre fósil en España*. Madrid, 1925; P. BOSCH GIMPERA, *Etnología de la Península Hispánica*. Barcelona, 1932.

Las características que hoy pueden atribuirse a esta etapa son: *a*), la recuperación para las ciencias históricas del campo de investigación prehistórico; *b*), el excesivo tipologismo que, como arrastre, sin duda, del enfoque naturalista, caracteriza las publicaciones; *c*), la proliferación de "culturas" particulares en un afán regionalista que, justificable en algunos, no lo era en otros, salvo por el prurito de "inventores de culturas"; *d*), el impulso bautizador de cada excavador para su yacimiento en cuanto destacaba una singularidad; *e*), el tratamiento bélico de las "influencias", como conquistas, invasiones, etcétera, en los más historicistas, como recuerdo de la historia política y externa al uso, y *f*), por último, el criterio centralizador museístico que conduce, además, a una exhibición de piezas selectas o en metales preciosos, y da —en vez de evitarlo— un carácter de buscador de tesoros al arqueólogo de campo, y que fomenta las actividades de chamarileros y anticuarios para satisfacer las demandas de particulares y de los museos mismos.

C. *Tercera etapa*

“La necesidad de atender a la vigilancia de las excavaciones arqueológicas que desde su iniciación en 1905 han permitido reconstruir sobre base firme el pasado remoto de España, acrecentado nuestro patrimonio arqueológico con maravillosas o heroicas ruinas como las de Mérida, Itálica, Numancia, Azaila, etc., y la conveniencia de lograr el máximo provecho científico de los frecuentes hallazgos de restos antiguos que en obras de trincheras, caminos y fortificaciones se han producido con motivo de la guerra actual, aconseja la creación de una Comisaría General de Excavaciones a cuyo cargo quede el cuidado administrativo, la vigilancia técnica y la elaboración científica de tales problemas.” Con estas palabras se justificaba la creación en 7 de marzo de 1939 de una Comisaría General, adscrita primero a la Jefatura de Archivos, Bibliotecas y Museos, y luego, por Decreto de 17 de octubre de 1940, a la Dirección General de Bellas Artes.

El Comisario General de Excavaciones, de libre nombramiento y separación por el Ministerio de Educación Nacional, contó, a partir de abril de 1941 (Orden comunicada), de la colaboración gratuita de personas debidamente capacitadas “a quienes la Dirección General de Bellas Artes podrá nombrar y separar como Comisarios provinciales o locales de Excavaciones Arqueológicas”.

Este sistema de jefatura única y descentralización de servicio ha venido funcionando hasta febrero de este año, y cabe incluirlo como pasado en esta visión retrospectiva de la investigación de nuestra historia primitiva. No tratamos de hacer el balance de quince años de actuación —y menos todavía por nuestra personal participación—, pero sí resumir sus líneas generales:

La Comisaría General actuaba administrativamente a través de su red de Comisarios provinciales, insulares, comarcales y locales que en número superior al centenar han dedicado sus conocimientos, vocación, esfuerzo, tiempo y medios económicos al servicio de la investigación del más remoto pasado de nuestro país. Sean estas palabras homenaje de un universitario español. De su obra, preocupaciones y capacidad hablan la Exposición 10 años de Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, realizada en Madrid en 1951, y las dos Asambleas Nacionales de Comisarios de Excavaciones Arqueológicas (Actas publicadas en 1952 y 1955).

La Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas formulaba cada año un Plan nacional de excavaciones, designando los Comisarios-Directores, los lugares a excavar y la cantidad a disponer, procurando atender las excavaciones más urgentes por peligro de pérdida o deterioro, las de mayor interés científico o las regiones menos atendidas.

Sus resultados se daban a conocer en una serie de *Informes y Memorias*, publicada hasta el núm. 28, más el tomo suelto de Legislación y otra de gran formato, para estudios definitivos o de gran importancia, titulada *Acta Arqueológica Hispánica*. Últimamente, con el fin de divulgar datos que no podían alcanzar volumen, inicióse la publicación de un *Noticario Arqueológico Hispánico* del que se han publicado dos tomos.

Interés primordial de la Comisaría General ha sido fomentar la creación de museos provinciales y comarcales, con el fin de que los hallazgos no perdieran valor científico al ser alejados de su comarca de origen y el estímulo a las corporaciones y organismos para realizar excavaciones. Atención especial en el Plan Nacional han merecido las Islas Canarias, cuya arqueología ha sido investigada científicamente por vez primera. Metodológicamente la Comisaría General ha introducido en sus excavaciones la fotografía aérea, los análisis de polen, análisis del C. 14, película de excavaciones, etcétera (4).

Trabajos de campo realizaron también (en gran parte, consecuencia de la política arqueológica de la Comisaría General) Diputaciones, Ayuntamientos y Entidades provinciales y locales, por el magnífico estímulo de algunos Gobernadores o autoridades, aparte de viejas instituciones que sobreviven de la segunda etapa vista.

Análogo carácter tiene la obra publicista de viejas revistas y series ya citadas, algunas tan beneméritas como las valencianas de la Sociedad Castellonense de Cultura o del Centro de Cultura Valenciana, o las andaluzas de Córdoba o Málaga. A ellas se han unido una floración de centros y revistas nacidas a la sombra del árbol del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Uno de los más importantes —con los de Navarra, Zaragoza, Asturias, Santiago, Badajoz, Palencia, Alicante, etc.— es la Institución Alfonso el Magnánimo, que vive gracias al mecenazgo de la Diputación Provincial de Valencia, a cuya ya prestigiosa labor a través del S. I. P. y Museo de

(4) La primera fotografía aérea, *previa* a la excavación, fue realizada por el General Vigón sobre el Castro de Monte Bernorio, que excavé en 1943. La única película arqueológica de que tengo noticia es la que realizamos sobre el hallazgo y arranque de mosaicos romanos en Alcázar de San Juan, que poseemos en nuestro Seminario; en esta Universidad.

Prehistoria, de los más importantes de España, une hoy el Instituto de Estudios Ibéricos y Etnología Valenciana, que ha iniciado la investigación de una de las páginas más brillantes de la historia primitiva española. Citemos, todavía en Valencia, el Servicio de Investigación Arqueológica del Ayuntamiento.

Aparte de una multiplicidad de revistas en toda la península con estudios de nuestra investigación, cabe citar por su volumen *Ampurias*, de Barcelona; el *Archivo Español de Arqueología*, separado en Madrid del antiguo *de Arte y Arqueología*; *Zephirus*, de Salamanca, y los *Cuadernos de Historia Primitiva*, órgano del Seminario de Historia Primitiva, de Madrid, con secciones que funcionan en las Universidades de Santiago, La Laguna y Valencia, que publica además una serie de *Monografías* y otra de *Disertaciones Matritenses*, con tesis doctorales de tema paleontológico y neotológico.

El campo teórico ha tenido espléndida floración estos años con estudios y obras editoriales de investigadores múltiples. Aun sin citar títulos quedan los nombres de Gómez Moreno, Cabré, Martínez Santa Olalla, Pericot, Reinhart, Laviosa-Zambotti, Almagro, García Bellido, Caro Bañoja, Tovar, Camón Aznar, etcétera.

La sistematización de nuestra historia primitiva ha tenido un rumbo muy diferente a lo ocurrido en la segunda etapa. En ésta la *Etnología*, de BOSCH GIMPERA, fue la culminación de veinticinco años de investigación. En esta tercera etapa la línea directriz ha sido un ensayo de J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA: *Esquema paleontológico de la Península Hispánica*, concebido en 1938 y publicado en 1941. Como hipótesis de trabajo (para colaboradores y discípulos) o como esbozo discutido, la actividad general de estos últimos años ha girado en torno al Esquema Paleontológico del profesor Martínez Santa-Olalla.

Una valiosa orientación de estos últimos años han sido los Congresos arqueológicos. Iniciados con el I del Sureste, en 1945, con carácter regional, por Beltrán, Sánchez Jiménez, Cuadrado, Jáuregui y San Valero, con un *Boletín Arqueológico del Sureste Español* (B. A. S. E.), fueron ejemplo para el Congreso Arqueológico del Levante, organizado por el Profesor Ballesteros, en esta Universidad. Transformados aquéllos en Nacionales, siguen todavía reuniéndose cada dos años y publicando sus actas.

De la madurez alcanzada por los investigadores españoles fue prueba el IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas en que la participación de aquéllos fue destacada entre los participantes de todo el mundo que se reunieron en Madrid en abril de 1954.

El estado actual de nuestra investigación quedó resumido en las monografías preparadas para tal ocasión cuyos autores fueron Pericot, Jordá, Almagro, San Valero, Castillo, Fletcher, Maluquer, López Cuevillas, García Bellido, Serra Ráfols, Palol, Alcobé, Beltrán, Diego Cuscoy y Tarradell.

Prometedora esperanza de futuro han sido los dos Cursos Internacionales de Arqueología de Campo, organizados por la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas reunidos en Granada (1953) y en Santander-Asturias (1955). En el primero de ellos se trabajó sobre yacimientos de distinta época, mientras el segundo concentró su actividad sobre la caverna del Pendo y arte rupestre paleolítico de la zona cantábrica. La colaboración técnica con los españoles de Van Giffen, Sprockhoff, Cheynier, Mme. Leroi-Gourham, Pietch, Lacaille, Glazema, Wiessner, etcétera, permitió contacto y contraste fructíferos para los investigadores y estudiantes reunidos.

2. EL PRESENTE

La organización estatal aludida en el capítulo anterior se denomina hoy Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas, por Decreto de reordenación promulgado de reciente. A su frente figura el Inspector Central—Jefe del S. N. E. A.—, dependiente de la Dirección General de Bellas Artes, y una Junta Consultiva formada por las Delegaciones Arqueológicas de Zona, tantas como distritos Universitarios, que se atribuyen al Catedrático de la Universidad de la zona, más afín a las excavaciones arqueológicas, según criterio del Director General de Bellas Artes o sus consejeros.

En cada Zona de Excavaciones Arqueológicas se organizarán las Delegaciones Provinciales, Insulares y Locales que la experiencia aconseje. Los cargos de Delegado Provincial o Insular deberán recaer preferentemente en los Directores de Museos Arqueológicos, Catedráticos de Instituto, titulares de Historia o Académicos correspondientes de las Reales Academias de la Historia o de San Fernando. También podrán concederse estas Delegaciones a las Instituciones Provinciales o Municipales que tengan por finalidad la tutela o protección del Tesoro Artístico y Arqueológico y ofrezcan garantías científicas en el desempeño de su cometido.

Confiamos en que el futuro justificará la necesidad de esta reforma que pretende mantener lo que estima más eficaz de la Comisaría General de Excavaciones, con el espíritu de dirección colectiva que informaba la Ley del Tesoro Artístico de mayo de 1933 y el Reglamento de abril de 1936. Y

esperamos que el carácter universitario que parece presidir la nueva ordenación, se manifieste en una preparación eficaz y apoyada y no desemboque en un monopolio burocrático e ineficaz de los asuntos arqueológicos —por su adscripción a cargos y no a demostrada vocación— o en la oposición de quienes habiendo desempeñado gratuitamente dichos cargos parecen ser eliminados del Servicio de Excavaciones Arqueológicas por falta de garantías científicas.

Los aspectos institucionales y técnicos a que hemos aludido en páginas anteriores dan al presente de la investigación española de la historia primitiva, un empuje y calidad esperanzadores, si se superan los, a nuestro criterio, estrechos moldes arqueológicos, limitados al tipologismo ergológico, y la falta de preparación y medios metodológicos en las futuras excavaciones que se realicen. No cabe exigir más al puro excavador cuando publica sus resultados, pero los defectos apuntados impiden la obra de síntesis que requiere ya nuestra historia primitiva y que sólo la perfección de sus ciencias auxiliares puede hacer posible.

3. EL FUTURO Y SUS EXIGENCIAS

No se trata de dar normas a la Arqueología, sino de expresar nuestra opinión sobre el futuro de la investigación de nuestro pasado más remoto. Para este fin es fundamental el trabajo de campo por medio de las excavaciones arqueológicas, cuyo móvil primordial ha de ser la colación de datos para la historia primitiva. Esta finalidad no es óbice a la recolección de restos museificables o exhumación de monumentos que, *in situ*, puedan constituir gloria de un país o atracción de visitantes; pero al tiempo que se logran estos objetivos, la excavación debe conseguir cuantos datos vemos hoy como posibles y como utilizables, con verdadero sentido histórico. La repetida metáfora de que la excavación es la lectura de un libro, cuyas páginas se destrozan a medida que se leen, nos exige salvar, no sólo palabras sueltas, grabados o figuras, sino el sentido general de la página. Y la primera exigencia conceptual, directiva de la metodología, debe ser la claridad acerca del fin que se pretende.

El propósito actual de las investigaciones sobre la historia primitiva y, por tanto, de cuantos métodos se utilicen —arqueológico, etnológico, etcétera— ha de ser cultural, esto es, comprensivo de la totalidad de aspectos que la vida humana comprende. Ahora bien, para el trabajo de campo se

PERSPECTIVA ACTUAL DE LA HISTORIA PRIMITIVA DE ESPAÑA

conocen hoy y deben emplearse técnicas especiales, y es de suponer el descubrimiento de nuevas vías de acceso al pasado, que nos exige la reserva de yacimientos para el futuro. Pero no basta con la creencia de que nuevos yacimientos serán descubiertos, sino que debía ser hasta disposición legislativa el que los excavadores arqueológicos investigasen únicamente una parte del yacimiento y asegurasen la inalterabilidad del resto. Piénsese tan sólo en los procedimientos técnicos a nuestra disposición que los sabios de hace veinticinco años ignoraban.

Hace años indicamos que una rama del saber no adquiere carácter científico hasta que desarrolla un método propio, y nuestra Historia Primitiva todavía no practica métodos y técnicas apropiados. Conviene a los mismos investigadores superar la rutina de los viejos modos para no incurrir en la tacha que expresa un ilustre científico: un corriente sentir anticientífico se debe, en parte, a la creencia vulgar de que los hallazgos científicos minan las concepciones tradicionales sobre el lugar del hombre en el universo y en la sociedad y, por tanto, las bases del orden social.

Es principio admitido desde Graebner que las investigaciones de la historia primitiva debían ser rescatadas del campo de las ciencias naturales, pero éstas iniciaron métodos modernos desde el siglo XVIII y adquirieron desarrollo y éxito social en el XIX y XX y, como consecuencia de la curiosidad científica, del impulso y las demandas de la sociedad y la industria y de la libertad de investigación y experimentación. Estas mismas premisas explican el que la aplicación de métodos naturalistas produjeran éxitos reales en el campo de nuestra historia arcaica (5).

Ahora bien, el desarrollo de las ciencias del hombre ha ido ampliando ámbitos de interés humano especial, con métodos originales, tanto en las ciencias sociales investigadas a partir de nuevos supuestos teóricos políticos, sociales y económicos, como en las ciencias del individuo desde la Psicología experimental a la profunda y dinámica, a la Antropología Cultural y, por ambos aspectos, a la ciencia básica de los hechos, a la Historia. No es, pues, casualidad que la política, desde la autoritaria a la comunista, recurra

(5) "L'età eroica delle scoperte e delle sistemazione preistoriche coincide con l'acme del positivismo, negli ultimi decenni del XIX secolo: non fa quindi meraviglia che lo studio delle fasi più antiche delle culture umane abbia ricevuto l'impronta profonda, tenace e per taluni aspetti pressoché indelibile dei principi e dei metodi della scienza positivista" (PALLOTTINO, 1957, 7).

al platonismo, a la Historia o a los ejemplos de la etnografía o que el psicoanálisis recurra al mito de Edipo o a los fenómenos del totemismo o los tabús.

En el campo histórico especialmente —y más aún investigando el hombre primitivo— hay unos cuantos escollos que conviene tener presentes para evitarlos: *a)*, que todo estudio de la vida humana incluye motivaciones humanas, y las propias motivaciones y personalidad del investigador se insertan en su estudio; *b)*, que la causación en historia no es tan simple como en física o en biología, sino múltiple y compleja; *c)*, la intervención en las ciencias del hombre del concepto de valor y sus distintas especies, implica patetismo, aunque el investigador no lo pretenda, y jerarquización cualitativa que, a veces, obnubila los resultados o conduce a generalizaciones prematuras; *d)*, el empleo de métodos naturalistas exige, ya que su dominio no es posible, la colaboración de otros investigadores.

Especialmente, respecto a nuestra investigación arqueohistórica, conviene tener presente que la liberación del naturalismo no abona un arqueologismo autónomo, sino la más estricta orientación humanista, esto es, histórica, ya que intentamos conocer la vida humana y no la simple variación instrumental. A quien carezca de sentido histórico puede parecer superflua la preocupación investigadora —sirva de ejemplo— sobre la dieta del hombre primitivo o sobre su organización social, pero tal actitud es imprescindible hoy, en cuanto sabemos que factores sociales o de nutrición pueden explicarnos hasta diferencias de inteligencia, que nunca sabremos por razones genéticas o raciales.

Como un índice sumario de interrogantes históricas ante un yacimiento —sea el mío el *mea culpa* inicial como excavador—, veamos ahora el cuadro cultural para señalar luego los métodos apropiados.

A. *Concepto de Cultura en Historia Primitiva*

Un magnífico ensayo de MAC WHITE (1955, 6-16) plantea con documentada ideación el problema del concepto de cultura arqueológica. Aunque históricamente no cabe plantear ahora todos los aspectos de la cuestión, conviene indicar cómo la ecuación Cultura = Pueblo, de Kossina, en 1911, ha suscitado la oposición de los escasos arqueólogos que han tenido preocupación por los temas metodológicos. El concepto más difundido de cultura arqueológica puede ser el de CHILDE (1950), que la define como “un conjunto de artefactos que aparecen repetidamente juntos en habitaciones de la misma especie y

enterramientos del mismo rito. Las peculiaridades arbitrarias de herramientas, armas, adornos, casas, ritos funerarios y objetos rituales se considera que son las expresiones concretas de las tradiciones sociales comunes que mantienen ligado un pueblo o sociedad”.

Ahora bien, teniendo en cuenta que una cultura arqueológica es un concepto de índole especial, por cuanto sólo se refiere a fragmentos de la totalidad de una cultura, preferimos exponer el concepto pleno de cultura, como ideal a rellenar por el arqueólogo, a sabiendas de su propia limitación metodológica, pero considerando que debe ser consciente también del conjunto del cuadro cultural, porque no es arbitrario sino trabajo y orgánico.

En efecto, cultura, para Ortega y Gasset, es el conjunto orgánico de creaciones con las que un pueblo intenta satisfacer sus necesidades vitales, y aún podemos, por nuestra parte, dar una definición más condensada: *Cultura es el saber vivir humano*. Al decir *saber* no aludimos sólo a la pura actividad intelectual, sino a sus consecuencias, esto es, a la posibilidad de pensar y de hacer cosas, sean éstas artefactos, sociofactos o mentifactos. En cuanto al *vivir humano* no precisa explicar que se compone de la solución de una diversidad de necesidades materiales, sociales y espirituales, cuya cantidad y calidad dependen de la complejidad de la sociedad de que se trate.

Con arreglo a este concepto general el cuadro que puede servir de esquema mental es el siguiente:

1. ELEMENTOS BÁSICOS: El país.
 Los hombres.
 La cronología.
2. ERGOLOGÍA: Economía de subsistencia.
 Habitación.
 Indumento.
 Industrias.
 Transportes.
 Comercio.
 Armamento.
3. SOCIOLOGÍA: Familia.
 “Estado”.
 Sociedad.

Prácticas sociales.

a) Costumbres.

b) Juegos.

c) Funebria.

4. ANIMOLOGÍA: Bellas Artes.

Lengua.

“Ciencia”.

Creencias.

Naturalmente, la documentación que puede obtenerse sobre cada una de estas facetas es muy distinta en volumen y muy diferente también la posición lógica del investigador para obtenerla. El hecho de remover, con más o menos cuidado, las capas arqueológicas de un yacimiento y recoger los restos materiales es procedimiento tan simple como describir escenas de una pintura rupestre levantina y anotar el número de ciervos que contiene. El advertir que la cacería se realizó en la época de celo de los animales, el excavar reconstruyendo las estructuras de madera que recubrían los túmulos de la edad del Bronce, el estudiar las caries dentales de los Neolíticos o los signos de reumatismo articular es preocuparse de obtener datos de interés humano para la Historia o de interpretar siempre la más escueta ergología pensando en el hombre que la realizó, en la finalidad con que perfeccionó sus industrias, en las razones y factores de sus propósitos, fines y logros.

Cuanto más nos remontamos en el tiempo, tanto más incompletos son los datos que se pueden obtener por el trabajo de campo, pero aunque pensemos imposible el acceso al conocimiento de la lengua que hablasen nuestras gentes arqueológicas, pueden nuestras investigaciones resolver la discusión sobre el carácter articulado o no que pudiera tener, si facilitamos elementos de juicio a los estudios de la antropología física.

Nuestros archivos son los yacimientos arqueológicos y cada yacimiento que se estudia —*bien o mal*— se destruye y la Historia está allí. La estricta recolección de objetos es, en muchos casos, actividad similar a la de quienes sólo recuperan metales y gemas de las obras de joyería.

B. *El estudio de un yacimiento arqueohistórico*

Ante un yacimiento de tiempos primitivos, descubierto casualmente, por informes de campesino, pastores o cazadores, por toponimia, por reconocimientos y fotografía, aéreos o submarinos, o por atinada prospección, el

arqueólogo de campo se halla frente a un archivo de documentos que debe descifrar personalmente, buscar las colaboraciones precisas o recoger los datos necesarios para que otros especialistas puedan interpretar su documentación.

He aquí alguno de los aspectos metodológicos:

1.º Toda *excavación* supone un problema estratigráfico. La excavación en sí supone una técnica especial, con unos principios generales aplicables siempre y unas particularidades propias de la índole del yacimiento (habitación, sepultura, poblado, caverna, terraza fluvial, etc.) en los que no podemos entrar ahora, pero sí indicar que la búsqueda y delimitación de la *estratigrafía* debe atender no sólo a las capas fértiles o de habitación humana, sino a las estériles. En éstas tenemos, por una parte, la separación tajante de los capítulos de nuestra historia, pero pueden ser también documentales de por sí al indicarnos las razones climatológicas, de fauna o flora que determinaron su no utilización por el hombre.

2.º Ahora bien, toda estación primitiva es un yacimiento sobre la corteza terrestre y, por ello, los *métodos geológicos* serán siempre utilísimos. Debe el investigador de la historia primitiva, si no adquirir la suficiente formación —que sería ideal, sobre todo para ciertas edades—, sí obtener la colaboración del geólogo o tener conciencia de los fenómenos glaciares (morrenas, sedimentos, soliflucción, etc.) o de los elementos que pueden ser analizados por la petrografía sedimentaria, por medio de la granulometría, morfología del suelo, minerales pesados, etcétera.

3.º Atención especial y colaboración exige asimismo la paleogeografía del lugar que, con fundamentos geológicos, puede señalar zonas de terrazas fluviales o marinas, de aluviones pluviales, de playas levantadas, de cavernas o cabezos estratéticos, determinando así el *habitat* de cada fase cultural y sus razones ecológicas.

4.º En todo caso importa, completando el aspecto anterior, el conocimiento de la flora y la fauna. La *Paleobotánica* indicará el tapiz vegetal, los medios de subsistencia de animales y hombres y aun primeras materias para éste. Es posible y debe, por tanto, obtenerse el análisis polínifero de cada estrato, aunque no tengamos en nuestro país la esperanza de hallazgos tan definitivos como en las turberas nórdicas. Aunque no lo corroborase la arqueología ergológica, la figura de IVERSEN (1941, *Land occupation in Denmark's Stone Age*. Copenhagen), marcando la fluctuación de frecuencias de carbón de madera y polen de árboles y gramíneas, vale por una página de historia. En efecto, el carbón registró un aumento extraordinario en un momento que se corresponde perfectamente con aumento análogo en las gra-

míneas y desaparición equivalente de los árboles: el momento que nos destaca la historia natural es el desarrollo pleno del Neolítico, implicando la extensión de cultivo de gramíneas en torno a la turbera de Ordrup y el proceso de deforestación mediante la tala e incendio de los árboles que justifica los carbones y la ausencia de polen arbóreo.

5.º Por otra parte, la *Paleozoología* podrá emplear sus conocimientos si todos los huesos y astas son debidamente recogidos, fijando no sólo la fauna en capas fértiles y en las estériles, sino la edad de los animales y sus características biológicas, que permitirán determinar hasta el momento de su caza por el hombre (animales jóvenes, época de muda de cuernos, salmones en la ribera de los ríos, aves migratorias, etcétera) y la índole del yacimiento que puede ser fijo o estacional de verano.

Como señala ALIMEN (1950, 46), la abundancia de restos de una especie animal en una capa puede ser debida a la caza por el hombre o al hecho de que dicho animal utilizase el yacimiento como refugio. Si no hay otros datos el paleontólogo puede estudiar los dientes, hallar las distintas edades y, mediante estadísticas, determinar si es una población normal equilibrada, con lo que se demuestra—como ocurrió con el yacimiento alpino de Drachenloch—que se trata de un habitante normal de la caverna.

Otras veces, como en las excavaciones de Monte Carmelo (Cfr. ZEUNER, 1946), la frecuencia relativa de gacela y ciervo pueden indicar plenamente el clima y la vegetación, ya que la primera es animal de estepa (clima seco), mientras el ciervo es especie forestal, de clima húmedo por tanto. En dicha zona de Tierra Santa, aun sin otros datos botánicos o climatológicos, puede afirmarse una geografía “nórdica” durante el Arqueolítico, un medio templado cálido que culmina en el Paleolítico Medio, y tras una regresión fría y húmeda durante el Levalloisiense, se equilibra el clima durante el Paleolítico Superior, para convertirse en estepario, sin bosques y con gacelas desde el Natufiense, al acabar el Cuaternario.

Innecesario sería insistir en la importancia de estos estudios naturalísticos para completar y perfeccionar nuestras ideas sobre el *habitat* de los primitivos.

6.º Naturalmente, el hombre primitivo, sujeto primordial de la historia, ha merecido siempre de la *Antropología física* una atención excepcional. Más allá de sus caracteres físicos los modernos estudios antropológicos han llegado a problemas de las enfermedades y aun de mortalidad de nuestros más remotos antepasados. Nunca será excesivo el cuidado que el arqueólogo de campo ponga en la exhumación y conservación de restos humanos, aparte de cuanto

su posición, materiales en torno, características del suelo, etcétera, puedan indicar sobre sociología familiar o política, ritos funerarios, animología, etcétera.

7.º En esta lista de preocupaciones para el investigador de campo habría de tener lugar primordial lo referente a la *datación absoluta*, pero los métodos empleados escapan a toda campaña de trabajo, y aun como trabajo de laboratorio son propios de una alta especialización. Sin embargo, la observación del yacimiento, en unos casos, o la recolección de restos, pueden permitir el empleo de alguna de estas técnicas. No hay indicio alguno en los yacimientos que permita conexión con las *curvas de radiación solar* elaboradas por Milankowitch, tan importantes para una amplia consideración teórica de la historia primitiva, pero sí cabe observar formaciones análogas a las *varvas*, con las que De Geer pudo trazar su cronología para los últimos 12.000 años.

No es posible, sin duda, llegar al enlace cronológico con nuestros tiempos primitivos a base del sistema de *anillos arbóreos* de Douglas, pero el hallazgo de maderas puede servir, con sus círculos de crecimiento anual, para determinar la climatología del yacimiento y consecuencias que se derivan.

De mayor interés para el excavador resulta hoy la recolección de restos orgánicos (huesos, asta, carbones en cantidad suficiente) y su correcta conservación, eliminando su humedad y aislándolos totalmente del ambiente actual, para permitir a los centros especializados el análisis del *Carbono 14*, que, por su proceso de desintegración, puede permitir dataciones absolutas, que cada día se revelan de mayor justeza.

8.º Todavía otras técnicas auxiliares pueden proporcionar datos para completar la parvedad de nuestros yacimientos, si el investigador de la historia primitiva los conoce. Tales son la *fotografía aérea*, útil no sólo para la prospección, sino para el estudio topográfico del *habitat*; los *Rayos X*, para conocer la estructura íntima de piezas óseas o metálicas; la *luz ultravioleta*, con la que es posible ver niveles no apreciables con luz natural o artificial corriente; los *análisis petrográficos*, que ya han servido para indicar rutas comerciales (hachas de piedra pulimentada británicas o sílex característicos, etcétera); los *análisis metalúrgicos*, prueba de orígenes culturales, ya que las aleaciones son constantes en los diversos grupos culturales; los *análisis cerámicos*, que pueden dar análogos resultados, o los *análisis químicos* de otras sustancias que, como en el caso del ácido succínico del ámbar, puedan indicar indiscutiblemente su origen, como el báltico de las cuentas de Los Millares, Llano de la Zaja o Alcalar, hecho analizar por los Leisner.

9.º Problemas técnicos suscita igualmente al excavador cuanto se refiere a la *representación* de sus trabajos desde el simple bosquejo al dibujo publicable, la técnica fotográfica o la cinematográfica. No cabe duda que los técnicos, en cada caso, podrán lograr resultados perfectos, pero no se debe olvidar que es rara la excavación española en que hay un colaborador del director y a éste corresponde hasta la preparación de nóminas y descuentos por seguros sociales de sus obreros.

10.º Metodología específica del arqueólogo es la *tipología ergológica*. Su cultivo reiterado desde los inicios de nuestra ciencia lo convierten en campo conocido en líneas generales, aunque no exento de problemas. De índole nacional, por una parte, por la variedad de términos con que a veces se designa un período o un artefacto que, por no describirse minuciosamente, queda oscuro cuando se publica; intento de solución fue el acuerdo del Congreso Nacional de Arqueología, 1955, en Burgos, de conseguir una terminología general aceptable. Tal vez así sería posible solucionar el aspecto internacional terminológico, buscando la adecuación a nuestro vocabulario de los términos empleados en otros idiomas.

Cuando la representación gráfica y la descripción detallada acompañan a los hallazgos, el problema terminológico tiene menor importancia.

El auge moderno de *métodos estadísticos* plantea un doble problema: a), hay que hallar una justa representación de la cultura en estudio—las estadísticas de un yacimiento único son elementos para un cuadro más amplio—, y ello sólo se puede obtener con la fijación cartográfica y el conocimiento de las regiones naturales, y b), hay que acertar con las “preguntas” esto es, con los aspectos que se organicen estadísticamente, ya que los números no dicen nada, si no tiene sentido su agrupación. El sentido lo puede dar una orientación cultural.

11.º Por ello, convertir la tarea del investigador de historia primitiva en un simple poner etiqueta a los hallazgos, ha dado el carácter superficial y extravagante que muchos atribuyen a nuestra ciencia, cuando tras los esfuerzos sólo se ven lascas, microlitos, retoques y nódulos, espadas de lengua de carpa, lekitos o *kerbschnittkeramik*. La única forma de superar este tipologismo, inane en muchos casos, es el sentido histórico que puede proporcionar la *antropología cultural*.

Comprender el concepto de la cultura y su organicismo, su conexión con el medio físico, los problemas de aculturación, los paralelos etnológicos, etc., pueden dar orientación al trabajo de campo, que la pura técnica excavatoria no logrará nunca.

LEROI-GOURHAN (1955) presenta la fotografía de una familia primitiva compuesta por los padres, tres niños, uno de ellos con collar metálico, unas gallinas, un cerdo y un perro al abrigo de un paravientos en medio de la selva. Si ocurriera la muerte repentina de todos, el tiempo y el clima, la tierra y los elementos, harían desaparecer todo resto orgánico. Una excavación minuciosa tal vez hallase únicamente algún resto óseo animal, el collar metálico del niño y una mancha coloreada en la tierra donde estuvieron los postes del paravientos. Nunca debe olvidarse que más allá de las pobres reliquias de nuestra investigación hay unas gentes vivas, con necesidades materiales, vida familiar, pensamiento y creencias.

* * *

Esta acumulación de problemas no pretende impedir las investigaciones arqueológicas, sino desear un mejor futuro a las que se realicen en nuestro país y, sobre todo, incitar a la preparación de quienes las dirijan, mientras nuestras Universidades no puedan, como en otros países, organizar escuelas para la preparación técnica de historiadores primitivos como las hay de medievalistas o de historiadores modernos.

C. Interpretación de los documentos

"The questions must be framed before the answers". Esta posición no es positivista, sino historicista, pero tratamos de orientar la historia primitiva, y estas palabras de MAC WHITE (1955) nos indican el método más adecuado al tratamiento de los documentos, de los múltiples, complejos y variados datos que una adecuada investigación arqueológica puede facilitar al historiador.

El problema no es creación nuestra. PALLOTINO (1955, 3) ha escrito que los historiadores de profesión cuando se enfrentan con el primer capítulo del desarrollo de la cultura itálica y romana se remiten, cuando más, a los resultados de los estudios de sus colegas paleontólogos. Sólo, excepcionalmente, juzgan con conocimiento directo de los datos y con aportes críticos originales, pero casi más en razón de su preparación personal arqueológica o lingüística, *che non in veste di storici* (6). Pero añade que a pesar del *modo subbiettivo*

(6) Haga aplicación el lector de estas palabras a toda la historiografía de España, que sólo a partir de las guerras púnicas comienza a ser historia, en los mejores ejemplos.

e passionale y la *pittoresca bataglia di ipotesi ricostruttive*, estas dificultades y estos peligros peculiares de las investigaciones paleontológicas no nos autorizan a excluir en el estudio de los orígenes las exigencias y métodos de la historia; antes bien, y por ellas más aún, es necesario un método crítico más riguroso y un sentido histórico todavía más despierto y concreto.

Tarea futura es también para nuestra historia primitiva, una recta interpretación de los datos que la arqueología ha proporcionado y los que, abundantemente, facilitará con un mayor rigor metodológico. Pero no nos basta el método crítico y sentido histórico que invoca Pallottino, sino que estamos necesitados de una elaboración metodológica que nos evite —más aún a nosotros, españoles— el subjetivismo y la pasión inherentes a toda reconstrucción histórica.

Partimos de la pobreza fundamental de documentos que son los escasos restos no corruptibles de pueblos remotos, con una vida modelada culturalmente de forma completa. Estos restos, tanto menos elocuentes cuanto más alejados están en el tiempo, han venido siendo tipológicamente clasificados. Ahora bien, estas modalidades tipológicas han sido llamadas culturas por los arqueólogos y siguiendo la famosa ley de Kossina (*eine eigene, noch so kleine kulturprovinz einen eigenen Stamm bedeute*) cada cultura se ha considerado un pueblo, una raza.

Con este sistema nuestra historia primitiva aparece como un inquieto vaivén, de sentido inaprensible, salvo para una consideración clasificatoria en la que sólo el tiempo y, en parte, el espacio introducen cierto orden.

Estas culturas arqueológicas sí, con mayor precisión de la usual, las caracterizamos con MAC WHITE (1955, 6) como “un grupo significativo de unidades tempo-espaciales, consistente en una o varias fases, cuyos rasgos básicos pertenecen a la misma tradición” son, necesariamente, la base de toda interpretación histórica. Hay que pensar, no obstante, en si la discriminación de tales grupos, de sus modalidades facticias limitadas en el tiempo y en el espacio y sus fases son una creación del investigador o una realidad histórica. ¿Representan auténticas culturas? ¿Indican situaciones sociales distintas? ¿Equivalen las diferencias de estas modalidades industriales a las que representan religiones y lenguas distintas?

Con sentido histórico, la huerta, la marina y el secano de Valencia no son “culturas” distintas y mucho menos hablaremos de las culturas de Manises, de Alcora, de Agost y Talavera.

PERSPECTIVA ACTUAL DE LA HISTORIA PRIMITIVA DE ESPAÑA

Eliminada, pues, esta imperfección terminológica queda todavía el problema interpretativo. Sirva de pauta de su complejidad el plan que MAC WHITE (1955, cuadro I) propone, más como incitación que como dogma.

NIVELES DE INTERPRETACIÓN ARQUEOLÓGICA, PARA PERÍODOS SIN DOCUMENTACIÓN ESCRITA

- I. TAXONÓMICO Y MECÁNICO. Identificación de formas específicas, tipos, interpretación de uso, técnica de producción.
- II A. CRONOLÓGICO 1) Establecimiento de la contemporaneidad de grupos de tipos, a través de la estratigrafía, asociación, tipología, etcétera.
2) Determinación de las secuencias de períodos locales.
3) Determinación de la cronología absoluta por métodos de las ciencias naturales o a través de lazos históricos con las culturas documentalmente datadas.
- II B. ECOLÓGICO Establecimiento del contorno físico y otros determinantes naturales que afectan a los yacimientos individuales, series de yacimientos emparentados o períodos locales.
- III A. ECONÓMICO 1) Estudio funcional del equipo material en relación con el II B.
2) Determinación de la economía de subsistencia y comercio, aplicado a los yacimientos aislados, series emparentadas de yacimientos o períodos locales.
- III B. HISTÓRICO (Simple) ... 1) Trazar el desarrollo y difusión de tipos y sus interrelaciones en tiempo y espacio.
2) Trazar los desarrollos de III A, 2), en tiempo y espacio.
- IV. SOCIOLOGÍCO (Estadio I). 1) Identificación de los patrones de grupo, significativos dentro de los períodos locales.
2) Establecimiento de las series graduadas de patrones de grupo, indicativos de distintos grados de diferenciación cultural.

- 3) Simples inferencias, a partir de la cultura material, de rasgos de conducta e ideológicos; por ejemplo, determinación de instituciones políticas y sociales o inferencias de las creencias religiosas dentro de los patrones de grupo.
- V. HISTÓRICO (Complejo) 1) Trazar los orígenes, desarrollo y expansión de los patrones de grupo en tiempo y espacio.
 (Estadio I) 2, a) Trazar la continuidad cultural y los cambios dentro de los patrones de grupo.
 2, b) Trazar las interrelaciones entre los patrones de grupo y las influencias de unos sobre otros.
 3, a) Trazar el origen y difusión de los elementos de conducta e ideológicos identificados en IV, 3).
 3, b) Reorientación de III B, tomando el patrón de grupo como unidad lógica.
- VI A. SOCIOLÓGICO (Estadio II) 1) Determinar el sentido de IV, 1) y 2) en términos sociológicos.
 2) Determinar las condiciones sociológicas en que tuvieron lugar los sucesos delimitados en V, 1), 2) y 3).
- VI B. HISTÓRICO (Complejo) 1) Interpretación de V 1), 2) y 3) en términos históricos.
 (Estadio II) 2) Conexión de VI A y VI B 1) con la evidencia documental o lingüística que pueda ser retrotraída a tiempos proto- o parahistóricos.
- VII. PSICOLÓGICO Inferencias complejas desde la cultura material a la cultura de comportamiento e ideológica de un grupo social o de una persona individual.

Veamos las aclaraciones que el autor cree necesarias a la comprensión del cuadro. El criterio básico que rige este cuadro es el de graduar la complejidad de los procesos lógicos que cada nivel interpretativo supone. La distinción entre II A "Cronológico" y III B, y VI B "Histórico", distingue conceptos análogos a lo que se denomina "crónica" o "historiografía". El estudio de la estructura social o de la sociología dinámica se recoge en los términos "sociológico" o "histórico".

El nivel I, al decir “formas o tipos específicos”, se refiere no sólo a los tipos de objetos museísticos (sílex, cacharros, bronce), sino a tipos de sepultura y formas de habitación, monumentos rituales o cualquier otra estructura o creación humana que pueda ser descrita, observada o excavada. La evidencia de formas arqueológicas no museificables es, usualmente, más compleja y frecuentemente de mayor importancia que los objetos de museo.

En algunos casos, la diferencia entre los niveles (I, IV 3) y VII) es solamente consecuencia del grado o altura de la interpretación, así la conclusión de que X es una sepultura de un jefe tal vez, es deducción simple que pertenece al nivel I; si un estudio comparativo de las tumbas de la misma región y período, nos permite llegar a la conclusión de que X es la tumba de un jefe de guerreros, que rige una sociedad estratificada de guerreros, sacerdotes, metalúrgicos, campesinos y esclavos, nuestra interpretación sería del nivel IV 3); un análisis más profundo en que por paralelos etnológicos llegásemos a la conclusión de que la sociedad que regía el jefe enterrado en X estaba dividida en “moieties”, practicaba la exogamia y, a pesar de la importancia de la clase militar, tenía una fuerte tendencia al matriarcado, sería nivel VII.

En la práctica, la eficacia de la interpretación arqueológica está gobernada por factores de conocimiento, que son más accidentales que incidentales a los problemas de estudio. En casos extremos estos factores pueden invertir parte de la gradación establecida y resultar más sencillo un problema del nivel VII que otro del IV o V, cuando el rango de la documentación sobre los aspectos no materiales de la cultura es superior en riqueza, conservación y estudio. Al analizar lo que podríamos llamar la epistemología de la teoría arqueológica, debemos tener en cuenta estos factores al tiempo que su gradación teórica de nivel. Las pautas varían de acuerdo con el período, las condiciones geográficas y climáticas, las circunstancias del hallazgo, los propios factores de la cultura en estudio, tales como el nomadismo y sedentarismo, la presencia o ausencia de escritura, acuñaciones, o arte realista, etcétera.

Nótese que patrones de grupo (*group pattern*) significa un conjunto de tradiciones que pueden pertenecer a un grupo social, por ejemplo, de ceramistas, metalúrgicos, fabricantes de hachas, etcétera.

Cuando en el cuadro se distingue entre cultura material, cultura de conducta (*behavioral*) y cultura ideológica, se entenderá mejor como aspecto material, social y espiritual de la cultura. La indicación de tiempos protohistóricos o parahistóricos alude al Bronce y Neolítico de la terminología al uso y corresponde a los períodos establecidos por HAWKES (1951), a que luego haremos más amplia referencia.

El cuadro —concluye Eoin Mac White— distingue siete niveles interpretativos, en los que el razonamiento deductivo se usa, principalmente, en los tres primeros, cuyos resultados son tan seguros y ciertos como cualquier reconstrucción *post factum* puede ser. El margen de error se deberá más a defectos de evidencia física que a errores de interpretación. En los niveles más altos, el razonamiento es reductivo (inducción incluida) y menos deductivo y, por ende, crecientemente hipotético según se asciende en escala. En el plano psicológico la intuición reemplaza frecuentemente todo proceso lógico.

Una gradación tan completa de consideraciones sobre la documentación primitiva obtenida y más aún sobre la que se debe obtener en el futuro, dará cohesión y sentido a las primeras etapas de nuestra historia. Especial énfasis hay que poner no sólo en la determinación cronológica de los fenómenos culturales, sino en la delimitación espacial, única forma de advertir si la unidad cultural en estudio es peculiaridad individual, facies local, subcultura, cultura o área cultural. De esta forma cabrá buscar los equivalentes sociológicos (familia, clan, tribu, unión de tribus, nación, etc.) de nuestra raíz histórica.

Si en el campo arqueológico hemos señalado la complejidad de tareas a realizar, el campo interpretativo exige más rigor por los peligros que entraña, lo que tiene en mayor grado de aportación personal. La diferencia de niveles en el cuadro anterior resalta evidente. Hay, sin embargo, un aspecto de la elaboración histórica que debe ser destacado en la Universidad: se trata de superar lo que Pallottino llama la *inercia de la especialización*, mediante esfuerzos de colaboración en tareas de grupo.

Con este sentido puede servir de ejemplo el plan de estudio de la cultura ibérica, que propusimos a la I Reunión de Estudios Ibéricos (7) y esperamos realizar con nuestros colaboradores.

PLAN DE ESTUDIO SOBRE LA CULTURA IBÉRICA

I. FUENTES

1. *Arqueológicas*... A. Yacimientos:

- a) poblados
- b) necrópolis.

(7) Organizada por el *Instituto de Estudios Ibéricos y Etnología Valenciana*, en colaboración con la Facultad de Filosofía y Letras, tuvo lugar en Alicante en marzo de 1955. Sus sesiones de discusión y trabajos de campo serán objeto de una próxima publicación de la Institución Alfonso el Magnánimo, de la Diputación Provincial de Valencia, en la que se dan mayores precisiones sobre nuestro plan de trabajo.

PERSPECTIVA ACTUAL DE LA HISTORIA PRIMITIVA DE ESPAÑA

- B. Hallazgos sueltos.
- 2. *Filológicas*... .. A. Historiadores y geógrafos clásicos
- B. Lengua ibérica y sus problemas
- C. Inscripciones ibéricas:
 - a) lápidas.
 - b) vajilla.
 - c) monedas.
- D. Toponimia y onomástica.
- 3. *Etnológicas*... .. A. Los substratos.
- B. Paralelismos.
- 4. *Geográficas*... .. A. El habitat.
- B. Cartografía de los hallazgos.
- 5. *Estilística* A. Pintura.
- B. Escultura.
- C. Otras artes.

II. ANÁLISIS DE LOS DOCUMENTOS

- 1. *Externo*... .. A. Procedencia e ingenuidad.
- B. Materia.
- C. Forma.
- D. Dimensiones.
- E. Gráficos.
- F. Conservación.
- G. Observaciones estilísticas.
- H. Observaciones especiales.
- 2. *Interno o cultural* A. Básico:
 - a) país.
 - b) hombres.
 - c) cronología.
- B. Ergológico.
- C. Sociológico.
- D. Animológico.

No es preciso aquí concretar los aspectos que en nuestro cuadro se completan con los niveles de interpretación que Mac White sugiere.

La tarea futura que nos concierne es hacer la historia primitiva de España. Con este planteamiento de la problemática u otro mejor será posible reconstruir las raíces, la vida y el vuelo de nuestras culturas más remotas.

II

PERIODIZACIÓN Y CRONOLOGÍA DE LA HISTORIA PRIMITIVA DE ESPAÑA

La tarea fundamental de toda labor histórica, la periodización, tiene naturalmente una capital importancia para la historia primitiva hispánica. Ha sido preocupación antigua el enlace de nuestras culturas con las de otras zonas, si bien un desarrollo fructífero de nuestra investigación, concentrando el interés en los problemas hispánicos, llegó a darles tratamiento independiente que ha sido preciso revisar últimamente.

Con todas las limitaciones y correcciones que un desapasionado razonar quiera imponer, no hay duda honesta hoy sobre la dinámica de las corrientes culturales, sobre sus contactos y transmisión, etcétera. No cabe, pues, considerar nuestra historia primitiva como una entidad cultural independiente en la que se pueden ver transformaciones espaciales y temporales con una causación endógena atribuible a determinaciones geográficas, o étnicas, económicas, sociales o espirituales. Pero el difusionismo de la cultura no debe llevar a considerar nuestra historia como un tranvía en el que se han sucedido, totalmente, pueblos y culturas en una serie de invasiones.

Entre las premisas teóricas necesarias a toda periodización, conviene señalar dos aspectos fundamentales. Primero, la necesidad de pensar en nuestro país como *parte* de un todo histórico, distinto en cada período, pero cuyo conocimiento y delimitación es imprescindible, si queremos entender nuestra historia. Este concepto que se corresponde con lo que Toynbee llama *campo histórico inteligible*, nos da una serie de zonas culturales (Arqueolítico, Meso-lítico, Bronce, etcétera) dentro de cada una de las cuales *actúa* nuestra historia.

La actuación cultural de nuestras gentes deberá concebirse siempre como un *do ut des*, como un proceso de aculturación y no como simple recepción

pasiva. No se trata de que en un tiempo invadan la península los auriñacienses y en otro sean hispánicos con puñal de bronce y vaso campaniforme los invasores de Europa. El estudio de la romanización de Hispania sólo se completa con el estudio de la hispanización de Roma. Este segundo enfoque del problema implica un criterio histórico, que no trasciende lo bastante a los ensayos de periodización, que, si superan la teoría de las invasiones, no abandonan un criterio apriorístico de búsqueda de orígenes, olvidando el proceso formativo de cada cultura que hubo de tener lugar sin duda en nuestra historia primitiva.

El área cultural de cada uno de nuestros períodos, así como el proceso formativo de cada etapa y su posibilidad de actuación sobre otras gentes, deben apreciarse en función de la situación de la península hispánica de puente intercontinental, pero también de fondo de saco europeo, cuya hirsuta topografía se diversifica a su vez en comarcas abiertas y cerradas, con variedad casi infinita de posibilidades.

Separadamente veremos algunos aspectos de la periodización, para atender luego al problema cronológico.

I. LOS PERÍODOS DE LA HISTORIA PRIMITIVA

A. Advertencia teórica

La relativa estabilidad conseguida en la periodización y terminología arqueológica por la investigación francesa venía conmoviéndose, a veces, por alguna nueva industria o "cultura", cuyo encaje en el marco tradicional era forzado. Pero el sistema "geológico" que regía el bautizo de toda novedad se revelaba confuso por la multiplicación de denominaciones para especies culturales análogas. El empeño arqueológico más importante fue, en 1931, el de Menghin, sin que faltasen otros intentos recientes de esquemas históricos que superen la proliferación terminológica, que, como para los hechos y opiniones encuentra Pallotino, resulta una *irta, multiforme e tenebrosa foresta*.

Más alcance que la simple distinción de Pittioni (*Lithikum, Keramikum* y *Methalikum*) tiene la propuesta de HAWKES (1951), que distingue entre la Historia Antigua y la Ahistoria, cuatro etapas que denomina: IV, *Antehistoria*, desde la aparición del hombre; III, *Telehistoria*, desde el Neolítico pleno; II, *Parahistoria*, desde las fechas históricas atribuibles a restos arqueológicos, y I, *Protohistoria*, para los tiempos cuya arqueología puede completarse con textos.

PERSPECTIVA ACTUAL DE LA HISTORIA PRIMITIVA DE ESPAÑA

Por su generalidad este sistema es más adaptable que la división en períodos numerados (I, II, III, etcétera), que propuso DANIEL (1940), en los que partiendo del cambio de Era y con una duración de 250 ó 500 años permitiera una especie de casillero en que incluir las culturas particulares.

Más de acuerdo con la organización tradicional de la Historia nos parecería colocar antes de la Historia Antigua dos edades solamente: Edad Arcaica y Edad Primitiva, cuya separación sería al fin de aquélla la aparición de la agricultura, que caracteriza a la Primitiva, cuyo desarrollo se realizaría mientras la Historia Antigua está vigente en otras zonas más adelantadas. De esta forma podía darse un sentido cultural a cada una de ellas, no por la documentación asequible como en Hawkes, sino por el contenido económico, social o espiritual o por todos ellos. Así nuestra Historia podría, en plan general, organizarse así:

<i>Edad</i>	<i>Cronología</i>	<i>Arqueología</i>	<i>Etnohistoria</i>
ARCAICA ...	500.000 ?	Arqueolítico Paleolítico Medio Paleolítico Superior Mesolítico	Grandes cazadores
PRIMITIVA...	3.000 a. C.	Neolítico Bronce Hierro	Recolectores: época de crisis. Campesinos: Pre-urbanismo. Metalúrgicos: Urbanismo inicial. Siderúrgicos: Urbanismo medio. (Ciudad-Estado).
ANTIGUA ...	600 a. C.	Colonizaciones Cartagineses Romanos Visigodos	Imperialismo: Urbanismo pleno. Desintegración: época de crisis.

B. *Intentos sistemáticos*

No han sido muchos los intentos de sistematización de los tiempos primitivos hispánicos, pues en la mayor parte de los casos se trata de retoques introducidos por los autores cada vez que publicaban un yacimiento o unos materiales con el fin de adaptar el sistema a los resultados de su trabajo de campo o de laboratorio, si éstos resultaban excesivamente evidentes.

La aceptación de estos retoques no siguió el ritmo de la investigación, y por ello fueron necesarios otros sistemas que, mediante una revisión general, recogiesen los nuevos materiales.

Sin posibilidad de resumir aquí la *selva tenebrosa de hechos y opiniones* merecen atención el esbozo sistemático de Siret y las ideas a que dio lugar en 1908, de Dechelette; el esquema de Pericot en 1934, en cuanto expone perfectamente el sistema de Bosch Gimpera; el sistema de Martínez Santa-Olalla en 1941 (sintetizado gráficamente en 1946), y los sistemas de Bosch Gimpera en 1945 y Pericot en 1950.

Punto de arranque para las ideas de Dechelette fue el sistema cronológico de Luis Siret, publicado un año antes. A pesar de su aparente falta de sentido, el cuadro de Siret adolece de su "amateurismo" histórico y de su generalización hispánica a partir del S. E., pero hay atisbos geniales para su tiempo, consecuencia de su experiencia de primera mano a base de trabajos de campo y no de biblioteca.

En 1907 expone SIRET el siguiente ensayo de Cronología Protohistórica:

1. Edad de la piedra pulimentada. Mito de Hércules. El Occidente civilizado por una corriente venida del Egeo.
2. (1700-1200) Cobre y bella talla del sílex. Invasión fenicia. Supremacía sidonia en el interior de la Turdetania. Exportación de los metales de Occidente, plata, estaño, oro, cobre, ámbar al Norte y otros productos. Extensión de los monumentos funerarios, cúpulas y megalitos.
3. (1200-1100) Invasión de los celtas en Occidente. Destrucción del imperio fenicio.
4. (1100-800) Edad del bronce. Invasión céltica. Fundación de Gadir por los tirios. Comercio fenicio reducido al África y a las costas oceánicas de Europa; concurrencia griega en el Mediterráneo y a través de la Galia celtizada. Aprovechamiento local de los metales en Occidente. Decadencia y abandono de la arqueología megalítica. Sepulturas en grandes jarras. Numerosas acrópolis.
5. (800-600) Edad del hierro. Apogeo del comercio griego.
6. (600-400) Preponderancia de los cartagineses en el Mediterráneo Occidental. Preludio de su extensión en la Península. Sepulturas de incineración.
7. (400-200) Invasión de la Península por los cartagineses. Conquistas de los Barcas. Necrópolis de incineración con vasos pintados y sables curvos.

8. (200-150) Conquista romana. Aniquilación de la nacionalidad fenicia o púnica. Fin de la influencia oriental en Occidente.

Contra este esquema expone DECHELETTE, en la misma *Revue Archeologique* (1908), sus ideas, de cuya innmeritada poca fortuna ya hicimos referencia.

Para Dechelette hay que tener en cuenta el sincronismo del Neolítico y Eneolítico en Italia con lo neolítico puro en el Norte de Francia, signo del adelanto cronológico de las tierras meridionales.

El Neolítico español está en conexión con el del Egeo y capas más antiguas de Troya; por tanto, Los Millares no son los fenicios, sino una cultura cicládica o de Amorgos, de fines del tercer milenio.

La desaparición de ídolos y amuletos en lo algárico puede deberse no a cambio de religión, sino a que fueran de madera.

Argar no es Marne o Hüttgwiler, que son del siglo IV o I a. C., sino de Cnosos y parientes de Egipto prefaraónico. De esta forma Los Millares y principios del bronce (Algar) son sincrónicos con el fin del neolítico egeo y primitivo arte cretense, hacia 1900-1800.

Las sepulturas en jarras no son célticas (faltan de las Galias), sino del mediodía europeo: Italia, Quersoneso, Troya, Canaán, Egipto prefaraónico, Perú, etcétera.

Muestra de la vitalidad de las culturas del Egeo son las vías culturales que origina: por Bohemia Aunyetitz la vía terrestre al norte, por ámbar principalmente; por España (Algar), una vía marítima en busca de metales.

Entre la edad del bronce y la del hierro hay en España una solución de continuidad que se puede rellenar por los hallazgos de Carmona (excavación Bonsor), que son restos celtas profundamente penetrados por la civilización púnica. Las sepulturas son análogas a los túmulos bávaros o borgoñeses de la primera edad del hierro y lo mismo el utillaje: la fíbula de plata de Acebuchal es una variante local de las hallstáticas de ballesta, emparentadas con las de La Certosa; los pendientes huecos son como los suralemanes del Hallstatt II, y son de importación fenicia las tablillas orientales de marfil, peines, vasos de alabastro, cuentas de vidrio, ajorcas de oro, sortijas de plata, ánforas púnicas, lámparas de barro en forma de concha (tipo conocido de Cartago), etcétera.

A la misma categoría de objetos fenicios pertenecen el plato y el ánfora de cobre o de bronce descubierto en el túmulo de la Cañada de Ruiz Sánchez. Las dos asas móviles y semicirculares del plato tienen por remate

cabezas de carnero. El tipo de ánfora de vino (oinochoe), cuya asa está sujeta por una pequeña palma, es la misma que aparece en la célebre tumba etrusca de Regulini-Galassi, en Cerveteri.

La fecha de Hallstatt III, que introdujo en Europa Central y en la Galia objetos de bronce y de fábrica griega y de estilo orientalista, es sincrónica con este período proto-etrusco de Italia central. Hallstatt III debe ser, pues, 700-500. Las tumbas de los Alcores son una nueva confirmación de este sincronismo, que puede tenerse por un hecho adquirido para la ciencia.

Estos datos sobre la fecha de la invasión céltica están bastante conformes con los de la historia y la lingüística. D'Arbois de Jubainville, interpretando los textos clásicos, coloca esta invasión hacia fines del siglo VI. Pero los datos de la arqueología nos obligan a remontarla por lo menos al principio del siglo VI.

La civilización de la primera edad del hierro en Andalucía es en el fondo de los pueblos célticos, que construyeron los túmulos de las Landas, Bajos Pirineos y Alto Garona, del Hallstatt III. Pero los celtas de las regiones pirenaicas, aislados en sus montañas y conservando toda la rudeza de sus costumbres primitivas, formaban una población pobre. Por el contrario, en la misma época, sus hermanos de la Iberia meridional, en contacto con los orientales, mezclaban con los productos de su propia industria los objetos de toda especie con que los marinos de Cartago surtían los bazares fenicios.

En resumen, la primera edad del hierro en España y Portugal comprende de seguro el siglo VI. Sus límites extremos serían 600-400 a. C., pero conviene esperar nuevos descubrimientos que precisen esto con tumbas de fin de la edad de bronce.

La segunda edad del hierro va del 400 al 133 a. C., toma de Numancia. Características: nuevo predominio de las influencias orientales y debilitación de los elementos célticos. La falcata de tipo griego oriental, traída más por fenicios que por griegos, sustituye en Iberia meridional a la espada de Hallstatt; sin embargo, las fíbulas aún son de tipo centroeuropeo. La cerámica indígena se deriva de modelos fenicios y se propaga por toda la Península y Galia meridional. Los productos púnicos son ya traídos por los cartagineses, y vasos pintados helénicos fueron importados al N. por los colonos griegos y al S. por los fenicios.

Todo ello —ej., Villaricos— muestra fusión de orientales, celtas e iberos, dando origen a una cultura mixta de aspecto oriental, pero con persistencia de elementos indígenas.

PERSPECTIVA ACTUAL DE LA HISTORIA PRIMITIVA DE ESPAÑA

La sucesión arqueológica de BOSCH GIMPERA puede verse en el sistema de PERICOT (1934; 1942, 2.^a edic.). Fue el sistema más completo y seguido, aunque se advertían imprecisiones, consecuencia, sobre todo, de mantener un criterio tipológico que, en ocasiones, se revela no sólo poco histórico, sino antihistórico.

Eolitos

(¿Terciario?)

Paleolítico inferior

Prechelense (1.º, Gl. s. Breuil; 2.º, Gl. s. Obermaier).

Chelense-Clactoniense (1.º, s. Breuil; 3.º, s. Obermaier).

Achelense-Lavalloisiense-Tayaciense.

Musteriense-Micoq-Esbaikiense y Ateriense.

Paleolítico superior (4.º Gl.: 25.000-10.000).

Auriñaciense-Esbaikiense y Ateriense.

Solutrense.

Capsiense.

Magdaleniense.

Epipaleolítico (10.000-5.000).

Aziliense-Tardenoiense-Capsiense.

Asturicense (N.): Perduraciones capsienas (Centro y S.) (5.000).

Neolítico

Arte rupestre estilizado (3.500).

Neolítico final (3.000).

Eneolítico (2.700-2.000).

Inicial (Culturas Portuguesa, Central, Almeriense y Pirenaica).

Pleno.

Supervivencias (después del 2.000).

(En este período se desarrolla la evolución megalítica, que arranca de los sepulcros de corredor incipiente en la cultura portuguesa, sigue con los de corredor y grandes monumentos dolménicos andaluces, para acabar ya en la edad del bronce con los sepulcros de cúpula.)

Bronce (2.000-1.000)

I, a, b y c (2.000-1.800).

II (1.700-1.300).

III (1.200-1.000).

Hierro

Época céltica-Hallstatt (900-500).

I (900-700).

II (700-550).

III (550-500).

Época ibérica-La Tène (500-0).

I (500-250).

II (250-133).

III (133-0). Romanización.

Este sistema tuvo —a pesar de sus hoy evidentes fallos— una utilidad clasificatoria general, auténtica “germania”, para los arqueólogos de los años 30, salvo las discrepancias de Gómez Moreno y su escuela. Muchas clasificaciones con arreglo al mismo deben, sin embargo, revisarse hoy, pues como pie forzado quitó espontaneidad al criterio de muchos investigadores.

No evita los inconvenientes de esta periodización la variante propuesta por BOSCH GIMPERA (1945) que retoca fechas, adapta su mesolítico a la investigación europea, mantiene su confusión en torno al Neolítico y Eneolítico y revisa las fechas de sus oleadas célticas sin que logre superar su fundamental orientación, cuyos defectos se evidencian por estar desconectado ahora de nuevos descubrimientos y opiniones.

Paleolítico inferior

Abbevillense.

Achelense.

Musteriense.

Paleolítico superior

Auriñaciense-Matritense.

Solutrense.

Magdaleniense-Capsiense.

} Pinturas naturalistas.

Mesolítico

Mesolítico I a (8.300-7.800).

Mesolítico I b (7.800-6.800).

PERSPECTIVA ACTUAL DE LA HISTORIA PRIMITIVA DE ESPAÑA

Mesolítico II (6.800-5.000).

Mesolítico III (5.000-4.000).

Neolítico.

Eneolítico

Transición (2.700-2.500).

Los Millares, I (2.500-2.300). Vaso campaniforme.

Los Millares, II (2.300-2.100).

Transición (2.100-1.900).

Edad del bronce (1.900-900).

Argar, I, a (1.900-1.600).

Argar, I, b (1.600-1.400).

Argar II (1.400-1.200).

Bronce final (1.200-900)

Edad del hierro

Primera oleada celta (900-650).

Segunda oleada celta (hacia 700-650).

Tercera oleada celta (hacia 650).

Cuarta oleada celta (hacia 600-570) (belgas).

Cultura tartesio-ibérica (desde el siglo VI).

MARTÍNEZ SANTA-OLALLA (1941; 1946, 2.^a edic.) trata con su esquema de superar los defectos advertidos:

Arqueolítico

Isidrense I - Clactoniense I (Preglaciario - Primer interglaciario).

Isidrense II - Clactoniense II (Glaciario segundo y segundo interglaciario).

Isidrense III (Glaciario segundo y segundo interglaciario).

Isidrense IV - Tayaciense (Glaciario segundo y segundo interglaciario).

Isidrense V - Tayaciense - Levalloisiense III-IV-V (Glaciario tercero).

Matritense (Musteriense) (cuarto glaciario).

Paleolítico post-glaciario (30.000).

Auriñaciense.

Solutrense.

Magdaleniense.

Mesolítico o Neolítico antiguo (8.000 a. C.).

Aziliense - Pretardenoiense.

Tardenoiense.

Asturiense - Tardeno-capsiense (5.000 a. C.).

Asturoides - Tardeno-capsiense (3.500 a. C.).

Neolítico

Neolítico hispano-mauritano (3.000 a. C.).

Neolítico ibero-sahariano (2.500 a. C.).

Edad del bronce.

Bronce Mediterráneo I (2.000 a. C.).

Bronce Mediterráneo II (1.500 a. C.).

Bronce Atlántico I (1.200 a. C.).

Bronce Atlántico II (900 a. C.).

Edad del hierro

Hierro I:

Céltico (650-350 a. C.).

Ibérico (500-350 a. C.).

Hierro II:

Céltico A (350-250 a. C.).

B (250-150 a. C.).

C (150-0).

D (después de J. C.).

Ibérico A (350-200 a. C.).

B (200-0).

La revisión se imponía —dice el autor— sobre la base de cuatro grandes realidades: 1.^a, lo insostenible de las viejas cronologías, exagerando fechas y posición absoluta de las culturas; 2.^a, el hundimiento del mito africano que concedía papel creador exagerado y propagador de pueblos y culturas a África; 3.^a, el carácter prefigurador de Europa, racial y culturalmente, de la avanzada edad del bronce, con todas sus consecuencias escalonadas a lo largo de un milenio, y 4.^a, la necesidad de una autopsia de la edad del hierro hispánica, con una revalorización de lo céltico y de lo púnico como mediador helenizante.

Por último, PERICOT (1950) propone la siguiente sucesión numerada:

PERSPECTIVA ACTUAL DE LA HISTORIA PRIMITIVA DE ESPAÑA

I. Protolítico.....	500.000
II. Abbevillense-Clactoniense.	
III. Acheulense I - Clactoniense.	
IV. Acheulense II - Tayaciense.	
V. Acheulense III - Levalloiso - Musteriense I.	
VI. Levalloiso - Musteriense II.	
.....	50.000
VII. Auriñaciense I - Gravetiense I.	
VIII. Auriñaciense II - Gravetiense I.	
IX. Protosolutrense - Gravetiense II.	
X. Solutrense - Gravetiense II.	
XI. Solutrense superior - Gravetiense III.	
.....	20.000
XII. Magdaleniense I - Epigravetiense.	
XIII. Magdaleniense III - IV Epigravetiense.	
XIV. Magdaleniense V - VI Epigraveto - Capsiense - Preasturiense.	
.....	10.000
XV. Aziliense I - Epigraveto - Capsiense - Preasturiense.	
.....	8.000
XVI. Aziliense II - Epigraveto - Capsiense - Preasturiense.	
.....	700
XVII. Protoasturiense - Epigraveto - Capsiense.	
.....	5.000
XVIII. Asturiense I - Epigraveto - Capsiense - Protoneolítico.	
.....	4.000
XIX. Neolítico I (Hisp.-maurit.) - Asturiense II.	
.....	3.000
XX. Neolítico II (H.-m. ; Ibero - Sahar ; primeros megalitos).	
.....	2.300
XXI. Bronce I a (Eneolítico) Los Millares I (vaso campaniforme).	
.....	2.000

JULIÁN SAN VALERO APARISI

XXII. Bronce I b (Los Millares II; perdurac. del v. cámp.).	1.700
XXIII. Bronce II (Algar).	1.200
XXIV. Bronce III - Protoindoeuropeos - Apogeo atlántico.	900
XXV. Bronce IV - Hierro I - Invasiones celtas - Tartessos.	700
XXVI. Bronce V - Hierro II - Hallstatt - Tartessos - Proto-ibérico.	500
XXVII. Hierro III - Hallstatt final y posthallst. Ibérico I.	300
XXVIII. Hierro IV. Posthallstático - Ibérico II.	0

Resalta en este sistema su fundamental concordancia con el esquema de Martínez Santa-Olalla, salvo discrepancias terminológicas en algunos aspectos y la coordinación del bronce final y hierro, con una coexistencia y perduración de culturas que supera el arqueologismo del anterior sistema seguido por este autor.

No por importantes, sino por ser consecuencia de estudios nuestros, permítasenos señalar que estudiando un conjunto céltico de plata hallado en Drieves (Guadalajara) encontrábamos una serie de raíces para el mismo, reveladoras de un proceso formativo y no de un simple trasplante cultural o invasión étnica. En efecto, sin extendernos a técnicas o elementos simples que pudieran ser de la edad del Bronce, hallamos rasgos *hallstáticos* hispánicos, tardíos o evolucionados respecto a lo europeo, otros de tipo *La Tène* europeo e influjos *púnicos*, *griegos* y *romanos*, llegados sin duda con el influjo de la cultura litoral *ibérica*.

Del mismo modo, buscando explicación al origen de la cultura ibérica, en 1947 (más desarrollado en comunicación al IV Congreso internacional celebrado en Madrid en 1954), sólo hallamos sentido en un proceso formativo que va desde las poblaciones indígenas del litoral mediterráneo del *Bronce Mediterráneo* hasta la romanización, mediante aportaciones del *Bronce Atlántico*, de los pueblos colonizadores *Fenicios* y *Griegos* del *Hierro hallstático*, de los *Celtas* y, al fin, de *Cartagineses* y *Romanos*. Sin demo-

rarnos en su justificación aquí, damos un ensayo de cuadro general de esta etapa histórica, indicando la etapa cultural, la fecha de llegada a la Península y las generaciones que las separan. (V. en la pág. 106, cap. V, núm. 2: *El Creciente Fértil Hispánico: Los iberos*, con mayor desarrollo del tema.)

2. LA CRONOLOGÍA

Las deficiencias cronológicas de la periodización de la historia primitiva hispánica quedaron explicadas en el capítulo I. Aquí intentamos dar una idea sintética de las razones de la cronología relativa y unos cuadros personales en que damos nuestra interpretación sobre la cronología absoluta, cuyos aciertos, si los tiene expresados, se deben a la obra de tantos ilustres investigadores, a la que hemos intentado dar expresión gráfica.

A. *Cronología relativa.*

No podía ser España, con una comprensión cultural de su historia primitiva, un islote independiente en desarrollo de sus etapas más antiguas, y, en efecto, salvo casos de matización regional (musteriense matritense, arte hispano-aquitano, rupestre y mueble, cerámica del Neolítico hispano-mauritano, megalitismo del bronce mediterráneo, hierro ibérico), de perduración marginal (gravetiense, "cultura pirenaica", hierro posthallstático) y de creaciones originales (tal vez el solutrense, vaso campaniforme, cultura ibérica, etcétera), la periodización hispánica cabe perfectamente en un cuadro general de la Prehistoria, como puede verse en los conocidos de Childe o de Hawkes. La más fina matización de nuestra cronología relativa tiene, no obstante, importancia capital; por una parte, porque permitirá señalar con más precisión la distribución regional, comarcal o local de nuestros fenómenos, y, por otra, porque su situación geográfica la hace definitiva para muchos aspectos, todavía confusos, de la prehistoria europea.

La seguridad de nuestra secuencia cultural relativa nos la darán las estratigrafías de unos cuantos yacimientos que por el volumen de sus estratos, por las garantías de excavación y por la riqueza de materiales, cubren toda la amplitud temporal de nuestras Edades Primitiva y Arcaica.

- a) *Corte estratigráfico de la cueva del Pendo en el sector de las excavaciones del Seminario de Historia Primitiva al terminar la campaña 1955, según Martínez Santa-Olalla.*

- 1). Se ignoran las capas inferiores, pues no se ha llegado al fondo.
- 2). XVIII. Brecha de gran volumen, de hundimiento importante, corrientes, fauna de gran tamaño y algunas cuarcitas de aire isidrenses.
- 3). XVII. Brecha de gran volumen sin industria ni ceniza.
- 4). XVI. Sin determinar.
- 5). XV. Sin determinar.
- 6). XIV. Sin determinar.
- 7). XIII. Sin determinar.
- 8). XII. Sin determinar.
- 9). XI. Nivel de hogares con industria de aire musteriense-levaloiense.
- 10). X. Musteriense típico y puro, sin elementos auriñacienses.
- 11). IX. Arcilla virgen.
- 12). VIII. Tiene subniveles. El mismo carácter auriñaco-musteriense del nivel VII. Dos cuchillos Chalteperron. Raspador musteriense típico. Puntas musterienses clásicas.
- 13). VII. Industrias de aire auriñaciense, punta de Chatelperron y punta musteriense. Esta mezcla industrial, muy importante, a definir como una clásica cultura que aparece también en yacimientos, no sólo cantábricos, sino franceses. Muy húmedo, con helechos, licopodios, gramíneas, compuestas y algo de pino.
- 14). VI. De carácter análogo al nivel V.
- 15). V. Industrias con carácter perigordiense superior.
- 16). IV. Solutrense con industria típica en pedernal y hueso.
- 17). III. Protomagdaleniense I, con *raclettes*. Plantas compuestas de clima más seco, mayor proporción de gramíneas, cariofiláceas y pino.
- 18). II. Protomagdaleniense II. Mayoría de hojas de borde rebajado. Azagayas.
- 19). Magdaleniense III.
- 20). Magdaleniense IV.
- 21). Magdaleniense V.
- 22). Magdaleniense VI.
- 23). Costrón estalagmítico.
- 24). Aziliense.
- 25). Asturiense.
- 26). I. Bronce mediterráneo.

- 27). Hierro céltico.
 28). Edad Media.

El valor de esta estratigrafía, cuyo avance agradecemos, lo aumenta el hecho de la metodología y cuidado de su excavación, en la que, la feliz coincidencia del II Curso Internacional de Arqueología de Campo, permitió contar con valiosas colaboraciones personales, nacionales y extranjeras, y con el empleo de técnicas auxiliares no usuales.

Las capas XVI a XII (núms. 4 a 8), que figuran *sin determinar*, son evidentes geológicamente, aunque en la pequeña parte excavada no han facilitado materiales clasificables, que tal vez aparezcan en otras zonas de la inmensa caverna.

Los estratos núms. 19 a 25, 27 y 28 han sido clasificados a base de los hallazgos de otras excavaciones (Museo de Santander) realizadas en otra área de la caverna.

b) *Estratigrafía de la Cueva del Castillo (Puente Viesgo), según OBERMAIER (1925).*

- 1). Piso natural.
- 2). Arcilla con pocos artefactos atípicos y restos de hogares (fauna principal: *Ursus speloeus*, y, rara vez, *Rangifer tarandus*).
- 3). Achelense inferior con hachas de mano típicas, talladas por ambas caras. Mucha caliza tallada. Ocre (fauna principal: *Cervus elaphus Merckii*).
- 4). Capa estalagmítica.
- 5). Musteriense superior. Bonita industria pequeña. Instrumentos de cuarcita, no tan numerosos como en el nivel 7 siguiente (fauna principal: *Cervus elaphus* y *Rinoceros Merckii*).
- 6). Capa de arcilla, casi estéril.
- 7). Musteriense superior. Industria lítica pequeña, pero muy instructiva (puntas de mano y raederas). Numerosos instrumentos grandes de cuarcita, ofita, arenisca y caliza. Hay que interpretarlos como supervivencia regional de las antiguas industrias de hachas de mano y muchas veces tienen en vez de la punta un corte transversal, mientras que la base es redondeada. La cara inferior es aplanada como las de las lascas tipo Levallois. Escasas puntas sencillas de hueso (fauna principal: *Cervus elaphus* y *Rinoceros Merckii*).

- 8). Capa estalagmítica.
- 9). Auriñaciense medio; raspadores aquillados, puntas de hueso hendidas (restos humanos aislados) (fauna principal: *Cervus elaphus* y *Rinoceros Merckii*).
- 10). Capa de arcilla, casi estéril.
- 11). Auriñaciense superior: escasos restos arqueológicos (fauna principal: *Equus caballus*).
- 12). Capa de arcilla casi estéril.
- 13). Auriñaciense superior, restos de industria bastante escasos (fauna principal: *Equus caballus*).
- 14). Capa de arcilla casi estéril.
- 15). Auriñaciense superior, buriles y puntas de la Gravette típicas (fauna principal: *Equus caballus*; escasos restos de *Rangifer tarandus*).
- 16). Capa de arcilla casi estéril.
- 17). Solutrense inferior, con hojas de laurel sin base cóncava (fauna principal: *Equus caballus*; escasos restos de *Rangifer tarandus*).
- 18). Capa de arcilla casi estéril.
- 19). Magdaleniense antiguo; enorme nivel de cenizas que llega a tener hasta 1'80 m. de espesor. El material de sílex es malo; muchos instrumentos trabajados en hueso y asta. Numerosos fragmentos de bastones de mando de ordinario sin adornar y numerosos grabados en omóplatos, representando esencialmente cabezas de ciervos. Restos humanos aislados (fauna principal: *Cervus elaphus*; escasos restos de *Rangifer tarandus*).
- 20). Capa de arcilla casi estéril.
- 21). Magdaleniense superior con arpones de una hilera de dientes y de base perforada; bastón perforado (de mando) que tiene profundamente grabado un ciervo. Las rayas del grabado estuvieron antes llenas de ocre (fauna principal: *cervus elaphus*).
- 22). Capa estalagmítica.
- 23). Aziliense (con arpones aplanados).
- 24). Nivel eneolítico.
- 25). Capa estalagmítica.
- 26). Escombros modernos.

Esta importantísima caverna, cuyos estratos arqueológicos reconoció H. Alcalde del Río, fue excavada de 1910 a 1914 por H. Obermaier, con la colaboración de P. Wernert y el apoyo científico temporal de los más desta-

cados prehistoriadores de aquel tiempo. Tiene de 16 a 18 metros de espesor el conjunto de sus niveles y conserva todavía partes sin excavar. Sería deseable que se realizase hoy una campaña con nuestros actuales conocimientos, pues aunque no cabe discutir la autoridad de su excavador y colaboradores en su tiempo, hay aspectos que pudieran completar su estudio, no sólo con análisis de polen para interpretar el clima con más seguridad que con la base de la fauna; con análisis de C. 14 en diversos niveles, que quizás proporcionasen fechas absolutas, y aun con una estratigrafía más minuciosa, que podría observarse ahora desde el piso natural. Por ejemplo, la capa de arcilla 2), ¿la ocupó el hombre o el oso de las cavernas, y los hogares y artefactos atípicos son del nivel 3)? Las capas 6), 10), 12), 14), 16), 18), 20), ¿son “casi estériles” o totalmente, quedando el *casi* a cargo de una excavación apresurada?; porque dicha arcilla, dada la topografía de la cueva, es prueba de una humedad pluvial, con arrastres que dejaría inhabitable la parte estudiada por lo menos y, sin desaparecer, las gentes de la Cueva del Castillo pudieron pasar a otra vertiente o a las cuevas de la Pasiega o a las recién descubiertas de Las Chimeneas o de las Monedas en el mismo monte del Castillo. Tales etapas de deshabitación del yacimiento son indiscutibles en las capas 4), 8) y 22), que son estalagmíticas, aunque no quepa estimarlas, signo de un *hiatus* de milenios, por cuanto la 22) separa un magdalenense final de un aziliense con evidente tradición magdalenense. Algunas clasificaciones arqueológicas las cambiaría hoy sin duda el profesor Obermaier, como las extrañas “hachas de mano talladas sobre anchas lascas de arenisca con cara inferior aplanada como la de las lascas Levallois” del nivel 7) (1916, fig. 61), que son hachas clacto-abevillenses típicas, etcétera.

Sirva de ilustración de alguna de estas observaciones lo descubierto en gruta de la misma latitud, en el dep. de Ariège, la de Mas-d’Azil que damos luego.

c) *Estratigrafía de la Cueva del Parpalló según PERICOT (1942, b)*

- | | | |
|-----|-----------|--|
| 1). | -9 m. | Estalagmitas. |
| 2). | 7-7'25 m. | Auriñaciense superior o Perigordiense. |
| 3). | 6'25 m. | Protosolutrense. |
| 4). | 5'25 m. | Solutrense normal o medio. |
| 5). | 4'50 m. | Solutrense superior. |
| 6). | 4'00 m. | Solutreo-auriñaciense final. |
| 7). | 3'50 m. | Magdalenense I. |

JULIÁN SAN VALERO APARISI

- 8). 2'80 m. Magdaleniense II, 78. "Carecen de un tipo de hueso o sílex lo suficientemente destacado para caracterizarlos".
- 9). 0'90 m. Magdaleniense III.
- 10). Magdaleniense IV.
- 11). Neolítico.
- 12). Bronce.
- 13). Ibérico.
- 14). Medieval.

Las medidas están tomadas desde la superficie y la excavación a base de capas de 25 cm., por lo que la disposición vertical es bastante aproximada, pero falta la observación correcta de la disposición horizontal de los hallazgos.

d) *Estratigrafía de Mas d'Azil, según Piette*

- 1). 1'45 m. Tierra arenosa con algunos hogares.
- 2). 0'85 m. Nivel negro con Magdaleniense medio.
- 3). 1'50 m. Arcilla fangosa, procedente de las crecidas del Arise.
- 4). 0'30 m. Nivel negro con Magdaleniense superior.
- 5). 1'25 m. Arcilla de crecidas (pantanos estancados como en 3).
- 6). 0'15 a 0'50 m. Nivel Aziliense.
- 7). 0'10 a 0'60 m. Neolítico inicial (instrumentos pétreos parcialmente pulimentados y restos de cerámica).
- 8). 0'30 a 1'20 m. Neolítico pleno y período del Bronce.
- 9). 0'20 a 0'50 m. Período del hierro—época romana—, escombros modernos.

Puede notarse aquí, aparte de la instructiva estratigrafía y espesor de cada capa, el nivel 5, con una masa de más de 1 metro de arcilla, consecuencia de las crecidas del Arise, lo que indica, sin duda, un deshielo en los Pirineos que debe corresponderse con la capa 22) de la Cueva del Castillo, donde filtraciones constantes originaron una capa estalagmítica, paralela seguramente de la que con el núm. 23) señalamos en la estratigrafía del Pendo.

e) *Estratigrafía de la Cova de L'Or (Beniarrés, Alicante).*

- 1). ? Fondo inexplorado.
- 2). 40 cm. Neolítico I hispano-mauritano, con abundancia de microlitos tardeno-capsienses y cerámicas impresas.

PERSPECTIVA ACTUAL DE LA HISTORIA PRIMITIVA DE ESPAÑA

- 3). 50 cm. Neolítico I hispano-mauritano, con cerámicas impresas, con menos microlitos y cuentas de collar de concha y hueso, colgante de jabalí y punta de flecha romboidal.
- 4). 60 cm. Neolítico I con rasgos del Neolítico II, ibero-sahariano, cerámicas de tipo hispano-mauritano, otras con figuras animales y punta de flecha con aletas y pedúnculos.

Esta estratigrafía tiene carácter provisional porque se trata de un sector alterado, en parte, por un fuerte buzamiento. Las excavaciones del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia, las dirigí durante el mes de mayo de 1955, y sus abundantes materiales, sobre todo cerámicos, serán objeto de próxima publicación.

f) *Estratigrafía de Tabernas* (MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, 1947)

- 1). Bronce Mediterráneo I, a. Casas circulares grandes, hogares rectangulares, cerámicas lisas y pintadas.
- 2). Bronce Mediterráneo I, b. Grandes cambios arqueológicos e industriales dentro de su unidad.
- 3). Bronce Mediterráneo I, c.

g) *Estratigrafía de la Bastida (Totana)*

- 1). Bronce Mediterráneo II, a.
- 2). Capa de ceniza y barro cocido sin solución de continuidad cultural.
- 3). Bronce Mediterráneo II, b.

La continuidad temporal de estas estratigrafías es evidente, aunque no procedan del mismo yacimiento. La razón cultural de ello es que de una a otra fase cultural hay un cambio profundo que implica hasta un *habitat* diferente, pues en el Bronce II predominan razones de tipo estratégico que hacen abandonar en el área del sureste—tal vez otras áreas den una estratigrafía continuada—los habituales emplazamientos del Bronce I.

h) *Estratigrafía de la Alcudia de Elche (Ramos Folques, 1956, "in litt")*

- | | | | | |
|-----|--------|--------------|--|---|
| 1). | | E. Bronce. | Puntas de flecha.
Hachas de talón, no usadas, con rebaba. | |
| 2). | S. VI. | Púnica. | Ídolo de hueso.
Mascarilla fenicia. | Igual a otro de Mérida.
Parecida a las de Samos, Etruria, Chipre, Cartago e Ibiza. |
| 3). | S. V. | Griega. | Cerámica ática. | Olynto. |
| 4). | S. IV. | Griega. | Cerámica con figuras blancas. | Escasa. |
| 5). | S. IV. | Sud-Itálica. | Con figuras rojas. | Escasa, pero hay más que de figuras blancas. |
| 6). | S. IV. | Ibérica. | Cerámica arcaizante.
Falcata grande. | Como en Albaida.
En el Museo Arqueológico Nacional. |
| | | | Esculturas: damas, guerreros, grifos, caballos, leona, etc.
Cerámica geométrica y vegetal.
Algunos tipos semejantes a los de Andalucía.
Arquitectura: columnas, cornisas, capiteles, etc. | Parecidos a los chipriotas. |
| | | | Inscripción en piedra.
Cerámica decorada en rojo y verde, rojo y negro, etc. | Ibérica del Sur.
Escasa, en rojo y verde; según Figueras Pacheco, también la hay en el Campello. |

PERSPECTIVA ACTUAL DE LA HISTORIA PRIMITIVA DE ESPAÑA

			En negro y rojo en Siria (Ugarítica).
7).	S. III-II. Púnica.	Marcas de alfarero Escarabeo.	Parecido a los de Ibiza.
8).	S. III-II. Griega (?).	Cerámica de Gnathia. Cerámica de Megara. Cerámica de Calena. Cerámica de paredes finas. Con puntitos, a la barbotina, campaniense.	Bastante frecuente. Unos 70 fragmentos. Muy escasa. Archena, Enserune, Ibiza.
9).		Cerámica decorada con animales y figuras humanas. Ánforas. Peine.	Muy abundante. Archena y Liria. E. Cartago. Parecidos en Ibiza, Cartago, Carmona, etc.
10).	Romano.		
11).	Paleocristiano.		
12).	Bizantino.		
13).	Árabe.		

Los estratos son culturales, indicándose la cronología, la fase cultural, los materiales clasificadores cronológicamente y observaciones y paralelos.

* * *

El enlace de estas estratigrafías habríamos de hacerlo a base de yacimientos con un solo nivel o poco definidos por su particularismo, pero es imprescindible para completar el sistema de nuestra cronología, relativa a las primeras etapas, referirnos a los hallazgos del Manzanares hechos por el Seminario de Historia Primitiva, que aún no publicados permiten establecer la real —y no meramente tipológica— situación del Clactoniense y del Abbevillense. Lo mismo ocurre con las pinturas mesolíticas levantinas, acom-

pañadas de nivel tardeno-capsiense en muchos casos, cuyo aislamiento estratigráfico se explica por la especialización del *habitat* de estas gentes, pero cuyos microlitos permiten evidente enlace con otros períodos merced a la estratigrafía de la Cueva de la Cocina o la del Hoyo de la Mina, en Málaga.

La índole especialísima del Bronce atlántico, conocido a través de hallazgos sueltos —escondrijos, tesoros o el cargamento de Huelva— sólo permite una periodización tipológica y poco concreta a base de tipos de hachas, espadas, cerámicas y alguna joya o de elementos pertenecientes a culturas fechadas cuya cronología europea es bastante segura (V. MAC WHITE, 1949).

La tradicional excavación de Numancia permite la conexión de lo céltico con lo celtibérico y romano. Completan nuestra secuencia —teniendo en cuenta su carácter inductivo como intento sintético— los anteriores supuestos (pág. 52) sobre las raíces del tesoro céltico de Drieves (a base de tipología y estilística) y el del origen de los iberos.

B. *Cronología absoluta.*

Hemos preparado cuatro cuadros sinópticos (8) que resumen nuestro criterio sobre la cronología absoluta. La justificación detallada de cada determinación sería excesiva en estas páginas. La mayor parte de ellas pertenecen a maestros y colegas, siendo mía la disposición y las discrepancias, motivadas en su mayor parte por razones de tipo cultural e histórico, que desde el campo arqueológico se olvidan en muchos casos.

El ejemplo de los monumentos megalíticos es significativo a este respecto. Si los Millares I es, por su conexión con lo Mediterráneo de hacia el 2.000 a. C., como sus monumentos megalíticos son muy desarrollados deben *lógicamente*, según los sistemas de Bosch y Pericot, ser posteriores a los sepulcros de corredor inicial de la “cultura portuguesa”, ya que el megalitismo debe seguir evolución similar a la establecida por Montelius para el Báltico. Esta conclusión arqueológica, y al parecer lógica, se ha demostrado que no es lógica ni histórica, por cuanto olvida o desconoce la imposibilidad cultural de una invención independiente portuguesa de todo lo que representa el complejo cultural megalítico y los rumbos y mecánica de los fenómenos de difusión y aculturación. Análogo sistema arqueológico divide la Península

(8) Agradezco al Prof. Julián Sánchez su ayuda para la rápida realización de los mismos y a los Sres. Larrabeiti, Rosado y Martínez, del Puerto de Sagunto, su realización material.

en "culturas" neolíticas con influencias mutuas en vez de pensar en un proceso histórico de neolitización que se diversifica en facies regionales como consecuencia de una geografía y un tiempo diferentes.

Si se piensa, pues, que lo más "primitivo" dentro de una fase cultural no es lo más antiguo, sino lo "suburbial" y por tanto más reciente, se comprenderán las discrepancias de los sistemas recientes sobre los anteriores. Nótese cómo algunas de estas nociones no escaparon a Dechелlette.

La rigidez necesaria de toda sinopsis la trataremos de salvar más adelante (cap. V), pero téngase en cuenta la inexpresada fluidez de todo corte en el tiempo y la mayor fluidez étnica todavía: la perduración de las gentes es, históricamente, más normal que la sustitución por invasión que en la mayor parte de los casos es invención del investigador o defecto de la investigación fiada en las medidas de un cráneo.

La perduración étnica de una corriente indígena desde el inicio del Paleolítico Superior, por lo menos (rasgos auriniacienses de los mesolíticos según Martínez Santa-Olalla, epigravetienses de Pericot) exige más aún la comprensión cultural de estos cuadros. No tratamos de buscar pueblos dominadores, invasores y guerreros, con matanzas, incendios y destrucciones, sino la llegada de influjos culturales que pueden haber sido por guerra, por comercio, por imitación, por exogamia, por esclavos, por misión religiosa, etcétera.

CUADRO I. *Panorama total de la Historia Hispánica*

Los cincuenta y cuatro segundos de la historia escrita y sus cuatro edades (V, la nota 1, pág. 14) no tienen expresión gráfica en este ambicioso *Panorama*, y aún el Mesolítico y la Edad Arcaica la tienen escasa por lo que han sido desarrollados en los cuadros siguientes. Puede leerse este cuadro en sentido horizontal y por columnas verticales. Horizontalmente indica, con toda la provisionalidad de la escasez de datos en tan dilatados tiempos, una serie de aspectos cuya conexión cultural debe hacer el lector. La *columna primera* corresponde a la curva de radiación solar trazada por Milankowitz, que aunque corresponde al paralelo 50 centroeuropeo, debe tener significado para nuestra latitud hispánica.

La *columna segunda* es una escala cronológica totalmente correspondiente con la curva de Milankowitz y apreciativamente con las restantes. La separación por miles de años no puede ser superada con interés cultural.

Aunque insuficiente, y completando los pobres datos hispánicos con los de la Riviera, puede dar la *columna tercera* una aproximación climática cuyo enlace con las siguientes es significativo.

La *cuarta columna* establecè la sucesión de los períodos glaciares e interglaciares con la numeración habitual o su designación desde los trabajos iniciales de Penck y Brückner. Es notable que la apreciación geológica indicase una fecha—500.000 años para el Glaciar primero de Günz, cuyo inicio establece Milankowitz en 593.000 años. La duración total del Pleistoceno es coincidente, teniendo el mayor interés el hecho de que los períodos glaciares debieron conocer importantísimas fluctuaciones climáticas si se observan en relación con las variaciones en la curva de la columna primera.

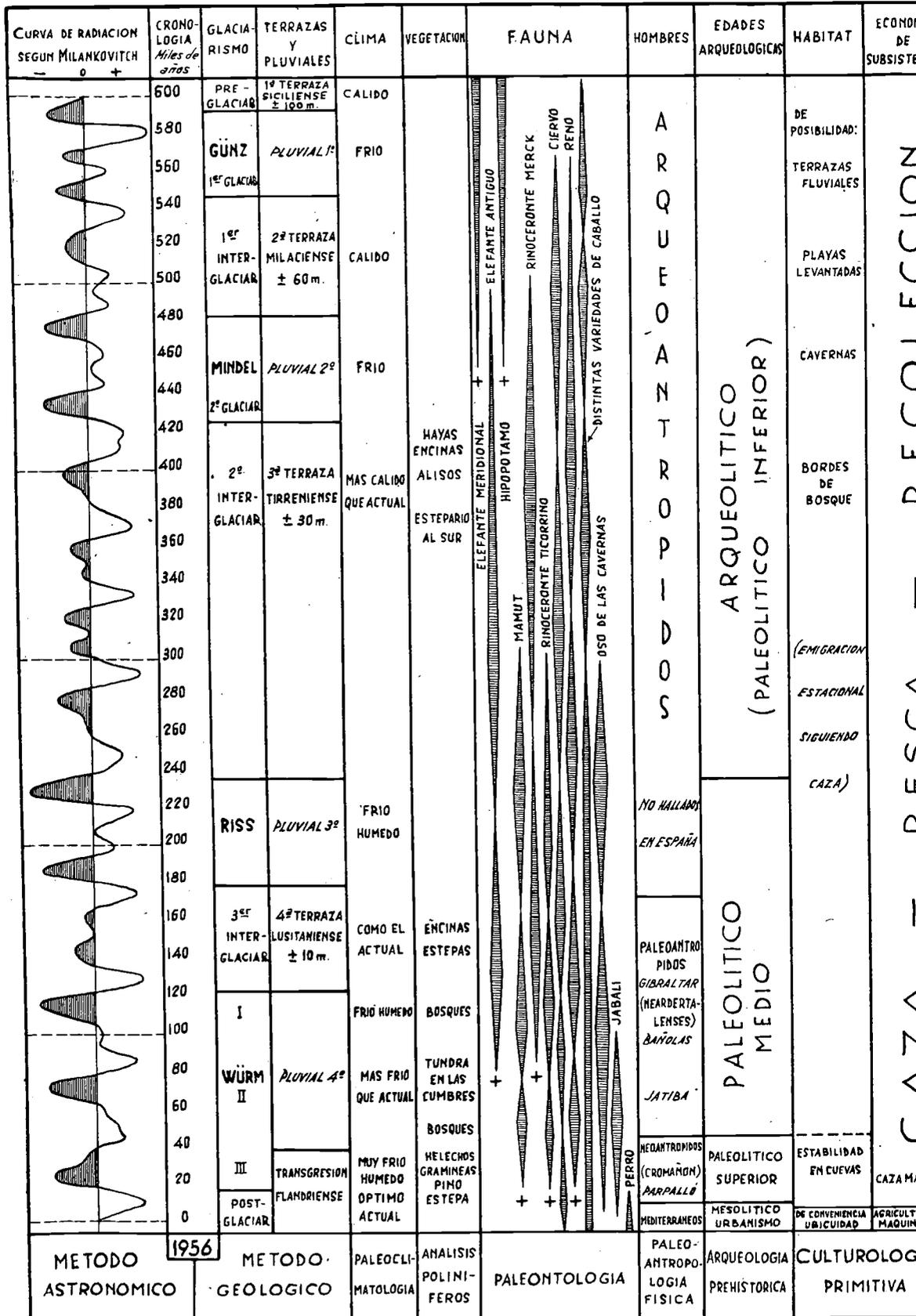
Las capitales variaciones glaciares anteriores se corresponden en zonas no alpinas o no montañosas, con fenómenos fluviales, marítimos o pluviales, cuya determinación y segura equivalencia es de la mayor importancia para la prospección, estudio y clasificación de las industrias arqueológicas, como son las terrazas y playas levantadas, cuyo perfil escaleriforme, no siempre patente por fenómenos de erosión posteriores, indican los años 600.000, 500.000, 400.000 y 175.000 coetáneos de los interglaciares, mientras las etapas glaciares tienen en otras áreas una equivalencia en períodos pluviales, cuya duración e intensidad reflejan la índole y volumen de los arrastres de gravas, gravillas, arenas y arcillas.

Todos estos fenómenos solares, climatológicos y geológicos tienen sus consecuencias sobre la flora y la fauna. En la *columna seis* indicamos la primera que, por los indicios ya recogidos en la estratigrafía de la Cueva del Pendo, no estará tan vacía en el futuro si se multiplican los análisis poliníferos.

La *columna siete* corresponde a datos que tomamos en parte de LEROI-GOURHAN (1955), que se acomodan bastante a lo conocido del norte de España, aunque la Meseta, Lévante y Andalucía conocieran seguramente mucho antes la desaparición de especies como el mamut, reno, rinoceronte, etcétera. Pero los estudios paleontológicos son escasos y más deficiente aún la atención de los excavadores hacia los restos óseos.

Indicación general de las etnias primitivas y de la periodización arqueológica figura en las columnas ocho y nueve, mientras las columnas diez y once señalan la colocación en el tiempo de los fenómenos de *habitat* y de economía de subsistencia.

La *columna doce*, más compleja a pesar de haberla simplificado, corresponde a los logros arqueológicos; las industrias de la piedra están perio-



dizadas siguiendo el esquema de MARTÍNEZ SANTA-OLALLA (1941), cuyas líneas generales se nos han revelado correctas en nuestros estudios durante años en los Areneros del Manzanares. La línea quebrada que divide las industrias de los paleoantrópodos musterienses de las de los neosantrópodos del Paleolítico Superior, señala la intrusión auriñaciense (en general), mientras perduran restos musterienses. De la misma manera, como una intrusión no general, puede estimarse la técnica solutrense. En un cuadro cultural hemos considerado imprescindible la indicación de otras técnicas más evidentes y otras supuestas con fundamento, como ocurre en los aspectos de transporte y comercio que indican las *columnas trece* y *catorce*, que se deducen y completan los datos arqueológicos.

Acaba el cuadro con una *columna catorce* de datos sociológicos y otra columna final zoológica, cuya amplitud está alterada, ya que de los períodos más recientes y breves son más los datos de esta índole que se conocen.

La lectura horizontal del cuadro puede facilitar una ficha escueta, pero completa, de la cultura hispánica y sus circunstancias en un momento determinado, o la correspondencia de fenómenos según nuestra perspectiva histórica.

Por ejemplo, si escogemos la fecha en torno al año 300.000 podemos leer en el cuadro que las radiaciones solares eran positivas, que transcurría el segundo período interglaciar; por tanto, el clima era cálido y, por lo conocido, más cálido que el actual; se formó en esta época la tercera terraza de los ríos, y en las costas, el mar, más alto que actualmente, formó playas que hoy se encuentran a unos treinta metros sobre el nivel marino actual. Sobre aquella y éstas, y por la proximidad a las aguas potables o en las cavernas, vivían los "hispánicos", que tallaban sus hachas en la técnica llamadas Isidrense IV (equivalente al Acheulense IV), o sus lascas con técnica Clacton II, comenzando tal vez la preparación del plano de percusión que caracteriza al Tayaciense, pero muy lejos aún de conocer el descubrimiento de la talla de hojas levalloisiense. En esta etapa final del Arqueolítico, el país sería estepario en su mayor parte, con bosques de encina y alisos, en cuyos bordes también vivirían los hombres—arqueosantrópodos por sus rasgos primitivísimos—esperando los animales de su caza: elefantes antiguos, rinocerontes Merck, ciervos, caballos, jabalíes, etcétera. Por el clima benigno no penetrarían en las cavernas sino para evitar el calor solar, y en terrenos descubiertos les bastaría la protección de paravientos de cañas y ramas. Harían trampas para la caza grande, que luego remataría a golpes de piedra; trabajaría la madera, que podría endurecer al fuego, que sabría encender

por frotación, y utilizaría las pieles. No podría contar con más medio de transporte que su propia fuerza, por lo que sus cazaderos eran su propia residencia, y también la necesidad de piedras útiles para sus herramientas, le limitaban la zona del *habitat*. Poco cabe decir de la vida social y espiritual de estas gentes y ello con carácter general para todo el Paleolítico inferior y en gran parte por paralelismos etnográficos no muy seguros.

CUADRO II. *Mesolítico y Neolítico hispánicos.*

Corresponde al final de la crisis de los últimos cazadores y la introducción de la agricultura. Abarca, en años, desde 5.000 a. C. hasta el 2.000 diferenciados de siglo en siglo. Nótese cómo los 1.000 años últimos aparecen más densos de indicaciones. Podría ser en nuestro país—como dijimos—el inicio de una nueva edad, la Edad Arcaica de España, más diferente de la Edad Primitiva que de la siguiente Edad Antigua. En efecto, de ésta la separa el hecho de la escritura; de aquélla, un viraje vital en redondo: del *usufructo* de la Naturaleza como una especie animal más, que tiene el auxilio de la razón, a la *explotación inteligente* de ella, con el sentido de la previsión del futuro que agricultura y domesticación implican. Esta fecha 3.000 a. C. que separa las últimas fases mesolíticas del inicio del Neolítico en nuestro país—bastante segura, al parecer, como indica la fecha \pm 3.500 a. C. que da el análisis de carbono 14 de Jaachta, yacimiento análogo a los hispánicos en África del Norte—es realmente una *fecha-eje* de nuestra historia. Los pastores y campesinos, que comienzan entonces, inician un modo de vida más diferente de los recolectores que vivían en la Península a su llegada, que de muchos campesinos que viven aún en zonas retrasadas de España, a pesar de los 2.500 años de historia escrita.

Para la lectura horizontal de este cuadro se indican algunos yacimientos característicos hispánicos y otros mediterráneos y europeos más al norte. Téngase en cuenta todavía la indicación esquemática de regiones peninsulares y la indicación, mediante las flechas, de los rumbos de difusión de cada fase cultural.

CUADRO III. *La Edad del Bronce Hispánico.*

Análogo sistema preside nuestro Cuadro III del *Bronce Hispánico*, que periodiza, con cincuenta años de intervalo—distinguiendo sólo regiones sur-orientales, central y del noroeste—, la arqueología de los aldeanos metalúr-

PERSPECTIVA ACTUAL DE LA HISTORIA PRIMITIVA DE ESPAÑA

AÑOS a.J.C.	PERIODIZACION				YACIMIENTOS	CORRELACIONES	
	N.	O.	Centro	E. S.		MEDITERRANEO	EUROPA
5000	AZILIENSE				C. PENDO	NEOLITICO EGIPCIO	
4900	ASTURIENSE				BALMORI-MONTGRI	CAPSIENSE	Maglemose
4800	↓				COGUL	SUPERIOR	
4700					TARDENO-CAPSIENSE		
4600	↓				VALLTORTA	AZILIENSE	
4500					↓		
4400	↓						
4300					↓		
4200	↓						
4100					↓		
4000	↓						
3900					↓		
3800	↓						
3700					↓		
3600	↓						
3500					↓		
3400	↓						
3300					↓		
3200	↓						
3100					↓		
3000	I NEOLITICO HISPANO MAURITANO						
2900	(A) AREA PENIBETICA				C. MUER		Ertebølle
2800	(B) ID. LEVANTE				C. L'OR	C. GEMSTA	Tevice
2700	↓				C. SARRA		Köln-Lindentahl
2600					↓		
2500	↓						
2400					↓		
2300	↓						
2200					↓		
2100	↓						
2000					BRONCE MEDITERRANEO I		

CUADRO II.—Mesolítico y Neolítico hispánicos

gicos que representan influjos del Mediterráneo Oriental y de los países atlánticos europeos. En el año 1.400 a. C., verbigracia, hay en el NO. hispánico, sobre gentes que viven en la edad del bronce mediterráneo I b, rasgos de contacto con los pueblos atlánticos europeos (Bronce Proto-Atlántico de Mac White) que no llegan a penetrar hacia el interior, mientras en el SE. llegan nuevas corrientes orientales que instauran lo que arqueológicamente se llama Bronce Mediterráneo II, caracterizado por su establecimiento en altozanos con fácil organización defensiva, intensa explotación metalúrgica del bronce, disminución drástica del utillaje de piedra y enterramientos urbanos en tinajas y en cistas. Nuestros yacimientos importantes (El Algar, La Bastida de Totana, etcétera) son coetáneos de Akenatón y del minoico final, mientras en Italia comienzan las terramaras, en Francia termina el Bronce I y en Gran Bretaña se desarrolla la cultura de Wessex.

CUADRO IV. *Edad del hierro hispánico*

Comprende, con divisiones de veinticinco años, desde el 700 a. C. al inicio de nuestra Era Cristiana. Geográficamente diferenciamos el Norte, el Sur y el Este. Comienza con una España casi dominada por el Bronce Atlántico II, en que perduran en áreas orientales—tal vez por la mayor vitalidad de éstas e inadaptación de aquél a estos *habitats*—un Bronce Mediterráneo tardío. Mientras llegan al Norte corrientes del Hierro I y en el Sur se configura el legendario reino de Tartesos, en el Sur mismo y al Levante van llegando los influjos colonizadores de fenicios y griegos, como más tarde—por la geopolítica mediterránea—llegarán los cartagineses y romanos, sobre una Hispania diferenciada ya en áreas céltica e ibérica, y luego una central, celtibérica, con una complejidad grande de cruces e influencias mutuas culturales. La columna última recoge una serie de materiales, cuya datación es bastante segura, como soportes de la periodización propuesta.

La diferente organización de estos cuadros—en milenios, en siglos, en medios siglos y en cinco lustros—parece corroborar en nuestro país el problema de la llamada *ley de aceleración histórica*, que se podría continuar en el resto de nuestras edades: la Edad Antigua hasta los árabes, 1.200 años; la Edad Media, 780 años; la Edad Moderna, 315, y apenas 150, la Edad Contemporánea.

La curva ascendente que revela la Historia no permite llegar a una tal *ley de aceleración*, como rectamente niega Sorokin y como refuerza MAC

PERSPECTIVA ACTUAL DE LA HISTORIA PRIMITIVA DE ESPAÑA

AÑOS a.J.C.	PERIODIZACION	YACIMIENTOS	CORRELACIONES	
	NO. - CENTRO - S.E.		MEDITERRANEO	EUROPA
2100 -	NEOLITICO IBERO-SAHARIANO			Neolítico A en Gran Bretaña
2050	PERVIVENCIAS HISPANO-MAURITANAS		MINOICO MEDIO I	
2000 -		LOS MILLARES I	TROYA V	Neolítico B en Gran Bretaña
1950	BRONCE MEDI-TERRANEO I	ALMIZARAQUE		
1900 -	MEGALITOS	TABERNAS	MINOICO MEDIO II	Megalitos en Francia
1850	CAMPAÑIFORMES	CARMONA	TROYA VI	
1800 -	EXPASION EUROPEA	EL POZUELO	JARRO DE PICO DE MEMORCA (MELOS)	Anjétiliz
1750		VILANOVA DE S. PEDRO		Bronce Inicial en Gran Bretaña
1700 -			MINOICO MEDIO III	
1650		LOS MILLARES II	REMEDELLO	Bronce I francés
1600 -			HELADICO MEDIO	
1550	DECADENCIA		MINOICO FINAL I	
1500 -	MEGALITISMO		TERRAMARAS I	
1450	ARCAISMO INDUSTRIAL			Cultura de Weesex
1400 -	BRONCE PROTO ATLANTICO	EL ALGAR-LA BASTIDA (TOTANA)	AKENATON	Bronce II francés
1350	BRONCE MEDI-TERRANEO II	FUENTE ALAMO	MINOICO FINAL III	
1300 -	ORIENTALISMO		TROYA VIIa.	
1250	METALURGIA INTENSA		TERRAMARAS II	
1200 -	ENTERRAMIENTOS URBANOS		HIERRO EN EGIPTO Y MESOPOTAMIA	
1150	BRONCE ATLANTICO I	HACHAS DE TALON Y DE CUBO	TROYA VII b.	Bronce III francés
1100 -	ESCONDRIJOS DE		BRONCE BALEAR	
1050	MERCADERES (?) CON HACHAS, HOCES, PULSERAS		SUBMINEICO	
1000 -			TERRAMARAS III	
950			DYPILON	Bronce Final británico
900 -	BRONCE ATLANTICO II			Bronce IV francés
850	A) GENTES DE TUMULOS		TROYA VIII	Hallstatt A en Alemania
800 -	B) CAMPOS DE URNAS	HUERTA DE ARRIBA	ESTILO GEOMETRICO	
750	ESPADAS	HUELVA	ISLA CERDEÑA	Hallstatt B
700 -	ESCUDOS			
700 -	CALDEROS		BENACCI I	Hallstatt C
650	HIERRO I	MOLA		

CUADRO III.—La edad del bronce hispánico

JULIÁN SAN VALERO APARISI

Años a.J.C.	PERIODIZACION			YACIMIENTOS	DATACIONES
	NORTE	SUR	ESTE		
700	BRONCE ATLANTICO II → BRONCE MEDITERRANEO TARDIO			HUELVA	TROYA VIII
675				MOLA	
650	HIERRO I	TARTESOS			Fundación de Ibiza por los fenicios de Cartago
625			FENICIOS	CADIZ	
600	CELTICO			CORTES D'AVARRA	
575			GRIEGOS	AMPURIAS	Casco de Caudete de las Fuentes
550				RODAS	Casco corintio de Huelva
525					
500				ELCHE	Mascarilla fenicia de Elche
475					Monedas focenses de Emporion
450			IBERICO A		Cerám. de Olyntos y de figs. blancas (Elche)
425				EL MOLAR	Cerámica con figuras negras y rojas más abundantes (Elche, El Molar, Albufereta, Covalta etc)
400				COVALTA	
375		HIERRO II		ARCHENA	
350	CELTICO A			LA BASTIDA	Cerámicas de Archena s. Beazley
325				ALBUFERETA	TROYA IX
300			IBERICO B		Cerámicas de Gnatia y Megara (Elche)
275				LIRIA	Monedas ibéricas de jinele
250	CELTICO B		CARTAGINESES	SAGUNTO	Monedas de Cartago Nova
225				COGOTAS	Desembarco romano en Ampurias
200				NUMANCIA	
175			CELTIBEROS	DRIEVES	Anforas púnicas de Elche
150			IBERICO C		Fundación de Valentia
125	CELTICO C (NUMANCIA)			BERNORIO	133 a. C.-caída de Numancia
100					Guerra Sertoriana
75				AZAILA	
50					Batalla de Munda
25	CELTICO D				19 a.C.-Fin guerra cantábrica
0				MERIDA	

CUADRO IV.—Edad del hierro hispánico

WHITE (1955) al indicar los factores físico y psicológico que justifican esta diferencia de *tempo*. Son éstos: los medios de comunicación que condicionan la rapidez, frecuencia y duración de los contactos de la cultura mediante los cuales puede realizarse el cambio, y el factor de resistencia o receptividad de unas gentes que puede determinar la adopción o rechazo de un elemento cultural por motivos religiosos, sociales o económicos. Todavía, por nuestra parte, añadiríamos un nuevo factor, el demográfico, a los expuestos por Mac White, por cuanto además de la comunicación cultural o de la mayor o menor permeabilidad al cambio, en el ritmo acelerado de la historia ha de influir la masa de población, cuya aportación a la obra colectiva es notoria y la distribución de esta masa que puede estar dispersa o vivir en concentraciones urbanas que intensifican los problemas, pero también la posibilidad de soluciones.

III

PUEBLOS PRIMITIVOS HISPÁNICOS

Una realidad española de 500.000 años de Historia Primitiva, revelada por una investigación especializada—cuyos brillantes logros admiten favorable parangón con los de cualquier país del mundo—, resulta ya difícil de sintetizar. Pero cabe intentar la aventura si por una parte se piensa que toda la historia es síntesis y por otra se hace, o se desea hacer, historia, dejando al margen—en ese caudaloso margen de las revistas y publicaciones especializadas—lo que corresponde a las ciencias auxiliares de la Historia. Así eliminamos de nuestra exposición cuanto de problemático existe todavía en los aspectos antropológico, físico, lingüístico, cronológico, arqueológico, etcétera. Y los eliminamos, no sólo por nuestra ignorancia de algunos de ellos, sino por la convicción de que la discusión de tales cuestiones o la enumeración de yacimientos o, en cada uno de ellos, materiales encontrados pertenece a otro campo de investigación. Mengüado sería, además, el fruto de tales investigaciones si tras un siglo de copiosos descubrimientos no cupiese todavía vislumbrar líneas sintéticas. Es seguro que se mejorará en detalles el esquema que exponemos, pero creemos difícil que se invalide en su conjunto.

La sociedad primitiva hispánica es una continuidad de grupos humanos que comprende un tiempo de milenios cuyo estudio ha convocado diversas técnicas científicas, pero la finalidad de todas ellas—en cuanto son científicas—consiste en permitir la reconstrucción de la historia de las gentes que vivieron en España. Con los esfuerzos de muchos y muy valiosos investigadores, cabe hoy responder en muchos casos a las primeras interrogantes que el interés por una sociedad puede suscitar: ¿Quiénes son? ¿Dónde viven? ¿De qué viven? ¿Qué hacen? ¿Cómo y por qué viven así? O titulado más a lo científico: etnia, *habitat*, subsistencia, trabajo y contactos culturales, que son los temas que vamos a ver.

I ETNIA PRIMITIVA HISPÁNICA (9)

Las gentes primitivas españolas no constituyen una unidad racial, y no puede estimarse así ni aun durante el Arqueolítico, cuando llegan a la Península los primeros hombres. Pues tanto los procedentes de África, portadores de las hachas de talla bifacial al parecer, como los que desde Europa introducen las lascas, son pura inferencia, ya que no se han hallado en España restos fósiles comparables a los paleoantrópicos de Mauer o Swanscombe. Y aun los hallazgos neanderthalenses encontrados—ya musterienses: cráneos de Gibraltar y de Játiva, mandíbula de Bañolas, mandíbula infantil de Portugal (Cueva Furninha—no pueden reputarse racialmente puros, pues la etnia *Homo Neanderthalensis*, de incierto origen y extensa localización afro-auro-asiática (Bélgica, Gibraltar, Rodesia, Palestina, montes siberianos de Gissar, son sus confines), comprende distintas variedades de diferente cronología.

El grupo étnico segundo, llegado a España durante el Paleolítico Superior, pertenece antropológicamente al grupo *Homo Sapiens* (10), si bien dentro de él son apreciables en nuestro país los tipos de Cro-Magnon y sus variantes o diferentes razas de Combe-Capelle y de Chancelade que, sin excesiva especialización, parecen corresponderse con el auriñaciense y el magdalenense. Es de notar que no se ha señalado en nuestro país la existencia de negroides, como son indiscutibles en Italia por los hallazgos de Grimaldi.

Durante el Mesolítico, y coexistiendo en el tiempo, cabe señalar una serie de gentes, descendiente de las viejas etnias paleolíticas—Cro-Magnon y Chancelade—que perdura, mientras arriban braquicéfalos europeos y gentes africanas entre las que—por su cultura—creemos habrá de diferenciarse dos tipos étnicos: el negroide—australoides que Mendes Correa denomina *Homo*

(9) Nuestras indicaciones sobre el origen africano o europeo de las etnias llegadas a la Península tiene mera significación *geográfica* y no envuelven valoración racial—un cretino del Báltico es inferior a S. Agustín—ni espejismo político de nuestra historia moderna.

(10) La opinión actual sobre la antigüedad europea, tal vez mayor del H. S. que del H. N., salvo los restos de Mauer, si se incluyen en la etnia neanderthalense no afecta a España, aparte de que la generalización de tipo H. S. durante el Paleolítico Superior pueda ser, en lo antropológico, un llover sobre mojado, en vista de los hallazgos de Monte Carmelo y su posición intermedia entre el H. N. y H. S., según Keith y Mc. Cown, o cruce de ambas, como quiere Coon.

Afer taganus (de baja estatura, frente huida, arcos superciliares marcados, poca capacidad craneana y prognatismo)— y el norteafricano mediterráneo de los portadores principales del capsense (11).

Sería excesivo querer aplicar a estos cuatro o cinco tipos étnicos que viven en la Península, al declinar el *optimum post glaciarius*, los principios de Huntington sobre la emigración de los mejor dotados. Pero lo indudable es que, como en períodos anteriores, si emigraron de España fueron pocos, y tampoco los llegados lo fueron en grandes masas y con pureza de estirpes: sirva de ejemplo la “convivencia” en Muge de cráneos braquicéfalos y negroides dolicocefalos.

Este mismo hecho —mezcla étnica en los mismos yacimientos— lo veremos aumentado durante el Neolítico, si bien abundan más los braquicéfalos por el Occidente, mientras se acentúa la dolicocefalia en las tierras mediterráneas, con nuevos aportes étnicos norteafricanos. Las afirmaciones de Saller sobre el carácter dolicomocéfalo de la población neolítica hispana, sus contactos con la raza paleolítica de Cro-Magnon y sus afinidades con el neolítico danubiano, no parecen extrañas si atendemos no sólo a la etnia hispana, sino a los orígenes de las gentes mesolíticas y neolíticas que vinieron a fundirse con aquélla, reforzando en general sus características.

Los influjos del Mediterráneo Oriental —del Neolítico al Bronce— y los de Europa Atlántica, durante el Bronce II, claramente definidos en lo cultural, se reflejarían sin duda en la etnia, pero sin casos extravagantes de las estirpes indígenas, y de ahí lo poco acusado de ello sobre el tipo reseñado. Y sólo un aporte de procedencia europea considerable nos quedaría por registrar en la edad del hierro con las oleadas célticas, sin duda más numerosas en individuos.

En el estudio de los caracteres externos, además de la insuficiencia de materiales, conviene no atribuir excesivo valor a los resultados de una casi escueta craneología, ni aún, si cupiere el estudio de abundantes esqueletos, convendría olvidar los resultados obtenidos por Boas en 1911-1912 sobre las variaciones observadas en la forma corporal (hasta en índices cefálicos y estatura) de los descendientes de inmigrantes a los Estados Unidos. No creemos que España, en los milenios de su historia primitiva, actuando sobre

(11) Portadores principales decimos, para evitar toda recaída en la superada teoría que iguala los conceptos de *raza* y *cultura*. Sálvense también desde ahora las identificaciones —igualmente falsas— *raza = lengua y cultura = lengua*.

gentes de difícil vida y estrecha adaptación al medio, careciese de la tendencia *to approach to a uniform general type*.

Tal vez el futuro nos dé mayor claridad sobre nuestras raíces étnicas a base de los estudios acerca de los grupos sanguíneos, si cabe superar en ellos: a), los influjos debidos a movimientos de población recientes, y b), si la recolección de datos se realiza, más que a base de las actuales divisiones administrativas, sobre las regiones naturales de nuestro país. Y aún salvada esta incorrección metodológica cabría tener presente, para cada época, las premisas de poblamiento, distintas a las razones ecológicas de nuestra actual cultura euroamericana. De todas formas es sugeridor el resumen de N. y J. Lahovary (*Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, 1949, 5-61), que no se opone a lo que hemos dicho: “en cuanto se refiere a los grupos sanguíneos clásicos, los españoles del Sur y del Este tienen relaciones antiguas, no tanto como se podría suponer, con África del Norte, sino con el fondo oriental del Mediterráneo, y los más próximos por la sangre a la antigua África del Norte son los vascos oceánicos. Como parece indicar el substrato étnico de la España central es probable, por otra parte, que los vascos o pueblos emparentados con ellos se hayan extendido sobre zonas mucho más amplias que están más lejos, hacia el Sur, y que el dominio vasco actual es una pequeña zona de repliegue bajo presiones venidas del Sur y del Sureste. La influencia de la Europa central y occidental es fácilmente identificable en Cataluña y en una gran parte de la mitad septentrional de la Península”.

Sin detenernos a considerar cuantos datos son asequibles acerca de la salud de los hombres primitivos, no edénica por cierto, pues ello nos llevaría a investigaciones extrapeninsulares en su casi totalidad, hay un aspecto sociológico sobre el que hemos apuntado unas ideas que conviene citar. Me refiero a los datos que cabe inferir *sobre la mortalidad en la prehistoria* a base del cuadro estadístico elaborado por Vallois, plenamente aplicable a España. En resumen, la dureza de la vida del Paleolítico Inferior significaba la muerte temprana (poco más de los 40 años) para los individuos que sobrevivían a una crecidísima mortalidad infantil. El potencial humano es bajo y, entre otras causas, quizás pueda achacarse a ello el ritmo lento de la cultura en este período. El Paleolítico Superior y el Mesolítico son una mejora industrial y económica, y su reflejo en la vitalidad social es evidente. A partir del Neolítico, el paso de la Historia se hace de firme andadura, cuyo ritmo se mantiene y acelera progresivamente hasta la pasada centuria. Desde

entonces la transformación es vertiginosa: en razón inversa de la velocidad del tiempo histórico, disminuye el influjo disgregador de la distancia.

Fijando en cifras —significativas aún con todos los reparos— el potencial humano de cada uno de los períodos estudiados, obtuve unas cifras (1948), que podemos corregir hoy, teniendo en cuenta el estudio de la práctica funeraria en el yacimiento de Totana del Bronce Mediterráneo II (MARTÍNEZ SANTA-OLALLA y otros, 1947), correspondiente al Bronce I austriaco. La clasificación provisional de 102 sepulturas, algunas dobles, da como de adultos, 49; niños y adolescentes, 35, y sin determinar, 18. Ahora bien, en las sepulturas infantiles sólo 6 tenían ofrenda funeraria; de las otras sepulturas sin determinar sólo 6 tenían ofrendas, y de las de adultos, sólo 9 carecían de ofrenda; por tanto, las sepulturas sin determinar las podemos considerar infantiles en su mayor parte, y aún nos parece escasa la cifra resultante de 47 por 100 de mortalidad infantil, pues no debieron ser enterrados con el mismo rito, según demuestran los huesos hallados, los niños recién nacidos o nacidos muertos, que, naturalmente, debieron ser bastantes.

Con ello hay que suponer que la mortalidad, hasta los veinte años, debió ser en la Edad del Bronce superior a la Austria en 1829, y corrigiendo los datos en la proporción debida debemos considerar el potencial humano del siglo XIX y XX, de 650 y 1.200, respectivamente, es decir, seis veces y media y doce veces superior a la mejor etapa primitiva. Lo cual tiene más sentido histórico, resultando en la forma que sigue, nuestro cuadro de potencial humano (individuos de 20 a 50 años) de las distintas sociedades:

Arqueolítico y Paleolítico medio ...	50
Paleolítico superior	75
Mesolítico	70
Bronce I	100
Austria 1829	650
Austria 1927	1.200

En conexión con los aspectos entrevistados cabe, por último, referirnos ahora a la *población española* en sus etapas primitivas. No en lo que tiene de problemático, por la leve consistencia y escasez de nuestros datos, sino como idea que, aun con su seguro error, se aproximará más a la realidad que la total despreocupación del tema nos atrevemos a decir lo que sigue. Sin excesiva certidumbre, pero con abundante documentación, la población hispánica, durante la dominación imperial romana, se estimó haber aumentado de seis o siete millones a nueve. Ahora bien, el hecho de la romanización, la pacifica-

ción de gran parte de la Península, la explotación agrícola y minera intensivas y la creación de núcleos urbanos y colonias desde 218 a. J. C., nos permite suponer que la población hispánica, hacia el s. v a. J. C., sería muy inferior a la mitad de la existente en el s. i. Aun con la abundancia de poblados célticos e ibéricos, habida cuenta de su escaso número de habitantes y comparando, por ejemplo, con Madagascar—subtropical, montañoso, agricultura fértil en un 2 por 100 de la superficie, un 20 por 100 de bosque, ganadería de bovinos, cerdos, ovejas y cabras, con 6 habitantes por kilómetro cuadrado, comercio de 800 millones de francos de exportación y 600 millones de importación—, no parece que debe concederse a la población española una densidad superior a los 2 ó 3 habitantes por kilómetro cuadrado, con lo que obtendríamos de 1 a 1'5 millones durante la segunda edad del hierro, con cálculo optimista seguramente.

Para los períodos anteriores—y haciendo omisión aquí de las razones en detalle—tal vez la población hispánica fuese: de 100 a 200.000 durante el apogeo de la edad del bronce; de 60 a 70.000 durante el Neolítico pleno; de 10 a 15.000 durante el Mesolítico, y tal vez los mismos o poco más durante el Paleolítico Superior (12).

El problema de la población no se basa únicamente en la evaluación de yacimientos, grupos sociales, restos hallados, comparación con primitivos, etcétera, sino también preferentemente en razones de geografía y ecología social por las que se tengan en cuenta, de una parte, el clima, la situación y el relieve de España; de otra, los recursos de agua, plantas, animales, suelo, y minerales, y, por último, de ambiente cultural de las distintas sociedades primitivas hispánicas. La consideración de estos factores en el ensayo siguiente sobre el *habitat* de las sociedades primitivas hispánicas, nos permitirá completar lo antedicho sobre la población.

(12) En consideración a los datos del capítulo que sigue sobre el *habitat*, modificamos en parte las proporciones que para Inglaterra y Gales establece el profesor Clark.

Sobre un kilómetro cuadrado de tundra pueden vivir cinco renos durante el año. Un hombre necesita diez renos por año, y uno de cada diez es la proporción de ciervos que puede cazar. Teniendo en cuenta, además, malos años, epidemias, etcétera; un grupo de diez cazadores precisaba una superficie de 300 kilómetros cuadrados. Sobre esta proporción que establece LEROI GOURHAN (1955), basada en los primitivos actuales, España tendría 15.000 habitantes. Naturalmente no sería todo terreno de tundra ni habitable, dada nuestra orografía, pero otros animales de caza, mejor clima y alimentos de pesca y recolección permite admitir dicha población en área mucho menor.

2. "HABITAT" DE LAS GENTES PRIMITIVAS HISPÁNICAS

Si lanzo al agua una botella con un mensaje en el curso superior del Saale, y la botella en su camino no es detenida por algunas ramas o no encalla en algún banco de arena, sé de antemano que algún día será recogida en las playas de Spitzberg. Pues esto mismo ocurre con los elementos culturales, escribía Frobenius, y añadía: Esto quiere decir que los espacios presentan el fenómeno de predisposiciones culturales. Aunque el párrafo sea brillante, librémonos de incurrir en este prelogismo primitivo o biologismo paideumático que se extiende hasta el cuerpo de la Madre Tierra y las venas líquidas de sus cursos fluviales y limitemos nuestro sentir histórico a buscar las ramas o los bancos de arena en que pudo encallar la botella de la cultura.

En una bola de billar los rumbos de la cultura fluirían sin obstáculos, pero en la geografía—aun en la limitada geografía de la península hispánica—son más los obstáculos que las regularidades y las predisposiciones, más que en la geografía están en los entresijos del humano querer, en su capacidad cultural. Y sobre ésta actúa el ambiente geográfico que, según la profesora Laviosa Zambotti, "assume funzione determinante nel favorire, o limitare, o addirittura insurdire, l'afermarsi di un tipo specifico di cultura."

Sin determinismo geográfico, pero comprendiendo cuanto de posibilismo cultural ofrece la superficie de nuestra Península, esbozaremos las líneas de poblamiento seguidas, más que por las distintas etnias de nuestra historia primitiva por las diversas sociedades. Esta investigación, cuyo interés sociológico sería superfluo destacar, se debe fundamentar en los factores geofísicos, económicos y culturales antedichos que, en la principalísima parte paleogeográfica, están poco elaborados; pero cualquier rectificación que recibamos servirá de aclaración a nuestro tema.

El poblamiento de la Península tiene dos fases definidas. La primera de ellas constituída por las sociedades cazadoras, que, en general, vivían también de la pesca y la recolección de frutos naturales, tiene como fórmula vital de su primitivo *status culturalis* el *usufructo de la Naturaleza* y como ciencia vital el *saber dónde* encontrará el sustento. La segunda fase—campesinos (agricultores y pastores) y metalúrgicos—consiste en la *explotación de la Naturaleza* y su ciencia y el *saber cómo* puede intensificar aquella explotación haciendo producir bienes a la Naturaleza. En un principio, pues, tenemos ya una especialización geográfica de unas y otras sociedades, no por predisposición de la geografía, como pensaba Frobenius, sino porque los propósitos

humanos son diferentes. En el primer caso, los usufructuarios habrán de vivir necesariamente en lugares de elección en los que, por su clima, por su situación, por su relieve y por su hidrografía, sea zona también de elección —vital— de la flora y fauna de su sustento. En la fase de explotación productora el hombre se libera de las razones ecológicas que obligaban a los cazadores a coincidir con las plantas y los animales y, sin dejar despobladas las zonas anteriores, conquista otras hasta entonces inhóspitas.

Pero veamos con mayor concreción los factores que deciden la elección del *habitat* y el ámbito de éste.

Durante los milenios del cuaternario las alternativas climáticas alterarían nuestro país en condiciones tan extremas como marcaría hoy el contraste entre Polonia y el Senegal, según estableció Obermaier; pero ni el tránsito sería catastrófico y momentáneo, ni dentro de la Península dejó de existir gran diferencia del Cantábrico al Sur. La vegetación de bosque o la de selva; los grandes ríos procedentes de los glaciares de los Pirineos Cantábricos, sierras del sistema Central o Sierra Nevada, formando terrazas en los períodos interglaciares; las grandes precipitaciones pluviales; o las playas levantadas hoy del Atlántico sobre todo, contribuyeron a limitar el *habitat* de los cazadores arqueológicos, y salvo hallazgos aislados, zonas de concentración —relativa, claro es— (la densidad de los estratos depende más de los milenios transcurridos que del número de individuos), sólo se observan en las terrazas del Manzanares, en las cavernas y playas cantábricas, y en las playas miñotas o del Tajo.

Conviene advertir algo más ahora sobre la geografía del cuaternario, por cuanto nuevas investigaciones dan un sentido menos extremo y caricaturesco a nuestros conocimientos. Las alteraciones climáticas que motivaron los glaciares dieron ocasión igualmente a los interglaciares y a los pluviales; ahora bien, los glaciares realizaban una acción erosiva y de depósito de morrenas y producían un enfriamiento considerable en todo el país en torno. Las lluvias, por otra parte, afectaban extraordinariamente a la vida vegetal, al tiempo que erosionaban, rápida o lentamente, el suelo, modificando la topografía, en las capas de cuyos sedimentos podemos leer hoy las alteraciones climáticas.

Más sensible todavía, el mundo vegetal comienza, con los análisis polínicos, a darnos ideas más exactas sobre el *habitat* de los arqueo-antrópicos. Las plantas no tienen la posibilidad de huir del frío y cambiar de región según las estaciones. Por ello el estudio de éstas y sus asociaciones en lugares favorables ha demostrado mejor los movimientos del clima y el aspecto

del paisaje en cada momento. "Salvo en algunos lugares verdaderamente fríos, el clima no ha presentado las variaciones tan extremas que se habían supuesto al descubrir que las mismas regiones habían sido sucesivamente habitadas por renos y por elefantes. Por ejemplo, la temperatura media que reinaba en Orleáns durante los períodos glaciares era poco más o menos la actual de Copenhague, y el máximo calor de los períodos interglaciares no debió sobrepasar la temperatura actual de Sevilla. Y aún es preciso corregir el alcance de esta comparación recordando que si la temperatura media de una región ha variado, su latitud, por el contrario, ha sido la misma siempre" (LEROI-GOURHAN, 1955).

Mientras carezcamos de tales precisiones en nuestro país, no deben olvidarse las anteriores ideas, pues nos explicarán no sólo el *habitat*, de que ahora nos ocupamos, sino la índole cultural de nuestros períodos. El musteriense cantábrico, por ejemplo, puede caracterizarse de frío, en consideración a la fauna de mamut, reno, rinoceronte, y pensar que nuestro país era como la actual Polonia, mientras que las plantas pueden ser helechos, gramíneas y pino como en cualquier valle alto pirenaico de hoy, puesto que el clima estaría dulcificado en gran medida por la altura del sol en los equinoccios.

Así como estos grandes cazadores, aun sin dejar deshabitadas en alguna zona propicia las cavernas, vivirían preferentemente al aire libre, los cazadores del Paleolítico Superior, viviendo desde la última glaciación, aprovecharon sobre todo las cuevas en regiones privilegiadas, sin que dejaran de recorrer las llanuras y los cursos del agua siguiendo la caza. Una consideración social que surge de estos lugares de *habitat* elegidos es que los cazadores superiores, como demuestran los yacimientos encontrados, pudieron usufructuar una mayor extensión de España, habitando también en valles más o menos amplios de las estribaciones cantábricas, costero-catalanas, valencianas y penibéticas. Su vida en las cuevas fue de permanencia suficiente a constituir depósitos arqueológicos considerables, y de ello se deduce que el período postglaciar flandriense hasta el holoceno, configuró una España lo suficientemente privilegiada como para permitir a los cazadores aurignacenses, solutrenses y magdalenienses, estabilizarse. Aunque la caza les moviese a emigrar, si desaparecía, los lugares elegidos serían tan aptos que en ellos no se agotaban los rebaños, prueba por otro lado de que tampoco las gentes eran tan abundantes como para aniquilar la caza. La adecuación entre la productividad vegetal, la animal, la población humana y sus medios culturales alcanzaron un equilibrio tal que, si hubo nomadismo, sería estacional, y su casi sedentarismo permitió, con el acrecentamiento de la tradición

social, mayores avances culturales, entre los que es capital la invención del primer arte de la humanidad y el empleo del arco, que dan el carácter de superiores a estas gentes, no tanto por la estratigrafía cuanto por su estado cultural.

El equilibrio apuntado hace crisis con el, para nosotros, *clima optimum* que, con la elevación de la temperatura que precedió a nuestra era —higueras en el norte de Francia, avellanas en Europa báltica—, transformó, con la vida vegetal, la fauna de España y el propio vivir humano. Otra vez la vida al aire libre y nueva ampliación del *habitat*, mientras en las montañas perduran grupos de cazadores. Disminuiría quizás el potencial humano de la sociedad mesolítica, pero sus yacimientos se extienden a las zonas de costa, recién levantadas de nuevo, donde recolectan moluscos (yacimientos de la costa portuguesa, cantábrica y catalana), y a las zonas esteparias y de secano alto hoy, donde los valles estrechos y áridos reúnen junto a fuentes y arroyos la caza menor.

Conviene señalar aquí, siguiendo a CLARK (1955) cómo en estas etapas culturales primitivas el *habitat* y la flora y fauna que sobre él proliferan, hubo de influir sobre la vida humana. El suelo y el clima determinaban en cada fase el tapiz vegetal, y ligados a éste vinieron los animales, sobre todo los herbívoros, que fueron los más importantes para la subsistencia. Las especies carnívoras son más independientes del medio vegetal en teoría, pero no en la práctica, ya que viven también sobre los herbívoros. Así, pues, el hombre resulta afectado por la vegetación, no sólo en su actividad recolectora, sino en la venatoria, pues sus saberes de cazador y sus armas de caza hubieron de adaptarse a las especies herbívoras que perseguía o a las carnívoras con las que había de disputarse el alimento o las cavernas.

Y la vegetación de cada *habitat* era la base que por una parte y en virtud del proceso de fotosíntesis, utilizaba la energía solar para sintetizar el carbono, y transformada por otra parte a su vez por los herbívoros —desde el mamut al reno, caballo o jabalí—, proporcionó al cazador primitivo carne para su alimento, grasa para alumbrarse, pieles con que vestirse, tendones con que coser, hueso y asta con que fabricar utensilios.

Lo asombroso de esta historia primitiva es que, a pesar de este encadenamiento natural, el hombre no aparece determinado por el medio, sino capaz de librarse de él, readaptando su bagaje cultural a las nuevas situaciones. Sus movimientos migratorios no aparecen como servidumbre, sino como conquista de nuevos espacios y de nuevas especies alimenticias.

El análisis del *habitat* neolítico sugiere, por lo menos en su inicio: *a*), la arribada de la nueva cultura por mar desde el Norte de África; *b*), su vida en las zonas litorales sur-mediterráneas, pero no como gentes marineras o pescadores; *c*), por ello se asientan en los valles de media ladera, sin ocupar la meseta, y *d*), nos prueba, por último, que tanto como tierras escasas, de fácil cultivo, les interesan los pastos para sus ganados. De Gibraltar a Narbona, por la costa mediterránea; de la serranía cordobesa a los montes de Ribatejo y Extremadura litoral, en torno a Lisboa; desde Coimbra a Setubal, son las zonas ocupadas por los campesinos hispano-mauritanos. El crecimiento de la población y del impulso cultural que a éstos añaden los neolíticos ibero-saharianos, ampliará a todo el ámbito peninsular—salvo las amplias mesetas castellanas—la ocupación neolítica, pues comienzan a explotarse también los valles bético y del Ebro.

Aunque en apariencia parecen habitados los mismos lugares, si superponemos al mapa neolítico el de la edad del bronce, hay en ésta, de una parte, zonas de concentración de yacimientos, originada por razones de explotación minera (en el Sureste, en el Suroeste y en el Noroeste), que por su situación costera sugiere un comercio marítimo que la ergología arqueológica confirma, y, por otra parte, que los mismos yacimientos—ahora ya restos de poblados—señalan la ocupación permanente de tierras bajas, con el apoyo de altozanos de fácil defensa y provisión de agua.

Es posible que futuros estudios sobre la fauna hallada en los yacimientos de estas gentes campesinas y metalúrgicas iniciales, proporcionen al cuadro cultural primitivo hispánico nuevos datos importantes no sólo para la determinación del *habitat*, sino para la economía alimenticia. En efecto, el paso de una a otra edad en Suiza se ha caracterizado, en este aspecto faunístico, por la decadencia en la cría del cerdo y el buey y el creciente pastoreo del carnero, la cabra y el caballo. Razones para este cambio pueden ser preferencias culturales, pero también razones ecológicas, ya que jabalí y uro, animales salvajes, son esencialmente forestales, y lo mismo sus descendientes domésticos cerdo y toro, que pueden alimentarse con follaje y bellota. En cambio, cabra y oveja ramonean plantas herbáceas en terrenos de montaña sin bosque, por lo que pudieron ser dominantes en zonas de la España seca y en las nuevas áreas que el desboscamiento agrícola y el cultivo de cereales en barbecho dejaba más favorables. Y lo mismo cabe señalar para el caballo, animal de pradera, que fue menos abundante al hacerse boscosa Europa, y creció luego en número al talarse bosques, permitiendo avanzar por la estepa eurasiática a los pueblos jinetes.

El yacimiento de Totana, del Bronce Mediterráneo II, cuya fauna todavía no está plenamente estudiada, permite atisbar algo de lo indicado, pues se indica la existencia de bóvidos y cérvidos, así como cabra, cerdo y caballo quizás.

La ocupación de las mesetas y de los altos pastos y de las cimas, escarpadas a veces y muchas de ellas por encima de los 1.000 m sobre el nivel marino, la realizarían los pueblos célticos, con su agricultura triguera extensiva y su ganadería de bovinos, sobre todo. La densidad de castros en el N. O. de España obliga a no estimar baja la cifra de Plinio de unos ocho habitantes por kilómetro cuadrado para el resto de la Península, pues concentración similar sólo cabe ver en lo arqueológico, desde Murcia a Gerona, en los poblados ibéricos. Pero esta zona une, a sus condiciones geográficas, el ser el enlace marítimo, comercial y cultural con púnicos, griegos y romanos, lo que de por sí es suficiente a explicar su intensivo poblamiento.

Los cazadores, campesinos y metalúrgicos primitivos hispánicos, al producirse el inicio de la romanización, habían recorrido y habitado, con más o menos reiteración, todas las tierras habitables de la Península, de acuerdo con su capacidad cultural de usufructo o explotación. La imposibilidad de ocupación de *todas* las tierras en *todos* los periódicos, nos indica que si de algo pueden pecar nuestras cifras de población es de optimistas.

3. SOCIEDADES HISPÁNICAS PRIMITIVAS: CAZADORES, CAMPESINOS Y METALÚRGICOS.

“La geografía proporciona al investigador de la cultura tanto una técnica como ciertos resultados definidos. Los hechos que aquél estudia varían en el espacio; por tanto, su primera y más obvia tarea es determinar sus relaciones espaciales. Estudiar estos datos desde el punto de vista de su distribución, no resuelve todos los problemas, pero sí representa el primer paso hacia su comprensión.” De acuerdo con estas premisas de Lowie podemos ahora, caracterizadas las etnias primitivas hispánicas y el esquema de las líneas de poblamiento de la Península, referirnos a las sociedades más antiguas de nuestra historia.

Con modalidades, que trataremos de distinguir, en el enorme transcurso de siglos desde el tiempo glaciario, ha conocido tres etapas sociales: *la caza*, con sus secuelas de recolección y pesca; *la vida campesina*, con agricultura de azadón y animales domésticos, y el *urbanismo inicial*, con metalurgia, agricultura de arado y ganadería. Ineficaz resultaría limitar nuestro análisis

al puro dato hispánico, pues si nos parece válido para la Historia reciente, tanto más lo es para la primitiva, como dijimos, la comprensión del campo cultural inteligible.

Así las industrias líticas del *Sinantropus Pekinensis* explican el arqueolítico hispánico, mientras que para el Paleolítico superior apenas podemos ir más allá de Palestina. Con el Neolítico —aún con su ámbito mundial— la relación estricta debe limitarse a las tierras meridionales en torno al Mediterráneo y de Europa occidental; en tanto que el bronce nos permitirá tanto la conexión mediterránea como la europea centro-atlántica.

Nos referiremos, pues, a las sociedades dichas atendiendo a los aspectos siguientes: A) Los medios de subsistencia, y B) El trabajo. Los artefactos descubiertos casualmente o por la extraordinaria labor realizada por la arqueología de campo, nos servirán como documentos de las tradiciones culturales de las sociedades, pues analizar su tipología y conexiones agotaría el hilo de nuestra exposición.

A) *Los medios de subsistencia*

En un 99 por 100 de la historia en tierras de España la búsqueda de los medios de subsistencia se hizo a través de la caza, y aun en el resto de la dicha historia la caza no desaparece, quedando como auxiliar, primero, y como deporte, después. Comprensible resulta, pues, el que todavía primitivos actuales en otras áreas subsistan a base de este usufructo de la naturaleza.

Verdaderos parásitos de la naturaleza hispánica, los cazadores cuaternarios complementarían su actividad venatoria con la pesca y la recolección de frutos, raíces, insectos, huevos de pájaro, etcétera. La actividad casi total de las sociedades cazadoras se dedicarían al aprovisionamiento de medios de subsistencia, pues, como en los pueblos primitivos actuales, hay que suponer un continuo temor a la muerte por hambre, ya que carecían de toda reserva.

Las edades prehistóricas que comprende la vida cazadora suponen un inicio, una transición, una plenitud y una crisis que se corresponden evidentemente con las denominaciones de Arqueolítico, Paleolítico Medio, Paleolítico Superior y Mesolítico.

La consecución del alimento se alcanza no sólo con la personal capacidad, sino con el progresivo mejoramiento de ésta mediante utensilios cuyo número, calidad y especialización aumentan con los siglos.

Las líneas generales de estas mutaciones, aun dejando aparte las inferencias sobre los utensilios de madera, necesariamente abundantes y totalmente

perdidos, nos señalan para los artefactos de sílex y hueso: a), mayor número cada vez de instrumentos, no sólo en la cantidad absoluta, habida cuenta de las proporciones cronológicas, sino en especies de éstos: desde el hacha abevillense, que parece haber sido como las navajas para todo uso, se llega al aurñaciense, en que sólo para el buril se han señalado cincuenta tipos, y hasta en la crisis mesolítica, aunque se empobrecen y pierden tipos de artefactos, se crean otros; b), en la calidad de los artefactos se consigue una mayor eficacia, a fin de obtener mayor rendimiento en la actividad alimenticia: de la percusión directa al arma arrojadiza y de ésta al arco; c), la astucia e inteligencia del cazador frente a su presa se iniciará con las trampas y llega a los disfraces para acercarse a los animales, observación de los costumbres de éstos (caza de ojeo, de espera, de rastro, etcétera, atestiguadas en las pinturas levantinas), ayuda del perro y hasta prácticas mágicas al inicio de sus campañas para propiciar los resultados (13).

El estudio de las técnicas de talla del sílex, el análisis tipológico y aun terminológico del utillaje y de los materiales empleados por el cazador primitivo hispánico, etcétera, es capítulo excesivamente arqueológico para demorarnos en estas páginas, y puede consultarse en cualquiera de los libros al uso. Creemos más útil en plan histórico resumir las ideas de LEROI-GOURHAN (1955) sobre la economía industrial del hombre cuaternario y el influjo que sobre su *habitat* ejercieron las modificaciones técnicas que realizaron las gentes primitivas.

El uso de la talla de lascas, de la bifacial, de la de hojas, el desarrollo tipológico del Paleolítico Superior, no suponen únicamente una cada vez más perfecta utilidad de los instrumentos y una mayor variedad de aplicaciones, sino una liberación para los grupos humanos de las limitaciones que la naturaleza imponía al primitivismo de su cultura. El *habitat* de los arqueolíticos no sólo quedaba limitado por el clima, el agua y la posibilidad de caza, sino también por la existencia de materiales pétreos, idóneos a la fabricación de utensilios; de ahí el empleo de cuarcitas de inferior calidad que el sílex, en lugares donde no existe éste y las condiciones son propicias a la vida

(13) Son significativos, aunque no sean hispánicos, los datos de Sorgel (*Die Jagd der Vorzeit*, 1922) sobre el predominio de restos de jóvenes *elephas antiquus* entre los hallados en Taubach o Mauer, mientras son mínimos en un yacimiento natural como Mossbach. Las cifras de conjunto son: Taubach, 83 por 100 menores de 50 años; en Mauer, 75 por 100; en Mossbach, 38 por 100. Y apurando más sobre edades, Taubach y Mauer tienen casi un 60 por 100 de elefantes menores de veinte años, mientras Mossbach sólo tiene un 15 por 100.

del hombre cuaternario, como ocurre en las terrazas cantábricas. El Paleolítico Medio, y más aún el Superior, ven ampliada la zona de su *habitat* en parte principal porque la técnica hace posible el transporte de materias primas a lugares desprovistos de ellas, al ser exigidas en menor cantidad.

En efecto, el Isidriense I o Abevillense, como el Clactoniense, con su técnica de percusión rudimentaria, sólo podrían obtener diez o quince centímetros de filo, sinuoso aunque útil, con un kilogramo de sílex, una vez convertido en toscas hachas o lascas. El Acheulense, en cambio, con su talla bifacial y el retoque secundario, podría lograr con la misma cantidad de sílex unos cuarenta centímetros de filo recto, y el Musteriense, con piezas menores, pero de talla más fina, llegaba a los dos metros de filos. Cuando la talla se hace en hojas, un núcleo permite hacer multitud de ellas, sobre las cuales una talla de retoque con percusión indirecta conseguía variadas herramientas —raspadores, buriles, perforadores, cuchillos—, con las que, a su vez, podría utilizarse en escala mayor el hueso de los animales de su alimentación para fabricar azagayas, arpones, anzuelos, agujas, buriles y aun raspadores, aumentando así su disponibilidad de materias primas. Una horda de cazadores superiores podría vivir lejos de las canteras de sílex u obtenerlo por comercio de otras gentes, pues con un solo kilo alcanzaba veinte metros de filo útil. El medio millón de piezas (útiles y lascas de desbastamiento) de la Cueva del Parpalló pesarán menos que cinco mil hachas de las capas inferiores del Manzanares.

En cuanto a los alimentos obtenidos, sin buscar paralelos etnográficos que ilustren las deficiencias de ellos, su mal estado a veces, su monotonía, cabe señalar la sensible superioridad que representan los restos de los yacimientos del Paleolítico Superior sobre el Arqueolítico y Mesolítico hispánicos, aunque no esté investigado especialmente este aspecto, tanto en cantidad como en variedad de animales cazados y restos de pesca. Pero de todas formas se notaría —como se ha señalado por Richard para primitivos actuales— mala nutrición, enfermedades de carencia y falta de resistencia a la infección. Aunque la fauna cazada del Paleolítico Superior hispánico parece ser más rica que en otras regiones europeas, convendría que hubiese estudios estadísticos. Diferencia fundamental produjo sin duda en este aspecto el clima, como lo indica el hecho de que en el Levante español fuesen animales dominantes, cabra, ciervo y caballo, indicio de un *habitat* sin bosque, con mayor humedad que la actual, mientras que en el Norte la fauna es más fría y hay hasta

representaciones de reno, que hubo sin duda en su variedad *tarandus*, viviente hoy en Escandinavia, Siberia y Groenlandia, y *articus*, que se halla actualmente en Siberia oriental y Canadá (14).

Aunque no fuese milagro repentino, sí parece serlo en este aspecto alimenticio, visto arqueológicamente, la revolución neolítica.

Aún continuó la caza y la recolección con productividad bastante, pero los nuevos medios de procurarse el sustento permiten el abandono progresivo de la casi total ocupación venatoria para intensificar estos nuevos trabajos agrícolas, que resultan más remuneradores y seguros (15).

El aseguramiento de carne con los animales domésticos y de vegetales comestibles por las plantas cultivables tiene, como es natural, consecuencias trascendentes, siendo las más importantes: el aseguramiento normal de las comidas, en vez del desorden y desproporción anteriores; la variedad alimenticia, con sus repercusiones sobre la salud individual y, sobre todo, por su repercusión social, que es la posibilidad de asegurar una superproducción de subsistencias que refuerza la potencialidad de la sociedad española, como veremos.

El español campesino, o la española, que pudo regir la sociedad, puede permitirse más dedicación a otras tareas —es indiferente a nuestra afirmación el que sea el mismo campesino u otro artesano especializado— y llegar al lujo: un collar de cuentas diminutas puede exigir de doscientas a trescientas horas de hábil trabajo.

Naturalmente, la nueva vida requiere y desarrolla una serie distinta, original y especializada de artefactos, a la que no es preciso aludir en detalle;

(14) De la importancia del reno en otras áreas darán idea las cifras siguientes (CLARK, 1955, tomado de LIDNER, 1937, y RUST, 1943): Kesslerloch, 80 por 100 de la fauna; Schweizersbild, 75 por 100; de los 1694 mamíferos de Petersfeld 870 eran liebres árticas, 640 renos, 100 caballos salvajes, 45 zorros árticos. En Stellmoor, de 42 mamíferos de su nivel antiguo eran renos 41; en el nivel reciente, de 656 lo eran 650.

Todavía supone Clark que los magdalenenses, como hacen hoy lapones y siberianos, pudieron utilizar hasta el contenido del estómago de los renos cazados, que proporcionarían un alimento, medio digerido, de gusto agrio y rico en vitaminas y yodo de los líquenes recién pastados por el animal.

(15) Hasta qué punto es segura esta afirmación lo prueban los datos de VOUGA (1934) sobre Port Conthy, población neolítica suiza, cuya fauna tiene un 27 por 100 de animales salvajes en su período *inicial*, un 45 por 100 en el *medio* y un 29 por 100 en el *final*, mientras que al fin de la Edad del Bronce sólo hay un 10 por 100. Asimismo se ha notado que la mayor parte de las cornamentas de ciervo utilizadas por los neolíticos eran de muda, por tanto recogidas y no arrancadas al animal recién muerto.

pero como utensilios en directa relación con la alimentación, además de la cerámica y las cucharas de barro o hueso, son necesarias a la producción las azuelas, las layas simples con contrapeso de piedra, los molinos de mano, las hoces con dientes de sílex, los silos o vasijas para almacenar sobrantes de cosecha, etcétera, que suponen una serie de técnicas muy diferentes a las conocidas.

En este aspecto de la subsistencia, la edad metalúrgica no es otra cosa que una intensificación de cuanto venimos diciendo sobre la base neolítica; añádase, no obstante, en cuanto a medios de producción, el arado, y tal vez, en algún caso, la irrigación de las tierras, o por lo menos el principio, pues no faltan acueductos desde Los Millares. En cuanto a los artefactos de trabajo, la perfección de los instrumentos neolíticos con su fabricación en metal.

Gracias a la intensificación productiva de estos primeros núcleos de sociedad urbana, el mayor abundamiento de rebaños y sus efectos fertilizantes, la mayor cantidad de tierras de explotación (tal vez con mano de obra de esclavos), los hispánicos parecen superar la fase de nomadismo periódico que practicarían durante el Neolítico.

En cuanto a la dieta va completándose hasta casi las características actuales. Para no perdernos en vaguedades, originadas por la falta de estudios, preferimos recoger sólo datos de dos localidades del Bronce I, moderna y científicamente investigados, para destacar el porqué de las exigencias metodológicas de la actual arqueología de campo: En Almizaraque (MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, 1946), las plantas halladas fueron *Hordeum vulgare exastichum*, *Triticum dicoccum*, *Triticum vulgare compactum* y *Vicia faba minor* (16). En Vila Nova de San Pedro (JALHAY-DO PAÇO, 1945; DO PAÇO, 1951) hay huesos de toro, cabra, burro, perro, ciervo, jabalí, lobo, oso, erizo, lince, tejón; los más abundantes los de ciervo, toro, jabalí y caballo. Y, entre fragmentos de madera carbonizada, la vida vegetal está testificada con habas (*Vicia faba*), bellotas, *Triticum sphaerococum*, *Hordeum vulgare*, *Hordeum distichum*, cebada desnuda y muchas hoces de sílex y los molinos de mano consiguientes (17).

(16) Aparte del valor histórico de los datos, el estudio citado permite, moderando o completando excesivos tipologismos arqueológicos, señalar las rutas de difusión de los vegetales, que acompañarían corrientes culturales.

(17) Recoge Clark el valor alimenticio comparado entre la cebada, la bellota cruda y la bellota seca y pelada: en albúmina, 64, 24 y 45, respectivamente; en grasa, 18, 18 y 40.

B). *El trabajo*

Acerca del trabajo humano en las sociedades primitivas hispánicas, aparte del análisis de técnicas e industrias que nos apartaría de nuestro enfoque, digamos algo sobre su aspecto social.

Desde la herramienta ocasional, que pudieron ser muchos eolitos —aun no siendo terciarios—, hasta la especializada artesanía de los poblados metalúrgicos, los avances y retrocesos son múltiples y esforzados. Más que la progresiva especialización y aumento de utensilios, interesa destacar que la sociedad cazadora, en comunidades reducidísimas, sin posibilidades de división de trabajos —salvo por sexos—, tiene escasa potencialidad inventiva o de mejoras técnicas, y de ahí la poca individualización cultural y la enorme difusión espacial de los avances técnicos. Por ello, 200.000 años de talla del sílex sólo alcanzarán la técnica de hojas Levallois, con plano de percusión preparado que, no obstante, supone, como señala Childe, gran poder de previsión y un verdadero avance de capacidad mental, además de la liberación material que supone el aumento de efectividad.

En el Paleolítico Superior, óptimo cultural de esta fase, baste sólo indicar de una parte la generalización —alguna podría señalarse en el musteriense— de las herramientas secundarias —buriles, raspadores, agujas— que permiten perfeccionar las primarias hasta lograr extremos como la perfecta talla solutrense, piezas de hueso, arte, etcétera. En otro sentido, el equilibrio vital, dentro de su primitivismo, alcanza una cierta seguridad, y la sociedad hispánica, más que ninguna otra, parece capaz de mantener una cierta división de trabajos, pues la especialización parece exigida por la perfección lograda hasta de individuos no ocupados directamente en la búsqueda de alimentos o fabricación de artefactos: nos referimos a los magos, tal vez los mismos estadistas que por sus poderes mágicos, prácticas y producciones artísticas debieron ser mantenidos por la comunidad.

Poco cabe intuir todavía en España sobre la emigración veraniega, que sólo estudios minuciosos de la fauna podrían indicar, sin espacio para conjeturas. En Meiendorf y Stellmoor, cazaderos veraniegos excavados por Rust, junto a Hamburgo, los renos eran jóvenes, de un año a dos, y cazados de junio a septiembre; por eso no hay cuernos de muda (19 de 1380). En cambio (CLARK, 1955), en los yacimientos franceses de Dordoña, Poitou Charente, los cuernos de hembras y jóvenes son arrancados y de muda los de los machos, por ser zona ocupada de noviembre a febrero. Hay yacimientos en

Schleswig que sólo tienen aves migratorias de verano; en otros, espinas de salmón que sólo en verano remonta los ríos para desovar, etcétera.

La primera sociedad campesina hispánica supone una patente división de trabajo: cazadores, agricultores, ganaderos, artesanos y, en momento avanzado, una clase dirigente. La posición laboral de los sexos será vista luego, pero aunque en núcleos iniciales reducidos pudieran simultanearse, según épocas, los trabajos—como hoy en la vida rural—es ya evidente el hecho de la existencia de talleres, por ejemplo, de hachas pulimentadas—como ha descubierto Jiménez Navarro— que producirían al artesano cabezas de ganado o trigo. Técnicamente la revolución campesina, aparte influjos extrahispánicos evidentes, revela, con la generalización del empleo de los diversos inventos, una capacidad social de asimilación notables: en ella caben la agricultura y sus problemas, la ganadería o la forma mixta campesina que es la difundida en la Península, la cerámica, el pulimento de la piedra, los tejidos, la arquitectura—de la cabaña semienterrada a la construcción en piedra—, la carpintería. El desarrollo de estos inventos se plenificará en la sociedad metalúrgica, pero ya son visibles ahora sus efectos: el trabajo no sólo resuelve la subsistencia, sino que permite actividades secundarias—adornos, monumentos funerarios, inicio de la vida urbana, etc.—, y sobre todo hace posible, con la obtención de alimentos de sobra para la sociedad, el auge comercial y fomenta en la sociedad misma, un ritmo creciente en cuanto al número de sus individuos.

Por ello, entre los metalúrgicos, las técnicas, a más del perfeccionamiento de las dichas, se enriquecen con saberes acerca de la maleabilidad del cobre—el oro lo usaron sus antecesores— y, sobre todo, la fusión, que permite, en bronce, cuando hay estaño, una infinita variedad para las armas y adornos primero—señal de escasez—y para herramientas luego, que se fabrican en serie, con moldes.

Con el conocimiento del hierro—más abundante—las herramientas se abaratan, pues son más comunes, y las posibilidades de trabajo también (18). Análogo proceso mejora la carpintería, enriquecida por múltiples herramientas secundarias: cinceles, escoplos, hachas, punzones, cepillos al fin. Con ambos progresos—y la difusión, pues no es invento español—es posible la generalización de la rueda que, combinada con el ganado—ya uncido al

(18) No se subestime, sin embargo, el potencial de una sociedad en la Edad del Bronce: en Egipto, canalizaciones y pirámides fueron hechas con herramientas de bronce y piedra pulimentada; en España, los monumentos megalíticos y los baleáricos.

yugo del arado—, acrece tanto la potencia de la sociedad. Y con la rueda de tracción sus aplicaciones, más o menos directas, el torno de alfarero y el molino de rotación que llegaron más tarde a la Península.

Esta sociedad —Neolítico-Metalúrgica— que técnicamente se ha mantenido casi invariable hasta el maquinismo decimonónico, tenía necesariamente una división de trabajos casi completa. Sin llegar a Hesiodo, lamentando la crisis social de su época, en que el ceramista compite con el ceramista, sin descender a la enumeración de oficios, —apuntados por las técnicas, es indiscutible ya— la justificación arqueológica es obvia— la existencia de cazadores y recolectores, de campesinos, de artesanos, de comerciantes, de jefes y quizás de sacerdotes. Especular sobre el entusiasmo social o la coacción estatal que revelan la impresionante Cueva de Menga o los monumentos baleáricos sería inoportuno.

El potencial de trabajo de esta sociedad hispánica, que llega hasta el primer milenio, permite evidentemente una superproducción de bienes, que si por una parte revela una vida social mejor, más segura y con posibilidades de aumento de población, por otra, dado el tránsito cultural mediterráneo, las thalasocracias orientales y el auge potencial de los imperios cartaginés y romano, invitaba a las apetencias territoriales, cuya más perfecta realización fue la romanización.

La agricultura cambió el rumbo de la Cultura que la metalurgia completó. Por ello los antiguos persas cantaban en sus libros sagrados, como hemos recogido en otra parte:

- ¡ Cuando el grano crece, los demonios silban !
- ¡ Cuando las yemas brotan, los demonios tosen !
- ¡ Cuando los tallos se alzan, los demonios lloran !
- ¡ Cuando granan copiosas las espigas, los demonios huyen !

IV

PRIMERAS SOCIEDADES URBANAS

Los pueblos del Bronce Mediterráneo constituyen el urbanismo inicial de nuestra historia, pero sólo en la edad del hierro se alcanza el verdadero urbanismo como organización social perdurable.

Los pueblos hispánicos, del s. v, a fines del III a. C., en que llegan a España los romanos, se configuran históricamente bajo la denominación de celtas e iberos, según los textos y la arqueología. En dicho período la situación del Mediterráneo y de Europa tiene, por encima de los detalles locales y de problemas intrincados, un esquema definido que revela la tradición de hegemonías históricas desde el Oriente próximo todavía con los Persas, a Grecia y luego a Roma. Sin necesidad de detenernos en el rumbo histórico de la Hélade clásica hasta la expansión de Alejandro; sin recordar el vasto proceso integrador de Roma hasta la unificación de Italia y el inicio de su expansión imperial con la República, nos conviene retener el hervor político y cultural de otros pueblos por los rumbos mediterráneos, como los fenicios, en competencia con los colonizadores griegos; como los cartagineses, rivales de Roma ya en el Mediterráneo Occidental; como los etruscos, de intensa vida cultural y de relación, con doble frente contra los celtas y Roma.

Mientras, al norte de este agitado mundo greco-latino y de rivalidades talasocráticas hay una extensa zona de pueblos viviendo una cultura urbana de segundo grado, diríamos, en plena edad del hierro, que la arqueología distingue con los nombres de Hallstatt y La Tène. Este mundo, céltico en general, engloba distintos pueblos con o sin nombre y con menos pureza étnica a mi entender de lo que se significa a menudo, pues las viejas etnias del Bronce europeo afloran culturalmente y no hay forma de aniquilarlas

totalmente. Con una absoluta falta de unidad política como señala Jacobsthal —¿era posible otra cosa si se piensa en las raíces, en las etnias, en el estado cultural?— una multitud incontable de tribus que seguiremos llamando “célticas” se extiende desde el Atlántico al Mar Negro. Al norte, donde comienza a llegar el impacto de la metalurgia del hierro, quedan sociedades —bastante densas— perviviendo en una fase de Bronce tardío en Inglaterra, llanura Norte de Europa y Escandinavia.

La movilidad extraordinaria del pueblo céltico muestra el permanente cambio de asiento de las tribus —unidades políticas, económicas y en cierto modo culturales—, lo que si por una parte nos indica vitalidad y población bastantes para extenderse de Gibraltar a Bélgica y de esta línea atlántica al mar de Azof y Negro, por otra nos aconseja una consideración moderada acerca de la masa de cada tribu en movimiento y de la tierra que exige su vida económica (triguera y pastoril) una vez asentada en algún lugar.

Sobre los pueblos de la edad del bronce se deslizan sin grandes contratiempos al parecer, puesto que no hay que olvidar que la segunda edad del bronce no es totalmente aniquilada por Hallstatt, arqueológicamente hablando, sino intensificada y paulatinamente enriquecida, evolucionada y cambiada por la adopción del hierro y sus consecuencias bélicas y económicas. Para llegar a las tierras del Bronce tardío nórdico —ya después del 500 a. J. C.— la cultura del hierro ha tenido que madurar siglos en Centro-Europa y densificarse su población —signo de bienestar— y tener hambre de nuevas tierras.

Con el mundo clásico los contactos no podían tener iguales características. La fusión o estratificación como señores con sociedades inferiores culturalmente, no es posible con otras superiores, salvo si están muy en decadencia. Por eso el establecimiento en la Galia Cisalpina hubo de abandonarse por los galos célticos frente al poderío ascendente de Roma. Pero el contacto directo, de consecuencias culturales —en la génesis del estilo La Tène: proto La Tène, de Jacobstahl— se asegura con esta sociedad céltica viviendo en la llanura del Po, junto a los etruscos, cuando hacia el 400 a. J. C., según Polibio, habiendo llegado hasta Roma, fueron rechazados. En la península balcánica, mediante un contacto de *limes* con los pueblos helénicos o helinizados, si bien es de notar el envío de una embajada de los celtas cisalpinos a Alejandro, cuando estaba en el bajo Danubio combatiendo a los tracios, y sabemos que en los monetarios preboios circularon también monedas de la serie Alejandro-Hércules.

1. LOS CELTAS HISPÁNICOS

La llegada de los celtas con hierro a la Península no parece que pueda llevarse más allá del s. VII, sin hallar ya pueblos con la cultura del Bronce Atlántico, esto es, de la segunda fase de este período, en el que, como reacción europea frente a los influjos del Bronce mediterráneo, se nota arqueológicamente una progresiva arribada de corrientes culturales procedentes de Europa occidental, primero, y Central, luego. Tal horizonte cultural europeo se establece sobre el Bronce mediterráneo español como capa étnica, al fin, de gentes oscuras englobadas con la denominación de protoceltas, empujados por la vitalidad ascendente de los metalúrgicos del hierro.

De ahí que el europeísmo de tales gentes haya que considerarlo como un fecundo fermento para el influjo hallstático que llega en el s. VII, con retraso respecto al Hierro I europeo, como nos parece natural si se entiende el proceso de difusión. Al N. de Europa e Inglaterra, como hemos visto, llega en el s. V.

Dado el ámbito de expansión de los celtas, las posibilidades de su estado cultural y la misma geografía hispánica, los s. VII, VI y parte del V no nos parecen tiempo excesivo—antes escaso—para llegar a teñir—no a suplantarlo—la etnia indígena de la Península, aunque la extensión de su cultura pueda ser más extensa y profunda.

Naturalmente, el fluir de pueblos célticos no sería en gran cantidad, ni continuo, y lo prueba el carácter propio—posthallstático se ha llegado a decir—de gran parte del hierro español hasta la romanización.

Pero durante el s. V la mayor parte de la Península—dejemos un ligero análisis del celtismo para luego—está habitada por una sociedad céltica, en la que, a base de textos y arqueología y con diferencias notables, se ha intentado una división de áreas culturales y se anuncian más divisiones como resultado de la investigación. Naturalmente, con ciega fe, en cuanto conviene a los textos clásicos, que no son suficientes ni totalmente fidedignos por superficiales, o con un arqueologismo excesivo que deslinde culturas a base de las vainas de puñal o los roleos de una vasija, podremos multiplicar los grupos culturales célticos. Pero a nuestro actual ensayo le basta una consideración más sintética, en la que las variaciones regionales y aun locales deben cargarse en la cuenta de España, de su multiforme geografía, actuante aún hoy, y mucho más en la edad antigua, en que los aislamientos sociales afectaban más directamente al interno desarrollo de las tradiciones culturales.

Por ello nos es suficiente el concepto *celta* para comprender a toda la sociedad con metalurgia de hierro, que habita tanto en la España central, con sus mesetas y serranías, como en las estribaciones cantábricas o en las tierras litorales lusitanas. Netamente diferenciada, en parte, de su cultura queda la tierra andaluza y litoral levantina, donde el Bronce Atlántico fue escaso sobre el rico Bronce Mediterráneo II, cuya masa de población siguió como básica.

La sociedad céltica, modelada con variaciones, como es natural, por la geografía, por influjos culturales, nuevas gentes célticas, creaciones originales, etcétera, que llega hasta la romanización, tiene una base—vivas la caza y la recolección—dominantemente pastoril y ganadera—de toros, caballos, ovejas y cabras—y una agricultura triguera entre zonas de bosque, que más que su propia tradición es la intensificación con el arado de hierro y la tracción animal de la agricultura del Bronce, fundamentalmente de origen mediterráneo como sabemos. El que las rejas de arado halladas sean de tipo L. T. tardío, nos indica la mayor movilidad de los grupos célticos por ser más pastoriles, y tal vez su expulsión a causa de la invasión de sus tierras ultrapirenaicas por la agricultura al aumentar la población céltica. La especialización triguera de los vacceos—aparte su característica sociología—debe tener mucho que ver con la Tierra de Campos y la ausencia de pastos; el belicismo o no de vacceos y sus vecinos lo mismo puede ser consiguiente al modo y lugar de la vida que antecedente para su elección.

La industria siderúrgica, tan notable respecto a las armas, viene a explicar las técnicas y abundancia de joyas de plata y oro. La perduración del bronce y la tosquedad de las producciones artísticas respecto a lo centro-europeo debe advertir algo respecto a la potencia cultural del celtismo hispánico.

Entre los celtas hubo—y así lo recogen los textos: *urbes, vici, castella*—una vida urbana de diversa categoría, pero siempre en lugares estratégicos y con poderosas fortificaciones. Su permanente estado de guerra tribal obliga a que los castros sean, por una parte, de habitación, y de otra, recinto de refugio para los rebaños.

Reyes y nobles, asambleas políticas, vida caballeresca, soldurios, pastores, campesinos (caza y recolección todavía), amor a la guerra, sobre todo a caballo, razias y desafíos personales y hasta las ideas religiosas mismas nos indican una sociedad de tipo señorial cuyas élites de guerreros debieron dominar y hasta fundirse sobre las viejas etnias peninsulares.

Un análisis monográfico sobre un rico conjunto de plata céltica me ha revelado para la vida céltica —por lo menos en lo cultural de la orfebrería de los siglos III y II— los siguientes componentes:

- a) Del substrato céltico europeo propio del hallstático peninsular.
- b) Elementos de La Tène europea.
- c) Influjos de los pueblos colonizadores —púnicos, griegos y romanos— del litoral mediterráneo, y
- d) Influjo de la cultura litoral ibérica.

Un minúsculo fragmento de vasija de plata, con una decoración de palmetas de este mismo tesoro de la serranía de Guadalupe, cuyo helenismo era evidente, lo considera el profesor Jacobsthal —perdonad la cita, por su autoridad— tal vez pieza de importación, obra original griega datable hacia el año 400.

Para no conformarnos con este esquema del celtismo hispánico son necesarios muchos análisis monográficos, pero sin olvidar la complicación de los procesos culturales y el hervor del primer milenio que trajo y llevó tantos elementos y a tanta distancia como esta taza argéntea de Drièves.

2. LOS IBEROS

Sin apellido: sólo iberos. Su originalidad basta a su localización geográfica e histórica, a pesar de haber también en el sur de Francia.

Geográficamente puede localizarse la sociedad ibérica desde Andalucía a Marsella, con más o menos penetración hacia el interior. A pesar de su carácter litoral no fue pueblo marinero, pues sólo el arrastre militar de los imperios mediterráneos llevó soldados ibéricos por tierras lejanas, y cuando se habla de naves gaditanas —Horacio mismo— es de ciudades de costa en las que el iberismo es latente y el influjo ajeno máximo, y cuando hay, como en la cerámica de Liria, indicaciones marineras, parecen ser de marjales o albuferas, por las naves y la fauna que las ambienta.

El *habitat* de los iberos no se distingue gran cosa del escogido por los celtas: cabezos aislados, escarpados en gran parte de su contorno, de fácil defensa natural que la obra militar completa, proximidad de agua potable... Quien los analice superficialmente hallará gran diferencia entre las ciudades ibéricas y los castros, porque mientras aquéllas están a 3 ó 400 metros sobre el nivel del mar, éstos, los castros, rebasan casi siempre los 1.000 metros; pero los 1.200 metros de Monte Bernorio sobresalen sólo 300 metros sobre la llanura de la alta Palencia.

Las ciudades ibéricas no excluyen las aldeas o los fortines, ni la vida en el llano, en tiempos pacíficos. Indiscutiblemente San Miguel de Liria, arqueológicamente, revela una capitalidad que puede tener una vida tranquila merced a un cinturón defensivo de entidades menores, urbanas o estrictamente militares. Lo mismo cabe decir de Archena —de propósito me refirió a yacimientos directamente investigados por mí y no por simple visita—, en cuyas inmediaciones localizamos otros poblados, al parecer coetáneos, pues están por excavar. Y en cuanto a la densidad sería grande en núcleos, pero escaso el número de habitantes de cada recinto.

Las cuatrocientas ciudades dominadas por Catón, más que falsedad de Plutarco sería imprecisión de lengua para abultar la victoria. No es difícil por la zona montañosa entre Castellón, Valencia y Teruel visitar, en un trecho de cinco o seis kilómetros por línea de aire, cuatro yacimientos ibéricos sin *terra sigillata*, con dos o tres yacimientos romanos en el llano.

Esta sociedad ibérica —Andalucía, S. E., Valencia y Cataluña, incluídos por la similitud ergológica de los hallazgos— no puede considerarse como una unidad étnica, ni como un uniforme estallido cultural en un momento preciso. Estos aspectos —etnia y cronología— son, con el lenguaje, los puntos más controvertidos de la arqueología militante y en los que, a veces, la pasión substituye a la agudeza analítica o por lo menos a la atenta espera del hallazgo sugeridor.

La sociedad ibérica, tanto por los textos como por la investigación arqueológica, muestra una serie de tribus, viviendo en ciudades, cuya organización urbana y técnicas constructivas alcanza un grado elevado. Sus gentes viven de manera dominante de la ganadería y de la agricultura desarrolladas, sin que falte la pesca —mayor y marítima en el sur— y aun la caza, como deporte (recuérdense las escenas de Liria: a caballo o con lazos y redes) o como medio primitivo de vida, como señala para los montaraces indígenes Avieno. El desarrollo de sus industrias alcanza desde las joyas y armas a los vestidos, cerámica, atalajes, etcétera, revelando con las producciones de lujo el nivel económico alcanzado.

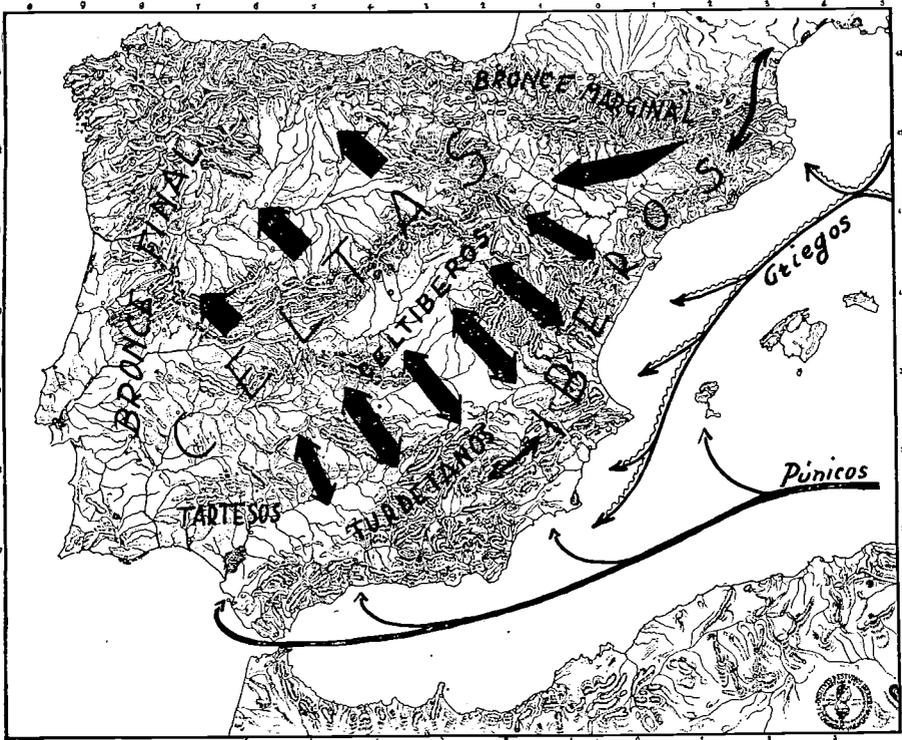
Socialmente, los iberos tuvieron reyezuelos y asambleas gobernantes, con aristocracias y una estratificación social considerable: sacerdotes y sacerdotisas, agricultores, pastores y artesanos libres y esclavos. La unidad política era tan imposible por el orgullo tribal que indica Estrabón, como entre los celtas. Aquellas monarquías míticas de Tartessos en épocas anteriores no tienen reflejo alguno ni como ambición de cualquier príncipe aventurero: lo que hubiera tenido de realidad estaba muerto.

Personalidad ibérica especial tiene la animología, con desarrollo único en un pueblo de los considerados proto-históricos. La pintura en vasos espera el estudio de temas, estilos y épocas más allá de lo puramente arqueológico y otro tanto cabe decir de la escultura. En cuanto a la arquitectura llega al parangón con creaciones del Mediterráneo clásico. La música y la danza, tan documentadas por la pintura y los textos, revelan una sociedad muy evolucionada. La escritura y la lengua, uno de los más apasionantes misterios de nuestro pasado, completan el panorama cultural de este pueblo con templos, jerarquías sacerdotales, ritos, etcétera. En todos los aspectos hay vestigios ancestrales, originales creaciones, elaboraciones regionales y aun locales, influjos de todos los pueblos históricos mediterráneos. Mientras no se tengan en cuenta estas posibilidades genéticas de la cultura ibérica, y aun con ellas, la claridad no se hará inmediata.

En todo lo que hemos visto como ámbito ibérico se van señalando, y aún surgirán más, elementos célticos de su cultura. Otros muchos son fenicios, griegos, cartagineses y aun romanos, pero todos más o menos —alguno tanto o más que en España— estuvieron en contacto con pueblos célticos, en los Balcanes, en Italia, en Francia, en España misma, y la resultante no han sido fenómenos paralelos al iberismo. Llamar preiberos a los agricultores almerienses es excesivo por otra parte: es posible que un sentido “sanguíneo” de la cultura exigiese hacer participar de ese preiberismo, por lo menos, a los campesinos hispanomaauritanos y a los ibero-saharianos también, desde el año 3.000 a. J. C.

De manera evidente, la cultura ibérica es La Tène y, por tanto, incluso en la faja suburbial del mundo clásico a que aludimos. Étnicamente la base del iberismo no puede ser céltica, pues las invasiones no debieron ser tan abundantes en gentes, y los hallazgos hallstáticos, aun existiendo, son tan escasos —y la zona no es de las menos exploradas— que no hacen previsible un crecimiento de población tal desde el 600 al 400 a. J. C. en números redondos. Ahora bien, unidos elementos célticos a una masa indígena —agricultura y con bronce tardío— a otra de colonizadores y a una dilatada vida ibérica, aún con los romanos, sería posible explicar la densidad y cultura resultantes. Aludidas unas fechas, no cabe pensar sólo en fecha baja, con atisbos lentos y eclosión repentina. Del 500 al 400 se gestaría la cultura ibérica en nuestro país, enriqueciéndose luego con influjos de La Tène. La prioridad o no de las estaciones meridionales francesas no impide considerar toda el área como centro originario del que irradiarán influjos: el problema celtibérico es un

bizantinismo análogo al de la negativa a ver el componente céltico de lo ibérico. El componente ibérico cultural sobre pueblos celtas es el celtiberismo, a pesar de lo que dice Marcial en el s. I.



Que el apogeo ibérico no es tan bajo y que el estudio de su cronología aconseja una revisión a fondo, nos lo indica, para no acumular más datos, el indudable hallazgo en las mismas habitaciones de Archena (con estrato tan intacto que en una de ellas hallamos el ánfora con vino), de uno de los más bellos fragmentos de cerámica con un guerrero a caballo y unos vasos enteros que Beazley ha situado a comienzos del s. IV. En una joya como la de Drieves es más posible la perduración secular que en una pieza de barro de uso cotidiano.

RAÍCES Y VUELO DE NUESTRA HISTORIA PRIMITIVA

Historiar las etapas primitivas de una nación supone, como hemos visto, una serie ingente de problemas que no terminan, ni con mucho, una vez establecido el armazón arqueológico, de formas, secuencia cronológica y distribución espacial. Pero el abandono de la objetividad de los materiales cobra un interés sugestivo excepcional cuando se aspira a trazar las raíces de nuestras fases culturales y cuando, con orgullo legítimo, se requiere definir la aportación hispánica a las culturas de otros ámbitos.

Esta ambición —raíces y vuelo de nuestra Historia Primitiva— merecería tratamiento extenso y más documentado. Ahora sólo queremos aludir a los principios generales para su adecuado estudio, todavía por hacer, y a dos ejemplos, los iberos y la lengua a lo largo del tiempo, sin el pormenor documental que exigirían muchos de los asertos.

1. GENTES Y CULTURAS

Durante los milenios de la historia primitiva hay sobre el solar de nuestro país una sucesión de gentes, cuyas culturas han llegado a nosotros de manera fragmentaria y oscura, a base de restos no perecederos. Si, como repetidamente hemos visto, no puede equipararse el concepto arqueológico de *cultura* con el étnico de *pueblo*, tampoco se debe olvidar que los pueblos no se han desplazado cada vez en masa, invadiendo nuestro país y sustituyendo totalmente a la población indígena, para establecer la nueva cultura o, mejor dicho, los nuevos modos culturales que la arqueología descubre.

Tenemos buenos ejemplos en nuestra historia escrita de casos de invasión étnica, como la romana del s. III a. C., la germánica del s. V, la islámica

del s. VIII, y de invasiones culturales como las de fenicios, griegos y cartagineses antes de nuestra Era; las medievales románica y gótica; la renacentista, la francesa del XVIII que culmina con la invasión bélica de Napoleón; la romántica, la industrial, etc... En ninguno de estos casos —y se trata de pueblos poderosos y culturas más complejas— hay sustitución de indigenismo hispánico, salvo en parte mínima, de mayor o menor amplitud. Siempre hay una adaptación de lo forastero a la idiosincrasia indígena y una adopción por los indígenas de los modos ajenos. Y, cuando el substrato hispánico no acaba sobreponiéndose a lo extraño, se configura una resultante hispano-romana, hispano-goda, hispano-islámica, etc., que revela la vitalidad de las gentes y culturas y lo complejo del proceso de aculturación, en el que hubo cada vez una minoría inicial de *afrancesados*, de grado o por fuerza, que acaba perdiendo el carácter infamante, como ocurre, en los casos citados, con Balbo, el amigo de César; con San Isidoro, el hispánico de Cartagena, o con Teodomiro el Godo, gobernador de Murcia bajo el Islam.

Si se llega a olvidar este principio histórico, deben recordarse las palabras de Beloch —*refinada lección de buen sentido que ha pasado desapercibida a dos generaciones de arqueólogos*, como señala PALLOTTINO (1955, 12)— al decir: “si no poseyésemos las fuentes históricas antiguas y estuviésemos obligados a juzgar de la historia romana, solamente a base de los testimonios de que disponen los paleontólogos, tendríamos que creer en una conquista de Roma y de Italia por parte de los griegos en el s. II a. C. y en una invasión de orientales portadores del rito funerario de la inhumación en el s. II después de Cristo, mientras la presencia de los bárbaros en Italia y el fin del Imperio occidental serían hechos inimaginables”.

Pero no tenemos más restos que los que perdonó el tiempo, Saturno de la arqueología, y el esfuerzo principal del historiador de tiempos primitivos ha de consistir en el descubrimiento de los procesos formativos de cada etapa cultural, cuando es insuficiente para explicarlas el elemental criterio de derivación histórica.

En nuestra historia primitiva hay todavía lagunas inmensas de documentación, pero hay posibilidad de afirmar el lugar de entrada de las distintas fases culturales y de especular sobre las masas étnicas.

Abierto desde el Cuaternario el estrecho de Gibraltar es difícil de admitir el paso, navegando desde África, de los Grandes Cazadores del Arqueolítico. Es indiscutible, en cambio, el origen transpirenaico de los Cazadores Mágicos del Paleolítico, puesto que, aun conociendo la navegación —como demuestra el hallazgo de arte cuaternario por GRAZIOSI (1956) en la isla de Levanzo—,

las industrias hispánicas de entonces no tiene paralelo en África, salvo restos solutrenses al otro lado del estrecho, que pueden ser más bien debidos al paso de hispánicos, como indica MARTÍNEZ SANTA-OLALLA. El fluir, desde Francia, de hordas pudo, aunque en número escaso, ser continuo, y su perduración en la Península grande, si bien no se llegó (ver pág. 78) a gran masa de población.

Por idénticas, aunque inversas, razones es evidente la llegada de industrias africanas (tardeno-capsiense) y de gentes (Muge, en Portugal), durante el Mesolítico, mientras hay azilienses de raíz magdaleniense y origen, tal vez, francés, y la original industria asturiense; por el norte de España, obra de indígenas sin ímpetu emigratorio, que se acomodan a una vida misérrima de recolectores de patelas y moluscos.

Durante el Neolítico es segura la llegada de gentes norteafricanas y del Mediterráneo oriental a las costas desde Almería a Alicante, más bien que por el estrecho, como hemos hallado en nuestras investigaciones. No extrañaríamos que exploraciones y trabajos de campo cuidadosos encontraran un día cerámicas de idéntica fábrica o comercio evidente de hachas o sílex a una y otra orilla del mar de Alborán. Un análisis, para probar este aserto, merecerían algunos de los fragmentos cerámicos que publica BALOUT (1955, *Préhistoire de l'Afrique du Nord*. Lám. LXXI) de las grutas de Noiseux y de Midi, en Orán. Del carácter marineró de la llegada, y quizás de la perduración del contacto en ambas direcciones, es prueba la riqueza de los yacimientos costeros y su progresivo empobrecimiento hacia el interior.

Evidencia análoga proporcionan los yacimientos del Bronce Mediterráneo, significando: *a*), su llegada por mar, desde Oriente, pues no hay hallazgos semejantes en tierras africanas ni europeas continentales; *b*), su carácter de metalurgos, explotadores de cobre y filones argentíferos, y la organización de un dominio armado sobre los indígenas campesinos, y *c*), su condición de portadores de nuevas formas funerarias, que califica Childe atinadamente de religión megalítica, como prueba su trascendencia ergológica, sociológica y espiritual. El auge cultural de España entonces permite la brillante fase expansiva que, en torno al 1700 a. C., lleva a Europa occidental nuestra cerámica campaniforme, nuestras armas de bronce, puñales y alabardas, nuestra arquitectura funeraria y, sin duda, las creencias que la exigían.

Extraña e indefinida es, en cambio, la fase del Bronce Atlántico, en cuya etapa I, y aún en la proto-atlántica de MAC WHITE (1948), son evidentes las conexiones tipológicas de la ergología, en el norte y oeste sobre todo de la Península, con los países de Europa occidental, desde los renanos a los atlánticos. De su escasa significación étnica es seguro indicio la falta de yacimien-

tos, el carácter mercantil evidente de sus escondrijos y hallazgos sueltos y la falta de conexión cultural con la etapa II del mismo Bronce Atlántico, en la que comienzan a encontrarse poblados o características centroeuropeas más acusadas, justificando bastante el apelativo de preceltas, aunque históricamente sea tan sólo cobertura aproximativa y simplificante de nuestra real ignorancia sobre la étnia de estas gentes.

El período no es más claro, sin embargo, en Europa central ni en el próximo Oriente mismo, a pesar de su documentación cuneiforme y jeroglífica, ya que engloba un agitado y confuso fluir de gentes con el nombre de *pueblos del mar*. Al otro lado de nuestro Mediterráneo, en efecto, la crisis que del 1200 al 1000 a. C., sufre la cultura del Bronce —cultura de tanto impulso que, en sus inicios, consigue las pirámides de Kufu, Kafra y Menkaura, y en su desarrollo la culminación de los imperios orientales— determina en Oriente el hundimiento del imperio Hitita, la guerra de Troya, las campañas de Ramsés III y el rápido declinar del mundo micénico, que, como PALLOTTINO (1955, 53) señala, quizás se apunta a través de la poesía épica con el ocaso trágico de los héroes homéricos y que en lo arqueológico se evidencia con la desaparición casi total de las cerámicas micénicas, aunque como tradición siguen produciéndose en fábricas locales itálicas durante mucho tiempo.

En España, desaparecido el contacto vivificante con las altas culturas orientales, debió perdurar una pobre vida rural, con metalurgia empecinada en viejas maneras mediterráneas, en la que los contactos superficiales del Bronce Atlántico I introdujeron algunos modos europeos. A esta masa indígena llegan, en torno al 900 a. C., nuevas corrientes culturales traídas por nuevas gentes: *a*), las *gentes de túmulos*, con sus espadas largas y escudos, cerámicas típicas que, en el fondo, son campaniformes de regreso a España, y calderos de bronce, empujados por el movimiento hacia occidente y el sur, de los celtas, y *b*), las gentes que incineran a sus muertos en urnas, vanguardia ya de las oleadas célticas.

Estos cambios no se pueden explicar por simple contacto cultural; hay que suponer una aportación étnica, de cuya parvedad numérica debe ser síntoma la escasez de yacimientos. Ahora bien, estos núcleos de guerreros europeos pueden haber coexistido y dominado comarcalmente a las gentes indígenas, iniciando su transformación cultural, que se plenificaría veinte generaciones después, al llegar los pueblos del Hierro. Sobre todo, al llegar los celtas en la II edad del hierro, el horizonte cultural de la Península cambia totalmente. La masa de estos pueblos debió ser bastante para poblar, con más intensidad, las mesetas centrales, boscosas entonces y más aptas

para la base económica, cerealista y ganadera, de estos jinetes con espadas de hierro. Mientras, por el sur y levante, nuevos contactos mediterráneos a través de los emporios colonizadores fecundarán a los núcleos indígenas menos celtizados.

Tenemos, pues, en este resumen étnico de nuestro país en tiempos primitivos unas aportaciones humanas de distinto volumen, cuya trascendencia se debe analizar en función del tiempo y de la cultura de cada fase. En esquema general, proceden de Europa, cruzando los pasos pirenaicos, los hombres que aportaron las culturas arqueológicas, paleolíticas, del Bronce Atlántico y del Hierro I y II Céltico. De origen africano, gentes mesolíticas y los primeros campesinos del Neolítico. Orientales llegaron durante el Neolítico y el Bronce Mediterráneo. Circunmediterráneos, los pueblos colonizadores, los cartagineses y los romanos. Y todos los recién llegados, salvo los arqueológicos, hallarían indígenas.

Masa de invasores, en relación con la población supuesta de España en cada momento (ver pág. 78), sólo cabe suponer para el Arqueológico, el Paleolítico y el Hierro II. Aportación sustancial para el Mesolítico, el Neolítico y el Bronce I. Grupos minoritarios con importancia cultural, en el Bronce Atlántico II y en la fase de las colonizaciones.

De la importancia de la población indígena merece destacarse: *a*), la de los cazadores mágicos (los auriñacienses que perduran hasta el fin del Paleolítico, especialmente en el litoral mediterráneo, los solutrenses y los magdalenienses), a quienes se debe, no sólo uno de los momentos cumbres de nuestra historia, sino tal vez la transmisión del sentimiento artístico y las técnicas de pintura y grabado en piedra a las tierras norteafricanas; *b*), la de los Campesinos iniciales, que, sin ser masa al llegar, se constituyeron como tal por la perfección de su cultura, aunque fuesen luego dominados por las minorías de aventureros, buscadores de bronce, procedentes del Oriente Mediterráneo, y *c*), la población resultante de la fusión de los anteriores —hispanoorientales, de vida campesina y metalurgia de bronce—, que llegaron a extenderse por toda la Península y son la verdadera base de nuestra étnia, dominados por una parte por los guerreros siderúrgicos europeos, y por otra, merced a distintos influjos, llegan a revitalizarse creando la cultura ibérica.

Aunque el celtismo hispánico tiene características propias —JACOBSTHAL, 1944, lo excluye de su monumental obra— culturalmente es una fase del

celtismo europeo. La cultura ibérica, en cambio, es un fenómeno privativo de nuestra historia —análogo a otros brotes periféricos en torno al mundo clásico— y merece mayor atención.

2. EL “CRECIENTE FÉRTIL HISPÁNICO”: LOS IBEROS

En España, la facies cultural ibérica tiene evidentes rasgos que la distinguen de la facies cultural céltica, constituyendo ambas, durante la segunda mitad del primer milenio antes de Cristo, la II edad del hierro hispánica. Los textos clásicos de historiadores y geógrafos, los hallazgos constantes y las excavaciones arqueológicas permiten trazar un cuadro de conjunto bastante completo de la Cultura Ibérica. Comienzan los problemas y las discrepancias cuando se trata de fijar: 1), la cronología de las distintas etapas; 2), la distribución geográfica y el contexto arqueológico de las distintas tribus nombradas por los clásicos; 3), la antropología física de los iberos, por el rito de incineración; 4), la lengua ibérica, y 5), sobre todo, el origen del pueblo o la cultura ibérica, que resume gran parte de los problemas anteriores.

A este último aspecto nos referiremos especialmente. El estudio de los otros y aun la síntesis general de los iberos (no hay todavía libro alguno de conjunto) constituye el fin principal del INSTITUTO DE ESTUDIOS IBÉRICOS Y ETNOLOGÍA VALENCIANA de la Institución Alfonso, *el Magnánimo* de Valencia.

Premisas de nuestra hipótesis son: *a*), que Raza no es igual a Cultura, ni Lengua es igual a Cultura, ni Restos Arqueológicos son iguales a Cultura; *b*), que las culturas pueden comenzar por una invasión y entonces el problema principal, tanto como aclarar el origen de los invasores, es estudiar el proceso de aculturación, y *c*), que las culturas pueden ser también la resultante de un largo proceso de formación.

La aceptación apriorística de la premisa *b*) por los más de los investigadores para explicar la cultura ibérica —que es válida, en cambio, aplicada a los celtas— ha llevado a buscar un origen africano, europeo o asiático para los iberos, rastreando indicios antropofísicos, referencias filológicas o comparaciones arqueológicas, etcétera. Todas estas opiniones tienen el defecto fundamental de que no pueden presentar en parte alguna una cultura identificable como Ibérica. Se impone, pues, con sentido histórico, buscar el origen de los iberos —como cultura o facies cultural de la Segunda edad del Hierro hispánica— en un proceso formativo, dentro de España mismo, con mayor

o menor amplitud cronológica, con mayor o menor aportación étnica de pueblos distintos.

De las más viejas raíces de la etnia ibérica, con agudo sentido sintético, escribe MENGHIN (1948), tratando de reconstruir la colonización de la cuenca del Mediterráneo, en los milenios IV y III, por los pueblos de Asia anterior. Aunque muchos aspectos de su fundamental estudio podrían ser discutidos, por su documentación, método y amplia visión histórica puede servir de base para el tiempo anterior a este de nuestro ensayo.

Los sistemas paleontológicos más trascendentes (BOSCH GIMPERA, 1932, y MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, 1946), tienen magistral base arqueológica, pero no precisión suficiente para servir de fundamento a la determinación del origen o para orientar a los filólogos en su búsqueda de substratos. Para esta fundamentación de la filología ibérica puede resultar particularmente esclarecedora la obra de LAVIOSA ZAMBOTTI, 1955.

Un avance de nuestro criterio (SAN VALERO APARISI, 1946) exponía los principios que postulaban el indigenismo de la cultura ibérica, que ahora justificamos con más precisión.

Desde el Estrecho de Gibraltar a las bocas del Ródano tienen las tierras mediterráneas una personalidad cultural distinta de las restantes peninsulares. En general, es una orla con rápido declive hacia el mar, con topografía agitada aunque no imponente, que contrasta con la Meseta, de grandes horizontes, cuya inclinación atlántica es moderada. La cantidad de comarcas mediterráneas es, por ello, crecida y su aislamiento mutuo se compensa por los caminos del mar, las vías fluviales o los pasos de montaña, que nunca son insalvables. El clima es benigno, sin fríos excesivos ni calor enervante, el cielo despejado y las lluvias escasas, seguramente algo mayores en tiempos prerromanos. La tierra, fértil, y la vegetación, mediterránea, muy variada.

Esta conjunción de rasgos geográficos supone una serie de posibilidades culturales que deben tenerse en cuenta para la comprensión de la etnohistoria de la cultura ibérica, de sus raíces y personalidad, desde el Paleolítico Superior, y, sobre todo, a partir de la Revolución campesina del Neolítico.

Las ciudades ibéricas están en montañas defendidas por sus escarpes o por la corriente de un río, de forma que su acceso fácil sea de fácil protección defensiva. La densidad de estos núcleos urbanos se aumenta por el gran número de entidades menores —aldeas, destacamentos militares, etc.—, aunque cualquier apreciación en este sentido precisa de muchas correcciones por trabajos de campo, pues no está establecida con seguridad suficiente la cronología de cada yacimiento y aun el mismo sedentarismo urbano debe apre-

ciarse en función del belicismo de estas gentes, cuyo régimen de Ciudad-Estado les lleva a un continuo guerrear como evidencian las fuentes de la romanización.

De los miles de yacimientos ibéricos sólo unos cientos han sido explorados y pocos de ellos han sido excavados científicamente. La cantidad de hallazgos es tal, sin embargo, que la ergología ibérica tiene bien conocida su tipología, y en líneas generales pueden distinguirse tres grandes regiones ibéricas: I. Al Norte, desde el Ebro a los Pirineos, con una extensión por la Provenza francesa, la facies ibérica más influida por los griegos y por el celtismo. II. Al Sur, comprendiendo Andalucía, hasta el Segura, otra facies ibérica más influida por la cultura púnica —fenicia y cartaginesa—, y, por mediación de ella, por el helenismo y otras corrientes orientales. III. Entre ambas, desde el río Segura al Ebro, la parte central del iberismo presenta la facies más pura y rica, con extensiones hacia el Bajo Aragón, Cuenca y Albacete, y más tarde hacia la Meseta, iberizando a los celtas y configurando el celtiberismo.

Los rasgos más antiguos, dando cronología a elementos aislados, pueden hallarse en el Sur, donde los fenicios iniciaron la colonización en el siglo XI, según la tradición, o en torno al 700 a. C., según la arqueología; o en el Norte (C. MILLÁN, 1952: De cronología de la cerámica pintada ibérica. Prioridad de la del Golfo de Lyon. *Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LVIII, 479 ss.) donde el influjo griego desde Massalia puede notarse del siglo VI en adelante. Pero el origen de una cultura no debe buscarse en un lugar, sino en un área geográfica, y una cultura no es una falcata, un gálibo o una decoración cerámica, sino un conjunto orgánico de artefactos, una sociología y una espiritualidad. Esta complejidad orgánica cristaliza en forma perfecta, dentro de lo ibérico, en la zona central antedicha, donde la densidad de poblados, la riqueza de sus hallazgos y la personalidad de sus rasgos es mayor. Cuando se citan yacimientos ibéricos típicos —Elche, Archena, El Cigarralejo, La Albufereta, Oliva, Liria, etc.— todos corresponden a esta zona central del Reino de Valencia y Murcia.

El proceso formativo de esta cultura cristaliza, pues, *especialmente* en el “Creciente Fértil Hispánico”, la zona comprendida entre los ríos Ebro y Segura, donde confluyen, entre otros componentes que veremos, las corrientes púnicas y helénicas por doble vía: una, la terrestre, a través de los indígenas de las zonas norte y sur; otra, la marítima, por contacto directo con los púnicos que, desde Ibiza y Cartagena, llegan a Alicante, y con los griegos

que, desde Marsella, fundan también colonias en Villarreal, Sagunto, Heme-roscopion, Alicante, etcétera.

Cronológicamente el proceso de formación es también dilatado, aunque no tanto que no pueda verse la conexión humana, ya que se desarrolló durante unas 36 generaciones. Las más viejas manifestaciones, ya propiamente ibéricas, no pueden buscarse más allá del siglo vi en que se hace patente en la costa mediterránea el influjo de la edad primera del Hierro de origen europeo, y de los navegantes fenicios. Este doble influjo se ejerce sobre una población —raíz inmediata— que vive en aldeas fortificadas, en las que perdura, desde 1.400 a. C., una tradición señorial oriental, con metalurgia de Bronce, dominando a una masa rural de pastores y campesinos de viejo tronque egipcio y anatólico. Esta cultura del Bronce Mediterráneo, perfectamente adaptada al *habitat* mediterráneo, perdura veinte generaciones, habiendo recibido, desde 1.200 a. C., influjos culturales de la Segunda edad del Bronce, de origen europeo, que en el Levante español no llega a dominar como en el resto de la Península, y aun en ésta debió ser más bien, como vimos, un dominio de guerreros y traficantes que no aportación étnica fundamental.

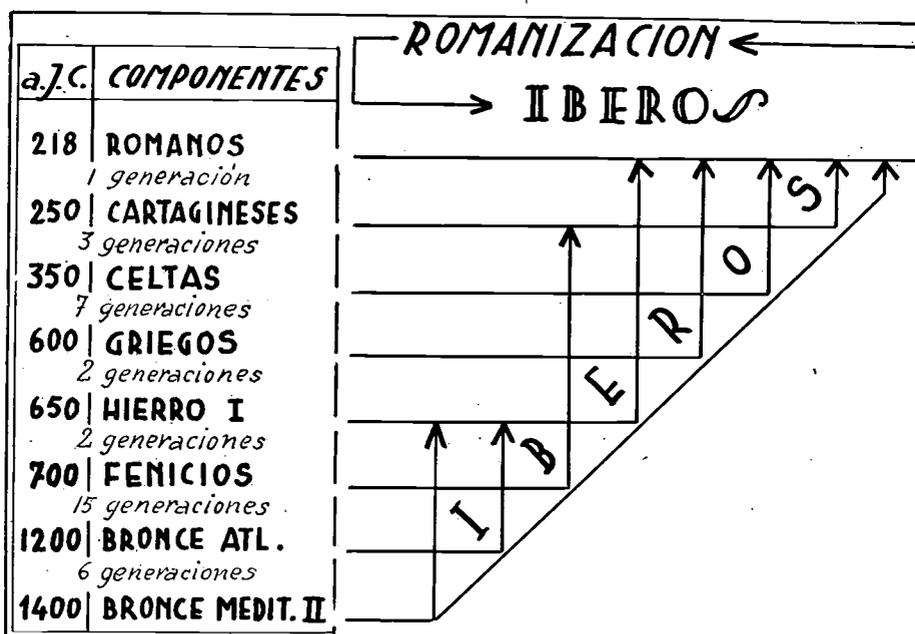
Desde el año 700 a. C. al 350 a. C., en que llega a su plenitud la Cultura Ibérica, transcurrieron unas doce generaciones. Durante este tiempo, la estabilizada población de la orla mediterránea hispánica, con una vida pastoril de cabras, carneros, bóvidos y cerdos; campesina de trigo, cebada, habas y bellotas, de núcleos dispersos, pero con algunas concentraciones preurbanas en torno a explotaciones metalíferas de cobre, plata y estaño, especialmente en el Sureste, recibe el contacto étnico y cultural de las thalasoocracias orientales en busca de metales y mercados, por mediación de los mercaderes púnicos y griegos, cuyas colonias son centros de difusión de nuevos modos y, por el interior de la Península, llega hasta la costa la nueva metalurgia del hierro, por contacto con los preceltas y celtas, cuya etnia tampoco debió influir decisivamente en las tierras mediterráneas que para ellos, siderúrgicos y ganaderos, no presentaban especial atracción.

Todas estas influencias, y, aun por ellas, otras —como la de los vénetos, que descubre LAVIOSA ZAMBOTTI, o la de los chipriotas a través de los púnicos o la circummediterránea aportada por los mercenarios ibéricos al servicio de distintos poderes, etc.—, no parecen representar en ningún caso aportación étnica sustancial que cambie la población de la España ibérica, ni aun quizá minorías dominantes, con carácter permanente. El iberismo aparece, pues, como una reacción cultural de la personalidad de las gentes mediterráneas,

cuya receptividad y originalidad se hacen patentes, en tiempos ya históricos, asimilando elementos cartagineses y romanos, en el siglo III.

No hay iberos en ninguna parte más que en la costa mediterránea española; el proceso que los constituye como cultura recoge múltiples raíces, pero el resultado no es fenicio, ni griego, ni cartaginés, ni celta, ni romano; el resultado es la Cultura Ibérica, la tradición de cuya originalidad y brillantez generalizó la denominación de "Península Ibérica" a la que los romanos llamaron "Hispanica", y que representa el urbanismo inicial de guerreros y siderúrgicos en la costa occidental del Mediterráneo.

La justificación textual y arqueológica sería excesiva aquí. Nuestra síntesis cronológica la muestra el cuadro adjunto.



FORMACIÓN DE LA CULTURA IBÉRICA

Treinta y seis generaciones y ocho corrientes culturales actuando sobre una masa de población de campesinos y pastores, con viejas raíces anatólicas y egipcias, regida por una tradición señorial oriental

3. LAS LENGUAS PRIMITIVAS HISPÁNICAS

Vamos a sintetizar, respecto a las lenguas habladas por los hispánicos primitivos, las consecuencias que se derivan de nuestro panorama. El intento no tiene pretensiones filológicas—es campo de ajena especialización—, pero culturalmente es necesario y, desde el punto de vista arqueohistórico, sigue las huellas de ensayos recientes como los de MENGHIN (1948), PALLOTTINO (1955), MAC WHITE (1955) y HENCKEN (1955).

Toda lengua es, en cierto modo, la síntesis de la cultura del pueblo que la habla, si bien no puede decirse qué lengua habló un pueblo antiguo iletrado por la forma de sus cráneos, vasijas o tumbas, ni por el conocimiento de una lengua puede describirse la totalidad de una cultura. Como expresa VENDRYES (1943: *El lenguaje*, Barcelona) no hay sólo dificultad de hecho, sino imposibilidad para establecer de principio la concordancia entre los resultados de los tres órdenes de investigación antropofísica, arqueológica y lingüística; pero admite la utilidad de una hipótesis directriz y en tal sentido van estas notas.

No es preciso advertir por extenso, ni con ejemplos, de los peligros de toda generalización ante los casos de lengua única para culturas distintas, de distintas lenguas con una misma cultura, de invasiones que imponen lengua nueva, de invasiones que adoptan la lengua del país invadido, de invasiones que implican un bilingüismo, permanente o pasajero, una fusión de vocabulario, de estructura o de fonética o una adaptación especial de la lengua ajena por los invasores o los invadidos, etcétera. Existen, además, vocabularios restringidos de grupo (oficios, clases o dogmas) que pueden introducirse sin necesidad de cambios étnicos o culturales y aún la interna variabilidad de cada lengua, que se transforma por sí misma, partiendo de los elementos existentes. Sólo nuestra historia nacional puede dar ejemplos de todos estos supuestos.

Para la historia primitiva hispánica cabe sentar unos principios partiendo de lo conocido: a) Al imponerse el latín, los hispanos hablan y escriben *ibérico*, con variaciones dialectales no determinadas, y hablan el *céltico*, con variantes también sin duda, como toponimia y onomástica prueban, además de gentes que hablan y escriben púnico y griego, y hay que suponer grupos indígenas que hablan otros dialectos no indoeuropeos y quizás dialectos indoeuropeos no célticos. b) La indoeuropeización lingüística de las gentes his-

pánicas debió realizarse a partir del Bronce atlántico. c) Los indígenas anteriores tenían una lengua no indoeuropea, y d) España tiene todavía vivo un resto no indoeuropeo en el Vasco.

Tenemos, pues, dejando aparte las edades de la Piedra Tallada, la base real de nuestra etnia, configurada del 3000 al 2000 a. C., como iniciadores culturalmente de la vida campesina y metalúrgica de aldeas, que por su origen norteafricano y oriental tendrían una lengua no indoeuropea. No debe ser muy diferente el caso de España del de Italia, donde se afirma la "inalterata continuità di caratteri razziali dal neolitico a i nostri giorni" y una progresiva y no absoluta indoeuropeización de los indígenas por establecimientos individuales o de pequeñas inmigraciones de forasteros con habla indoeuropea, ya que todavía en edad histórica había en muchas partes de Italia gentes que hablaban dialectos no indoeuropeos o sólo limitadamente transformados por influencia de éstos (PALLOTTINO, 1955, 10 ss.).

Sin penetrar en los entresijos de la historia y la filología de Asia anterior, conviene recoger las conclusiones a que llega MENGHIN (1948, 193), respecto a las migraciones elámica y lélega. La migración elámica se efectuó en cuatro etapas: la primera acaece antes del 3500 a. C. y lleva a los grupos étnicos de las mesetas del Irán hasta las montañas del oeste de Mesopotamia, y por el norte de Siria, al Mediterráneo. Recibieron, sin duda, influjos semítico en grado no determinable todavía, y las consecuencias culturales de este movimiento elámico pueden observarse hasta Palestina (*Gasuliense*) y Egipto (*Maadiense*).

La segunda etapa, poco antes del 3000 a. C., registra el avance de los elamios hasta Chipre y Grecia, tal vez a través de Asia Menor, donde no hay restos evidentes, pero se halla el nombre de los *elimios* y de allí pueden proceder los elementos káticos que, juntamente con el nombre de *elimios*, topónimos y cerámicas pintadas, testimonian la llegada de elamios a Grecia y Chipre.

En torno al 2500 a. C., en una tercera migración, mezclados probablemente con los káticos, desde el norte de Grecia llegan hasta el Danubio y hasta Italia meridional, según prueba MENGHIN con la cerámica Dimini de Tesalia, la pintada de Molfetta, etc., y a Sicilia, donde se halla el nombre de *elimios*, patrimonio lingüístico elámico y culturas con cerámica pintada. Y desde aquí van hacia Liguria, Hispania (hace años di a conocer cerámicas pintadas de una caverna del Mongó de Javea, relacionándolas con las de Sicilia y sur de Italia) y Aquitania, "Ello —afirma MENGHIN— se demuestra por la aparición de numerosos nombres de tribu asiánicos que conservan a

veces su valor gentilicio y otras sirven como topónimos, por muchas otras coincidencias de nombres, además por el carácter lingüístico del Ibérico, Aquitano y Vasco en lo referente a fonética y a la construcción del discurso, así como por las últimas irradiaciones de la cerámica pintada”.

Cuarta etapa de la migración elámica podría considerarse la migración de los hispanos del Bronce Mediterráneo hacia el 2000 a. C. (nuestro esquema rebaja esta expansión hasta el 1700), que lleva, con la cultura, sonidos hispanos a Sicilia, Cerdeña, Etruria, Adige y Ródano, Bretaña, Sena, Oise y Marne, Rin, Alto Danubio hasta Hungría, Sava, Vístula y Oder, y, sobre todo, a Inglaterra, cuyo viejo nombre *Albión* se explicaría por los *Albiones* del noroeste hispánico, así como éste por los abundantes topónimos en *Alba* del contorno mediterráneo, que no son de origen indoeuropeo.

La migración lélega, menos amplia pero decisiva para la época prehelénica de Grecia, tal vez determinó la tercera migración elámica al llegar a Creta y Grecia continental. Los eteocretenses de Homero—los cretenses de 1400 a 1200 a. C.—eran en esencia seguramente lélegos, influidos por los pelasgos en especial y por el substrato neolítico de la isla, de probable origen semítico.

Este panorama mediterráneo viene a corroborar, con elementos filológicos y abundante documentación histórica del Próximo Oriente, los acusados caracteres orientales que descubre la actual investigación arqueológica de nuestro país, en especial el Seminario de Historia Primitiva. Tal vez deba completarse tan magnífico ensayo sintético con trazos más relevantes para el influjo anatolio en Hispania, pues como señala MARTÍNEZ SANTA-OLALLA (1947, 151), el yacimiento de El Algar totaliza más sepulturas casi que Anatoria y el Egeo, a pesar de ser aquélla el hogar de este tipo de enterramientos en tinajas y cistas, y en la misma proporción de una cista por cada dos tinajas. Sería tal vez necesario investigar otros movimientos lélego-katianos, desde el Egeo, hacia 1500 a. C., para el surgimiento hacia 1400 de nuestro Bronce Mediterráneo II, tan orientalizable.

Por otra parte, anterior al influjo por Europa del grupo *elámico-hispánico* en el año 2000 (ó 1700 a. C., según nuestra cronología) debe destacarse para nuestro interés actual el proceso de neolitización de Europa occidental—ver nuestros estudios— que, desde el 2500 a. C., difunden la agricultura y la domesticación sobre las gentes mesolíticas de Francia, Suiza, Inglaterra, Alemania renana, llegando sus consecuencias hasta los Países Bajos y Escandinavos, como testimonian las cerámicas de relieves, incisas e impresas. Con esta difusión “precampaniforme” llegarían voces más abundantes todavía,

por la mayor revolución cultural que supone el neolítico, formando la lengua que MENGHIN mismo señala: los elámicos hallaron un substrato neolítico que era en toda la región europea occidental de procedencia africano-hamita.

La etnohistoria hispánica anterior a la indoeuropeización inicial —la plena será con la romanización— corrobora y completa, pues, las incitaciones del estudio de MENGHIN y exige —aparte de la perfección de los atisbos arqueológicos que se apuntan— atención de los filólogos: a), hacia las raíces hamíticas, norteafricanas y mediante egipcias de nuestro substrato lingüístico y su difusión hacia Europa occidental; b), de prosecución de la orientación sobre el patrimonio elámico, y, en general, asiánico; c), hacia las raíces anatólicas —¿lélego-katianos?— que la arqueología exige y con ellas otras cretenses, sicúlicas, etc.

La cronología de estos substratos —3000, 2000 y 1400 a. C., respectivamente— no creo que impida la perduración filológica si al primero se le adscribe la agricultura y domesticación de animales y la cerámica, al segundo la metalurgia, el megalitismo y los campaniformes, y al tercero el urbanismo inicial y, el comercio metalúrgico.

El segundo gran fenómeno lingüístico antes de la latinización es el de la indoeuropeización de Hispania. De acuerdo con TOVAR (1949), a quien sigue HENCKEN (1955), España oriental desde los Pirineos hacia el sur, es lingüísticamente Ibérica, esto es, no indoeuropea. El sur es Tartésico; también lengua no indoeuropea. Campos de urnas y nombres célticos aparecen en esta área, pero sin volumen para evitar la absorción. Las partes central, norte y oeste de la Península se indoeuropeizaron como consecuencia de tres “invasiones” lingüísticas: 1), Pre-céltica o iliria; 2), Q-céltica o goidélica, y 3), P-céltica o galo-britónica. Hencken prefiere eliminar de la primera oleada el nombre de *iliria*, pues parece que los ilirios quedaron confinados a las costas balcánicas del Adriático, y duda del carácter céltico-goidélico de la segunda capa, que serían indoeuropeos no célticos del Hallstatt A y B, precediendo a los céltas del Hallstatt B y C.

Es obvia la complejidad de fenómenos que estas premisas presentan a la investigación de nuestra paleolingüística. Todo intento simplista de reducción —Ibero = Vasco, Ibero = Céltico, Vasco = Céltico, Ibero = Bereber, Ibero = Etrusco, Ibero = Caucásico, etc.— parece condenado al fracaso y, lo que es peor, a la esterilidad. Cumplido servicio puede rendir la etnohistoria si, apoyada en una arqueología cada vez más exigente, puede, como modestamente postula MENGHIN, señalar unos puntos de vista generales que permitan colocar la indagación de los especialistas en un plano realmente moderno.

VI

ROMA, FIN Y PRINCIPIO

Los pueblos celta e ibero, a partir del 218, entran en contacto y reciben el influjo de la Sociedad Romana, alta cultura mediterránea gestada a lo largo de varios siglos. Tanto los iberos como, en menor grado, los celtas españoles, conocían la afeminación de ánimos que César señala en las Galias, como causa de una mayor o menor resistencia a los influjos ajenos y como preparación psicológica de sus gentes, por lo que hoy diríamos una quinta columna cultural.

Los pueblos litorales del Mediterráneo, de manera especial y directa, habían tenido antepasados, llegados tal vez por mar, desde el Neolítico o el Bronce, y tenían relaciones mercantiles más o menos intensas con las tierras del Mediterráneo oriental, intensificadas por los fenicios al sur y los griegos al este. Suceden a las metrópolis respectivas y evitan una tan prolongada navegación, imposible cuando piratas y nuevos poderes cortan el tránsito, los centros derivados que se habían creado en Occidente: Massalia al norte y Cartago al sur y el contacto con Hispania perdura, como prueban establecimientos costeros y hallazgos sueltos, indicios de intenso comercio al interior. (V. el mapa de Cuadernos de Historia Primitiva, V, 2, p. 119.)

Pero Cartago era un nuevo estilo político de dominio territorial, y los griegos—cuya convivencia con los iberos llegó a la fusión en muchos casos—tuvieron que entrar en la órbita romana, nuevo poder de estilo semejante al cartaginés, con el que se disputaba la supremacía marítima. Y como un episodio de las primeras, comienza la segunda guerra púnica.

La potencia imperial naciente de la República romana encuentra en España un natural campo de expansión y al par de la conquista—218 al 19 antes J. C., dos siglos cabales—, y después tiene lugar un episodio más del

vasto proceso de integración que, según Momsem, constituye la historia romana. Pero para nosotros, los españoles, es una etapa de transformación cultural que realmente merece más interés que la simple acción militar y política, aunque sea ésta el presupuesto necesario de aquélla.

Estudiados los aspectos externos de la acción política de Roma en la península hispánica, cabe señalar dos más comprensivos intentos recientes de CARO BAROJA (1946) y de SANCHEZ ALBORNOZ (1949), sin pretensiones finales ninguno de ellos, sino más bien como incitación de investigaciones y orientación futuras, cuyos estudios tienen carácter en cierto modo complementario. El primero se basa en el análisis de la vida rural y cotidiana, atendiendo con especial interés a los vestigios toponímicos y onomásticos. El segundo invocando la profunda, variada y dispersa investigación que exige el intento, la acomete—en principio—“si hemos de apartar para siempre la retórica y la pasión política del estudio trascendental de esa época decisiva del pasado español”. Por ello no intenta trazar el mapa de la romanización desde el desembarco de los Escipiones hasta las guerras cántabras, sino registrar los focos donde irradió, los factores que la produjeron, los cauces por los que se difundió y los métodos por los que tuvo lugar; es decir, el cuadro de los contactos humanos que contribuyeron a la adopción de las formas romanas de vida por Hispania.

Los abundantes textos históricos, las inscripciones, los materiales arqueológicos a completar con excavaciones no de mera recolección, las monedas, etcétera, forman un cúmulo tal de materiales que es relativamente fácil formar un cuerpo justificativo de los diversos aspectos del proceso cultural de la romanización, pero tal vez sea necesario la puesta en conjunto, por medio de monografías, de muchos de sus capítulos. Pero cabe aún, a lo que creo, añadir precisiones sobre la comprensión del fenómeno cultural, aunque como en mi caso y por necesidad ensaye más bien la teoría sin textos o materiales justificantes que, por su reiteración, son conocidos.

1. EL CHOQUE MILITAR

La Romanización arranca de un choque militar entre dos potencias extranjeras. De manera voluntaria, por coacción sobre las minorías dominantes en las ciudades o por enganche mercenario, muchos hispanos—iberos principalmente—combatieron en las filas de Cartago y también muy pronto en las de Roma.

Deshecho el poderío cartaginés, la fuerza expansiva romana se dispara contra Hispania, y aunque desde antes de iniciarse la dominación de las gentes hispánicas—esto es, el choque militar—había comenzado la romanización con el contacto cultural de los iberos y celtíberos del norte del Ebro y luego otros, durante los años de lucha con los Bárquidas. Al atacar los romanos las resistencias a su poder, la acción cultural adquiere un doble carácter. O triple: porque de una parte hay la fácil adhesión de reyezuelos y minorías y masa al vencedor con la imitación voluntaria de sus maneras de vivir; de otra, la reacción bélica adversa de los rebeldes—que no faltan desde el inicio—y su mismo guerrear, que no obsta, sin embargo, a la contaminación cultural, sobre todo en medios bélicos, ergología y aun organización, y, por último, la acción política pacificadora en unos casos, de atracción espiritual en otros, que inicia Roma. Aliados, mercenarios, rehenes y enemigos tuvo Roma en Hispania desde el 218 mismo, según cuenta Tito Livio.

El choque militar tiene unas etapas definidas y unos momentos destacados. Pero vale la pena resaltar cómo durante la fase primera de la conquista hasta 197 a. J. C., Roma parece asegurarse, no sólo el territorio ibérico, sino los valles del Ebro y Betis, que son como las cabezas de desembarco que protegen los puertos de Tarraco y Gades. Más que previsión militar—que en parte es estratégica y logística—parecen ya configurarse los dos más potentes centros secundarios de difusión. En veintiún años Roma había dominado la parte más productiva y poblada de la Península. Que tardara casi medio siglo en completar la línea que va del Algarbe a Navarra; que de esta línea al último límite adverso, el cántabro-astórico, transcurriese más de un siglo, no debe considerarse obra exclusiva de la resistencia celtibérica y céltica, sino de la necesaria demora en un cauto conquistador como el romano, al que acosan muy complejos problemas, como son: la organización, mantenimiento y acrecentamiento de los ejércitos; la atención de la obra de conquista, de la de guarnición y seguridad interior en la zona conquistada; la explotación económica de ésta; la organización política propia y la captación de los indígenas; la falta de número de hombres para ampliar su expansión y mantenerla; falta de interés hacia el interior, que descubría más pobre y más difícilmente penetrable.

Y aun antes de tratar de liquidar el último foco rebelde del noroeste, desde donde el *bellicosus Cantaber*, atacaba las sierras de autrigones, turmó-gidos y vacceos, el poder romano tuvo que demorar su marcha por la repercusión sertoriana de los problemas metropolitanos, que se continuarían con

las sangrientas luchas de César y los pompeyanos, cincuenta años después de las guerras de Viriato y Numancia (133 a. J. C.). Si fue la seguridad de sus zonas trigueras o el oro del Bierzo lo que impulsó a los romanos, importa menos que el hecho real de la madurez alcanzada por la romanización en casi toda la Península, a fines del s. I. Ya los Balbos pesaban en Roma y se anunciaba la voz latina, pero hispánica, de los Séneca, Lucano, Mela y otros.

2. ROMANIZACIÓN DE LAS CULTURAS HISPÁNICAS

Del contacto entre dos culturas la resultante no está prevista de acuerdo con las prescripciones de una o varias leyes, ni aun en el caso, que parece obvio, de un marcado desnivel entre ambas. Normal nos parece la conquista espiritual de los romanos vencedores por los vencidos griegos; normal también la captación de los hispanos a la superior cultura romana, pero hemos de buscar otras leyes cuando miramos la barbarización medieval del mundo de los Césares. Y es que los factores en juego son múltiples: el espacio en que se entabla el contacto, el tiempo que dura éste, las disposiciones étnicas, las condiciones de cada una de las culturas en contacto tanto en lo material, en lo social, como en lo espiritual, y aun la general configuración de cada conjunto cultural, como diría Ruth Benedict.

Roma aparece como punto neurálgico de la romanización, aunque en Hispania sean centros secundarios primero Tarraco y Gades, luego Hispalis, Caesar-Augusta, Cartago Nova y Mérida, y además de éstos, otros centros urbanos menores en torno a los cuales se asegura y fortalece la difusión de la romanidad. Pero si en visión de conjunto se ven los círculos concéntricos de la romanización sobre el diámetro Gades-Tarraco, en detalle hay multitud de círculos menores en torno a cada núcleo urbano, y pronto, rodeando a los muchos rurales, las villas rústicas, que si por una parte intensifican la explotación de las tierras hispánicas—*fundus*, latifundios, más que pequeña propiedad—, por otra sirven, por su desarrollo económico, pacíficamente, de aglutinante romanizador respecto a los indígenas aislados en zonas sin ciudades.

Pero junto a tales efectos sociales de lo que pudiéramos llamar la total urbanización de Hispania—las calzadas romanas hicieron urbe el orbe, puesto que hasta la última villa se sentía unida a Roma—, hay unos efectos directos sobre la misma geografía: ciudades nuevas, caminos y puentes de todos los tamaños—todavía quedan en uso en España dos mil construídos

por los romanos—, intensificación de cultivos, implantación de nuevos, prohibición de algunos (como las viñas, por la competencia a los vinicultores itálicos), roturación de montes, aprovechamiento de bosques, explotación de minas y puertos y canales de riego (en Valencia el sistema de acequias es en gran parte romano y no árabe). Esta ligera enumeración basta para advertir que la romanización cambió el paisaje hispano.

En cuanto a la población, la valoración demográfica de la romanización no permite creer exageradas las cifras dadas. Pero no ya en el número, sino en la propia composición de la sociedad hispánica, son notorios los efectos de la romanización. Naturalmente, los romanos comienzan siendo un ejército en acción, y en las zonas pacificadas una minoría dominante. Pero en aquél no todos eran orgullosos patricios, y pronto hubo también una masa de emigrantes de la ya superpoblada Italia que acabaron tomando esposa en la Península. Entre pueblos primitivos la defensa del conquistador es la endogamia: para la juridicidad romana el *jus connubii*. Pero siempre el Senado podía regular una situación de hecho como en el 171 a. J. C.—a los cuarenta y siete años del desembarco en Ampurias—: una legación hispánica de más de 4.000 hombres, que se decían hijos de legionarios y españolas, consiguió que se les declarase libertos y que se decretase el establecimiento de una colonia de derecho latino (Livio, XLIII) en Carteya, en la bahía de Algeciras.

Si esto pudo ser en el comienzo del s. II, piénsese lo difícil que sería delimitar etnias en el siglo de Jesucristo o bajo el imperio de Trajano y Adriano: el pueblo hispano-romano había sustituido a los contendientes.

El pueblo romano se había vaciado de tal modo en la expansión, que los provinciales cubrieron hasta el solio imperial. Hispania fue la primera, pero aun aquí, lejos del centro creador, a pesar del genio hispánico triunfante en Roma en literatura, en política, hay en la asimilación de la cultura romana una pérdida de sustancia, de algo adquirido y no creado, que da a nuestra romanidad un aire provincial. Si a esto—que es ley cultural—se une el primitivismo de las culturas hispánicas—en diversa gradación—y la diferente adhesión de los particulares grupos tribales al nuevo hecho romano, se complicará bastante el panorama de la romanización, pero se tendrá la posibilidad de comprender sus modalidades.

La romanización,—veáse el atinado libro de SERRA RAFOLS sobre la vida en España Romana—afecta a todos los aspectos de la cultura hispánica. En mayor o menor grado se advierte en la economía, en la habitación y su mobiliario, en los monumentos, en el indumento, en las industrias, en los transportes, en el comercio, en el armamento, etcétera. Familia, política y

guerra e instituciones acaban regidas por el derecho romano, aun conservando modalidades célticas o ibéricas. Las clases sociales, iguales también a las romanas en el s. I, mantuvieron siglos su trama céltica o ibérica, pues en general, como en las cosas del espíritu, no trataron los romanos de unificar sus provincias, pero su potencia difusora era tal que tan pronto como en Tarraco, las niñas de Albacete tenían muñecas articuladas a la romana.

Sin detenernos en más efectos de la romanización, y aun señalando la independencia, hoy demostrada a pesar de alguna opinión en retraso, de la etnia, la lengua y la cultura, en nuestro caso particular es plenamente cierta la afirmación de la profesora Laviosa Zambotti de que “el núcleo vencido, hay excepciones, acepta la lengua del invasor que es para él lengua de prestigio, modificándola según las propias actitudes fonéticas”. Estas actitudes en la España prerromana lo prueban el galaico-portugués, el bable, el castellano, el catalán y aun el aragonés, andaluz, valenciano y mallorquín, nacidos en el medievo de la misma raíz latina.

La Romanización tiene un proceso paralelo que no hay que descuidar: la hispanización de Roma. El pueblo romano, tópicamente calificado de práctico, no tuvo inconveniente en la integración cultural de elementos de cuantos pueblos entró en contacto. De Hispania, aparte las salazones, los asturcones o las bailarinas gaditanas—que son productos muy coloniales y aun folklóricos—, es rapidísima su aceptación de armas, trajes—el mismo Escipión ante Numancia—y hasta del lujo de los soldados célticos y sobre todo de la singular *devotio* ibérica y céltica que tanto admiró a los romanos.

Un último aspecto tiene la romanización desde este mirador cultural: ver sus resultados definitivos y su raigambre cuando acaece el fin del Imperio. Porque en un caso tal, y salvo el tiempo transcurrido o la intensidad de la romanización, no sólo parece que deban tomar fuerza nueva renacida, tenues hilos de las viejas y recubiertas sociedades céltica e ibérica, sino que, como en otras partes—Inglaterra, Suiza, Galia, etcétera—, renacen viejos impulsos culturales dormidos bajo el peso de la romanidad, pero no muertos. ¿No hay forma de recuperar el hilo histórico que enlace las vasijas ibéricas con producciones de Paterna o Manises? ¿No serán indigenismos muchos provincialismos de nuestra romanidad? ¿Es germánico o es indígena el celtismo de las miniaturas del Beato de Liébana que señaló Neuss o los que indicamos nosotros de San Pedro de la Nave o Quintanilla de las Viñas?

Pero más hondo todavía que estos aspectos culturales, como Hispania a Roma, Roma captó y amó a Hispania, pues con Plinio llegó a decir que

PERSPECTIVA ACTUAL DE LA HISTORIA PRIMITIVA DE ESPAÑA

“tras Italia, exceptuando las Indias fabulosas, colocaré yo a España, sobre todo su región litoral: aunque tiene partes áridas, en cambio, las partes productivas abundan en cereales, aceite, vino, caballos, metales de toda clase, como Galia; pero la supera España por el esparto de sus desiertos, por el espejuelo para vidrieras, por sus finas materias colorantes, por el ardor en el trabajo, por la habilidad de los siervos, por la dureza corpórea de los hombres y por la vehemencia del ánimo”.

GUIÓN BIBLIOGRÁFICO

Sin pretensión alguna incluimos esta lista en que se comprenden las Revistas o Series de más volumen en nuestro país y de más fácil acceso, así como una serie de obras y artículos. La bibliografía suplementaria, tan extensa ya que a veces resulta difícil, puede hallarse en las obras generales de Ballesteros o Menéndez Pidal, en las obras que citamos o en las secciones bibliográficas de las revistas. La cita de obras y artículos, no referentes a España directamente, está justificada por su orientación metodológica o histórica.

A) REVISTAS Y SERIES

- Acta Arqueológica Hispánica* (desde 1945; V ts.).
Actas de la I y II Asamblea Nacional de Comisarios de Excavaciones Arqueológicas. Madrid. (1952 y 1955, respectivamente.)
Actas de los Congresos Arqueológicos Nacionales (desde 1949).
Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria (tomos desde 1922; anual).
Ampurias. Barcelona (desde 1943; anual).
Anales del Centro de Cultura Valenciana (desde 1927; anual).
Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans (VI tomos desde 1915).
Archivò Español de Arte y Arqueologia (desde 1928; de Arqueología desde 1944).
Archivo de Prehistoria Levantina (V tomos desde 1928).
Boletín Arqueológico del Sureste Español (1946-1949).
Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura (desde 1919).
Cuadernos del Seminario de Historia Primitiva (desde 1946).
Disertaciones Matritenses del S. H. P. Madrid (desde 1949; 2 publicadas).
Estudios Ibéricos del Instituto de Estudios Ibéricos y Etnología Valenciana. Valencia (desde 1953).
Etnología Valenciana del Ideiev (desde 1954).
Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas (desde 1942; 28 tomos).
Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas (desde 1913).
Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades (luego del Tesoro Artístico) (136 tomos, desde 1912 a 1936).
Monografías del S. H. P. Madrid (desde 1952; publicadas, 2).
Notas del S. H. P. (desde 1947; publicadas, 4).
Noticario Arqueológico Hispánico de la Comisaría General de Excavaciones y Antigüedades (2 tomos, 1954 y 1955).
Zephirus. Salamanca (desde 1952).

B) LIBROS Y ARTÍCULOS

- ALCOBÉ, S.:
1954. *Guía para el estudio antropológico de las poblaciones prehistóricas de España*. Madrid.
- ALIMEN, H.:
1950. *Atlas de Prehistoire*. París.
1954. *Prehistoire de l'Afrique*. París.
- ALMAGRO BASCH, M.:
1951. *Ampurias*. Barcelona.
1954. *Las pinturas rupestres levantinas*. Madrid.
- AOBERG, N.:
1930-35. *Bronzezeitliche und früheisenzeitliche Chronologie*. 5 vol. Stockolmo.
- BALLESTER, J., y otros:
1954. *Corpus Vasorum de San Miguel de Liria*. Madrid.
- BANDI, H. G.:
1947. *Die Schweiz zur Rentierzeit*. Frauenfeld.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A.:
1954. *Las monedas hispánicas antiguas*. Madrid.
- BERNABÓ BREA, L.:
1946. *Gli scavi nella Caverna delle Arene Candide*. Parte I. *Gli strati con ceramiche*. Bordighera.
- BOSCH GIMPERA, P.:
1932. *Etnología de la Península Ibérica*. Barcelona.
1939. *Two Celtic Waves in Spain*. Londres.
1940. *The Types and Chronology of West European Beakers*, Man, XI.
1945. *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*. Méjico.
- BOULE, M.:
1946. *Les Hommes fossiles*. París (edic. completada por Vallois, H. V.).
- BREUIL, Henri.
1934-35. *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Iberique*. Lagny.
- CABRÉ, Juan:
1915. *El arte rupestre en España* (C. I. P. P. mem.^a 1). Madrid.
1943. *Corpus Vasorum de Azaila*. Madrid.
- CAMÓN AZNAR, J.:
1954. *Las artes y los pueblos de la España Primitiva*. Madrid.
- CARO BAROJA, J.:
1946. *Los pueblos de España*. Barcelona.
- CASTILLO YURRITA, A. del:
1954. *El vaso campaniforme*. Madrid.
- COON, C. S.
1939. *Races of Europe*. N. York.
- CHILDE, V. G.:
1947. *The Dawn of European Civilization*. 4.^a edit. Londres.
1953. *Changing methods and aims in prehistory. Proceeding of the Prehistoric Society*. Londres.
- DANIEL, G. E.:
1943. *The three ages, an essay on archaeological method*. Cambridge.
- DECHELETTE, J.:
1908-1909. *Essai sur la chonologie préhistorique de la Péninsule Iberique*. *Revue*

- Archeologique.*
 1924-27. *Manuel d'archeologie prehistorique, celtique et gallo-romaine.* 4 vols. París.
- DIEGO CUSCOY, L.:
 1954. *Paletnologia de las islas Canarias.* Madrid.
- EBERT, M.:
 1924-29. *Reallexikon der Vorgeschichte.* 15 vols. Berlín.
- FLETCHER VALLS, D.:
 1954. *La Edad del Hierro en el Levante español.* Madrid.
- FOX, C.:
 1944. *The Personality of Britain: Its influence on Inhabitant and Invader in Pre-historic and Early Historic Times* (3.^a edic.) Cardiff.
- GARCÍA BELLIDO, A.:
 1954.—*Las colonizaciones púnica y griega en la Península Ibérica.* Madrid.
- GOODWIN, A. J. H.:
 1953. Method in prehistory. *The South African Archeological Society.* El Cabo.
- GRAZIOSI, P.:
 1956. *L'arte dell'antica Etá della Pietra.* Florencia.
- HAWKES, CH. F.:
 1940. *Prehistoric foundations of Europe to the Mycenaean Age.* Londres.
 1951?
 1954. Archaeological theory and method: some suggestions from the Old World. *American Anthropologist.* Chicago.
- HENCKEN, H.
 1955. Indo-European Languages and Orcheology. *American Anthropologist.* Chicago.
- HERSKOVITS, M. J.:
 1951. *Man and his works.* Nueva York. (Hay traducción española: *El hombre y sus obras.* F. C. E. de Méjico.)
- HUNTINGTON:
 1948. *Las fuentes de la civilización.* Méjico.
- HUXLEY, J.:
 1953. *Man in the Modern World.* Nueva York.
- JACOBSTHAL, P.:
 1944. *Early Celtic Art.* Oxford.
- JORDÁ CERDÁ, F.:
 1954. *El arte rupestre cantábrico.* Madrid.
 1955. *El solutrense español.* Oviedo.
- KROEBER, A. L., y C. KLUCKHOHN:
 1952. *Culture, a critical review of concepts and definitions.* Cambridge (Mas., U. S. A.).
- KROEBER, A. L., y otros:
 1953. *Anthropology today.* Chicagó.
- LAVIOSA ZAMBOTTI, P.:
 1947. *Origni e diffusione della Civiltá.* Milán.
 1955. *España e Italia antes de los Romanos.* Madrid.
- LEISSNER, G. UND V.:
 1943. *Die Megalithgräber der iberischen Halbinsel. Ersten Teil. Der Süden.* Berlín.
- LEROI-GOURHAN, A.:
 1950. *Les fouilles préhistoriques.* París.
 1955. *Les Hommes de la Préhistoire. Les Chasseurs.* París.
- LEWINSOHN, Richard:
 1952. *Historia de los animales.* Buenos Aires.

- LINDNER, K.:
1941. *La Chasse préhistorique*. París. (Traducción del alemán).
- LÓPEZ CUEVILLAS, F.:
1954. *La Edad del Hierro en el Noroeste*. Madrid.
- MAC WHITE, E.:
1950. *El Bronce Atlántico*. Madrid.
1955. Problems of Irish archaeology and celtic philology. *Zeitschrift für celtische Philologie*, 25 Halle.
1956. On the interpretation of Archeological evidence in historical and sociological terms. *American Anthropologist*. Chicago.
- MALUQUER DE MOTES, J.:
1954. *La Edad de Hierro en la cuenca del Ebro y en la meseta central española*. Madrid.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J.:
1942. *Escondrijo de la edad del bronce atlántico en Huerta de Arriba (Burgos)*. (Amseap, XVII). Madrid.
1944. *El Sáhara español anteislámico*. Madrid.
1945. *Esquema paleontológico de la Península Hispánica* (2.ª edic.) Madrid.
1947. *Obras maestras hispánicas de la cerámica de estilo campaniforme*. (C. H. P., II, 2).
1948. *La fecha de la cerámica a la almiagra en el neolítico hispanomauritano*. (C. H. P., III, 2).
- MENGHIN, O.:
1931. *Weltgeschichte der Steinzeit*. Viena.
- MONTANDON, G.:
1934. *L'Ologénèse Culturelle*. París.
- MORGAN, J. Ce.:
1924. *L'Humanité préhistorique*. París. (Hay traducción española).
- MOVIUS, H. L.
1949. *Recent Publications mainly in Old World*.
1953. *Paleolithic Archaeology and Paleoanthropology* (Multicopias del Peabody Museum. Harvard-Mass. USA).
- OBERMAIER, Hugo:
1915. *El hombre fósil*. Madrid. (2.ª edic. 1924).
- ORTEGA Y GASSET, J.:
1948. *Obras completas*. Madrid.
- OTTO, W.:
1939. *Handbuch der Archaeologie*. Munich.
- PALOL SALELLAS, P.:
1954. *Arqueología paleocristiana y visigoda*. Madrid.
- PALLOTINO, M.:
1955. *Le origini storiche dei popoli italici*. Roma.
- PATTERSON, T. T.:
1945. Core, culture and complex in the old stone age. *Proceedings of the Prehistoric Society*. Londres.
- PERICOT GARCÍA, L.:
1942. *Historia de España. I, España primitiva y romana*. Barcelona.
1942, b). *La Cueva del Parpalló (Gandia, Valencia)*. Madrid.
1950. *La España primitiva*. Barcelona.
1954. *El Paleolítico y Epipaleolítico en España*. Madrid.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, J.:
1949. La romanización de Hispania. *Anales de Historia Antigua y Medieval*. Buenos Aires.

- SAN VALERO APARISI, J.:
1946. *El Neolítico español y sus relaciones*. Esquema de una tesis doctoral. (C. H. P. I., 1).
- 1946 b. Consideraciones Metodológicas. *Crónica del II Congreso del Sureste*. Albacete.
- 1946 c. Archena ibérica. *Ibidem*.
1948. *La Península Hispánica en el mundo neolítico*. (Notas, núm. 3 del S. H. P.)
- 1948 b. *La mortalidad en la Prehistoria*. Oporto.
1949. Sobre ourivesaria do Ferro céltico hispánico. (*Revista de Guimaraes*, 1-2, p. 1-38, de Madrid.)
1950. *La Cueva de la Sarsa (Bocairente, Valencia)*. Valencia.
1954. *El origen de la agricultura y la cerámica valenciana*. (E. V. 1: IDEIEV). Valencia.
- 1954 b. Notas sobre la investigación arqueológica. *PSANA*, 4. Zaragoza.
- 1954 c. *El Neolítico hispánico*. Madrid.
1955. *El Neolítico Europeo y sus raíces*. ("Anales de la Universidad". Valencia.)
- SAUTER, M.:
1948. *Préhistoire de le Méditerranée*. París.
- SERRA RAFOLS, J. de C.:
1944. *La vida en España en la época romana*. Barcelona.
1950. *Monumentos romanos de España*. Barcelona.
1954. *La Hispania romana*. Madrid.
- TARRADELL, M.:
1954. *Las actividades arqueológicas en el Protectorado español de Marruecos*. Madrid.
- THEVENIN, René:
1947. *Origine des animaux domestiques*. París.
- TOYNBEE, A.:
1951. *Estudio de la Historia* (6 tomos). Buenos Aires.
- VILASECA, S.:
1945. *El Poblado y necrópolis prehistórica de Molá (Tarragona)* (A. A. H.). Madrid.
1953. *Coll del Moro. Yacimiento posthallstático*. (E. I. 1, del Ideiev, de Valencia).
- VIVES, A.:
- 1926: *La moneda hispánica*. Madrid.
- VOUGA, P.:
1934. *Le néolithique lacustre ancien*. Neuchâtel.
- ZEUNER, F.:
1946. *Dating the past, an introduction to geochronology*. Londres.

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
PREÁMBULO	9
DE LA HISTORIA PRIMITIVA	13
I. EL ESTUDIO DE LA HISTORIA PRIMITIVA	15
1. LAS ETAPAS DEL PASADO	15
A. <i>Primera etapa</i>	16
B. <i>Segunda etapa</i>	17
C. <i>Tercera etapa</i>	20
2. EL PRESENTE	23
3. EL FUTURO Y SUS EXIGENCIAS	24
A. <i>Concepto de Cultura en Historia Primitiva</i>	26
B. <i>El estudio de un yacimiento arqueohistórico</i>	28
C. <i>Interpretación de los documentos</i>	33
II. PERIODIZACIÓN Y CRONOLOGÍA DE LA HISTORIA PRIMITIVA DE ESPAÑA	41
1. LOS PERÍODOS DE LA HISTORIA PRIMITIVA	42
A. <i>Advertencia teórica</i>	42
B. <i>Intentos sistemáticos</i>	43
2. LA CRONOLOGÍA	53
A. <i>Cronología relativa</i>	53
B. <i>Cronología absoluta</i>	62
III. PUEBLOS PRIMITIVOS HISPÁNICOS	73
1. ETNIA PRIMITIVA	74
2. "HABITAT" DE LAS GENTES PRIMITIVAS HISPÁNICAS	79
3. SOCIEDADES HISPÁNICAS PRIMITIVAS: CAZADORES, CAMPESINOS Y ME- TALÚRGICOS	84
A. <i>Los medios de subsistencia</i>	85
B. <i>El trabajo</i>	90

	<u>Págs.</u>
IV. PRIMERAS SOCIEDADES URBANAS	93
1. LOS CELTAS HISPANOS	95
2. LOS IBEROS	97
V. RAÍCES Y VUELO DE NUESTRA HISTORIA PRIMITIVA	101
1. GENTES Y CULTURAS	101
2. EL "CRECIENTE FÉRTIL HISPÁNICO": LOS IBEROS	106
3. LAS LENGUAS PRIMITIVAS HISPÁNICAS	111
VI. ROMA, FIN Y PRINCIPIO	115
1.—EL CHOQUE MILITAR	116
2.—ROMANIZACIÓN DE LAS CULTURAS HISPÁNICAS	118
GUIÓN BIBLIOGRÁFICO	123
A. <i>Revistas y series</i>	123
B. <i>Libros y artículos</i>	124
ÍNDICE	129